

Aldous Wolf

EL DESPERTAR  
DEL MAL



SELECCIÓN

*Suspense*

# EL DESPERTAR DEL MAL

*Aldous Wolf*



1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Aldous Wolf

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-614-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Alejandra, mi compañera de vida.  
Un ser maravilloso que transformó mi existencia.  
Gracias por apoyarme siempre.*

# Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

Agradecimientos

Promoción

El puñetazo dio pleno en el rostro de Anya, provocando un horrible crujido de huesos. La chica retrocedió, atropellando una pequeña mesa de vidrio que se hizo trizas por el impacto. Luego cayó de espaldas al piso, sobre los cristales rotos.

El ruido mezclado de voces, risas y música invadía el ambiente del Caesars Club, tanto como para que nadie se percatara del escándalo que se estaba produciendo en la pequeña oficina del entresuelo, cuyo aspecto contrastaba con la elegancia barroca del espacio reservado para los clientes, pero que realmente mostraba el espíritu miserable de sus dueños.

En la oficina, la luz era escasa y el aire resultaba irrespirable, debido al denso humo de cigarrillo que flotaba en el ambiente. En una de las paredes verdosas, precariamente colocado, podía verse el póster de una obesa mujer bañándose en pose sugestiva. En la pared opuesta, una foto amarillenta de la ciudad de Chicago después del gran incendio, papeles garabateados pinchados con un alfiler y un almanaque con publicidad de whisky, que databa de por lo menos veinte años atrás.

En un rincón del mugriento reducto, completando el sombrío panorama, resaltaba un cartón negro y grueso, colocado sobre un improvisado caballete. Allí se encontraban pegadas un conjunto de fotografías que tenían como protagonistas a algunos de los visitantes más ilustres del bar. No eran, por cierto, las imágenes que suelen exhibirse en establecimientos más dignos, aquellas en las que el mánager sonríe y estrecha la mano de un cliente famoso. Más bien se trataba de fotos de vigilancia, tomadas en blanco y negro desde una cámara discretamente situada encima de la puerta de ingreso, sin el consentimiento de aquel que, sin saberlo, podría convertirse en una posible víctima de chantaje.

El Caesars ofrecía por un precio razonable todo lo que se pudiera desear,



sin límites, preguntas ni consecuencias. Proveía a sus clientes de aquello que no era legal ni moralmente aceptable, y por ello, el Club tenía un as en la manga, y la vida de su clientela en un puño.

—¡Maldita perra! —gritó Big Bear, el hombre enorme que había golpeado a Anya—. ¡Harás lo que te digamos!

El gigante se limpió la sangre de la mano en un trapo sucio mientras la muchacha rubia y delgada, vestida sólo con un bikini plateado, se acurrucaba sobre los vidrios esparcidos en el suelo, anticipando el próximo golpe. Cuando el hombre retrocedió, Anya intentó incorporarse, sin lograrlo.

Se pasó la mano por el rostro, roja de sangre, e hizo un esfuerzo para hablar:

—Por favor, Mijail ... dile que se detenga... ¡o que me mate de una vez! Ya te dije que no la traeré... no la meteré en esto —balbuceó la chica.

Big Bear, aún con el trapo sucio de sangre en la mano, avanzó hacia ella dispuesto a patearla en el suelo.

—¡Quieto! —ordenó el sujeto que había presenciado la escena con gesto indiferente.

Detrás del escritorio gris, un hombre de unos cincuenta años, con rostro de hielo, sostenía en la mano la foto de una adolescente de cabello tan claro que lucía casi blanco. La mejilla derecha del sujeto estaba atravesada por una horrible cicatriz de un tono rojizo, que él acariciaba mientras observaba lo que estaba sucediendo.

Mijail Slovenko, El Jefe, como lo llamaba Big Bear, suspiró exageradamente. Cuando habló, su voz sonó falsamente comprensiva:

—Anya... Anya ¿Por qué nos haces esto? —La aparente calma con la que se expresaba presagiaba lo peor—. ¿No lo entiendes? Te estamos brindando una última oportunidad y tú nos armas esta escena. Queremos que tu hermana esté en Chicago en dos semanas. Le dirás que deje Ucrania y venga a visitarte, y nosotros nos encargaremos del resto. Le daremos un buen trabajo, un cómodo lugar donde vivir, amigos influyentes y buena comida, y así podrá dejar atrás la vida miserable que lleva en ese pueblo mugriento en donde se

criaron ambas. ¡Es el sueño americano! —agregó burlonamente mientras arrojaba cerca de Anya la foto de la niña rubia—. ¿No crees que merece cambiar su existencia mediocre para vivir como la gente bonita?

Big Bear sonrió. Debía medir más de un metro noventa y pesar unos ciento cincuenta kilos. Aun con ese tamaño y gordura, su cabeza lucía desproporcionadamente grande, quizá debido al pelo rizado y grasiento que le llegaba hasta los hombros.

Con un gesto torpe, se pasó la mano por la barba y con un tono fingidamente amable acercó su rostro a la de la chica imitando —sin éxito— la mueca de una sonrisa:

—Escucha al jefe, Anya, o me darás una excusa para terminar de arruinarte esa linda cara que tienes.

La muchacha no dijo nada. Se estiró para tomar la foto del suelo, y alejándose lo más que pudo del enorme matón comenzó a llorar. Sus lágrimas se mezclaron con la sangre que manaba de su nariz rota haciendo que su rostro pareciera una máscara deforme. El hombre detrás del escritorio miró a Big Bear y le hizo un gesto casi imperceptible.

La patada impactó de lleno en las costillas de la chica, que dejó escapar un gemido y comenzó a toser violentamente, escupiendo sangre oscura y espesa.

—Estarás muerta para esta tarde —sentenció El Jefe, y volvió a asentir hacia el otro, quien dio un paso adelante.

Pero antes de que Big Bear volviera a descargar su violencia sobre ella, Anya adelantó la mano y gritó con lo que le quedaba de aliento:

—Está bien, por Dios, está bien... la traeré, la traeré. Ya no más... —dijo, mientras tosía y hacía arcadas, tratando de respirar.

—Así me gusta, Anya —asintió el jefe—, así me gusta. Tu hermanita estará bien cuidada con nosotros. ¡Big Bear, llama a Irina para que la quite de mi vista!

El oso sonrió y se dirigió hacia la puerta de la oficina, que daba al salón del enorme club de nudistas. Desde allí, se asomó al ambiente oscuro del lugar y gritó, por encima de la música pegajosa:

—¡Irina, ven aquí... ahora!

Chicago era como la maqueta gigante de una ciudad. Prolija, ordenada y bella. Aunque una maqueta con movimiento, y mucho. El intenso tráfico y el bullir de los transeúntes locales y turistas de todo el mundo le daban a la ciudad del viento una intensidad propia de las grandes urbes.

El detective Matt Plenton se sacudió los pensamientos mientras subía tres puntos el volumen de su televisor, en sincronía perfecta con la parada de medianoche del tren nocturno. Veintisiete minutos exactos de tranquilidad, seguidos de quince segundos del rugido de la línea azul.

Plenton acababa de llegar a su apartamento sobre el Jackson Boulevard. Desde el piso catorce podía ver el fragmento superior y las enormes antenas de la oscura torre Sears, cuyo nombre actual era Willis, aunque él no se acostumbraba a ese apelativo.

Arriesgándose a asomar un poco el cuerpo por la ventana, obtenía una agradable visión del lujoso edificio de la Bolsa de Comercio. De noche, ambas estructuras iluminadas subrayaban la magnificencia de una ciudad poblada de rascacielos.

La vista y el amplio espacio central del lugar eran lujos moderados, pero no estaban nada mal para el sueldo de un policía, sobre todo para uno que aún pagaba la hipoteca de la bella casa que alguna vez compartiera con su esposa e hija.

Sentado en un amplio sillón de cuero negro, a oscuras, cambiaba automáticamente los canales de televisión desde su control remoto. Del dos al ciento veinte, uno tras otro, sin dejar ninguno más de dos segundos. Parpadeante, la luz mortecina del televisor se reflejaba en su cara. A primera vista, un observador atento podría adivinar que Plenton había llegado sin demasiados daños a la mitad de sus cuarenta. Su rostro estaba enmarcado por un espeso cabello rubio, plateado apenas por algunas canas en las sienes. Sus

cejas arqueadas en un rictus casi permanente de preocupación y una mandíbula firme que parecía tallada en granito, hacían lucir su rostro adusto y siempre preocupado, algo propio de alguien que jamás se relajaba. Sus ojos, de un verde claro casi transparente, cambiaban de color según les diera la luz, tornando su mirada más fría o más penetrante

Un desafortunado incidente durante sus primeros años en la policía le había dejado una pequeña cicatriz de arma blanca a un lado de la nariz. La marca era un recordatorio de lo peligroso que podía resultar distraerse durante un cacheo, aunque fuera con un carterista aparentemente inofensivo. Aun así, lo que hubiera podido ser el fin para el novato oficial, resultó sólo unos pocos puntos de sutura y un aprendizaje de por vida.

Cuando el tren finalmente se perdió en la noche, Plenton bajó el volumen del televisor y lentamente dio un sorbo de su vaso, sintiendo el ron pasar por su garganta.

Todas las noches realizaba el mismo ritual. Era un hombre de hábitos fijos que trataba de mantener un orden en su vida, dentro del caos que significaba trabajar para la división de homicidios en el Departamento de Policía de Chicago. Era como si necesitara mantener las cosas bajo control, y los pequeños rituales que siempre desplegaba le permitían tener cierta sensación de manejo de su existencia.

Recorrió con la vista el salón de su apartamento, como chequeando en sombras que todo estuviese en su lugar. Era un ambiente austero y ordenado, con suelos de madera clara y paredes casi vacías. De una de ellas colgaba un cuadro con un símbolo azteca, del cual nunca supo el significado. Se lo había regalado Pedro, uno de sus hombres y su mano derecha. En el suelo, cerca del gran ventanal que daba a la calle, un helecho sobrevivía a los escasos cuidados de su dueño, acercando ansiosamente sus hojas al vidrio para esperar la luz del día. La planta estaba en el apartamento cuando lo alquiló, y a él le dio pena deshacerse de ella. Y si bien era una compañía bastante insulsa, al menos había otro ser vivo en el lugar.

Más allá del sillón y una mesa de vidrio, no había más muebles en el

salón. Todo daba la impresión de organización y limpieza. Plenton era un hombre metódico.

Se revolvió en el sillón, dispuesto a acostarse en él hasta que tuviese sueño suficiente como para ir a la cama, o para dormirse allí mismo, como muchas veces lo hacía, aunque el acotado espacio no le resultaba cómodo para su porte y altura. Con casi un metro noventa, debía encogerse con esfuerzo para ubicarse en una posición que se asemejaba a la de un contorsionista.

Le costaba conciliar el sueño. Por más que tratara de evitarlo las imágenes se agolpaban en su cabeza. Generalmente no eran gratas: rostros de criminales, cadáveres en la morgue, tiroteos, entre otras cosas. Sólo cuando conseguía convocar escenas agradables, podía dormirse. Y esas imágenes casi siempre estaban ligadas a Sophie, su única hija de diez años. Matt la extrañaba terriblemente, desde que se divorciara cinco años antes.

Las cosas en la pareja habían comenzado a funcionar mal un par de años previos a la separación, cuando Sophie sólo tenía tres años. Linda, su ex esposa, nunca pudo aceptar la obsesión de él por su trabajo. Las largas noches sola, la espera de la llamada que la informara de lo peor y el ensimismamiento en el que Matt caía muy a menudo mellaron finalmente su amor por él. Las discusiones fueron sucediéndose, una tras otra, hasta que la convivencia se hizo imposible.

Hoy, él creía que era mejor así. Estaba casado con su profesión, y nadie que no fuese policía podría entender aquello. Su devoción al trabajo le había hecho ganar el prestigio que hoy tenía como detective de homicidios.

Un rugido in crescendo insinuaba la cercanía del tren de las 00.27. No podía dormirse. Se levantó del sillón, tomó el arma que nunca tenía a más de medio metro de él y se dirigió a uno de los dos cuartos del apartamento. En la habitación había sólo una mesa grande y dos sillas. En la pared, una única foto de él y Sophie, pegada en un marco de cartón. La niña tendría en ese momento unos seis años. Llevaba puesto como vestido una enorme playera blanca, en la que un toro rojo y negro con aspecto feroz arengaba «GO Chicago Bulls», equipo del cual Matt era fanático. La niña era delgada y alta

para su edad. Tenía el cabello muy rizado y rubio, que enmarcaba el rostro en el que destacaban los ojos negros de expresión alegre y pícara.

Matt se veía contento al lado de la niña. En esa foto, el rictus de su entrecejo casi no podía notarse.

En uno de los extremos de la habitación se encontraban varias maquetas de automóviles impecablemente acomodadas, una al lado de la otra. Eran todas de la misma escala, de un tamaño aproximado de treinta centímetros. Uno tras otro se sucedían los modelos: un Ferrari 599 Scaglietti, un Mercedes «Alas de Gaviota», un Jaguar E Type y varios más. El resto de las maquetas armadas estaba en prolijas repisas negras, sobre las paredes blancas. Habría, en total, unos cien modelos, perfectamente alineados.

En el otro extremo de la mesa se encontraba el auto que estaba armando actualmente: un reluciente Porsche Panamera.

La idea de montar automóviles a escala había surgido del psiquiatra del departamento. Como casi todos los policías, Plenton había hecho una consulta con él cuando la presión del trabajo fue demasiada, sumada al divorcio de Linda. El terapeuta le había sugerido desarrollar una actividad, un hobby que le permitiera relajar su mente. Y así lo hizo. Armar lentamente cada modelo le ayudaba a descansar su cabeza por un rato y alejarla de los pensamientos que lo acosaban.

Un silbido a lo lejos lo distrajo ¿sería el tren de las 00.54? Ya era muy tarde para deambular por el apartamento; era hora de tratar de conciliar el sueño, de una vez por todas.

Tomando un pasillo lateral del club, y haciendo un gran esfuerzo para evitar las miradas de los clientes que se divertían en el salón principal, Irina ayudó a la desfallecida Anya a llegar desde la oficina del jefe hasta la habitación en la que ambas dormían.

Detrás del lujoso edificio que albergaba las pistas y las coloridas pasarelas del Caesars, comunicadas por un pasillo estrecho y gris, se encontraban las habitaciones en las que vivían la mayoría de las mujeres que allí trabajaban. El lujo del club contrastaba dolorosamente con la austera estancia que funcionaba como espacio común y que incluía una sala para comer y una cocina diminuta.

Salvo por el jefe, ningún hombre tenía permitido entrar al lugar. Se les prohibía el ingreso incluso a los empleados de mayor confianza. Del mantenimiento del orden y la disciplina se ocupaba una mujer mayor, veterana en el negocio, que por su deteriorado aspecto ya no tenía permitido aparecer en el salón.

Las mujeres podían ir y venir en su tiempo libre, y se les daban unos pocos dólares que por lo general destinaban a ayudar a sus familias. Muchas de las muchachas provenían de los países de Europa del Este más castigados por la crisis, y el dinero que lograban bailando en el club era fundamental para la subsistencia de sus seres queridos. El jefe les daba casa y comida, y una provisión casi ilimitada de sustancias ilegales que las mantenía irremediabilmente atadas a ese lugar.

La habitación que le habían asignado a Irina y Anya era un espacio en el que apenas entraban dos camas desvencijadas y una pequeña cómoda, en la que aún sobraba lugar para las pocas pertenencias que sus habitantes tenían. Las paredes de la habitación no contaban con adorno alguno, salvo por algunas fotos que mostraban sonrientes a las familias de las dos muchachas.



No había mucho más. En el precario y asfixiante lugar se colaba un fuerte olor a humo de cigarrillo mezclado con perfume barato.

Irina depositó a Anya en la cama, se quitó el diminuto traje de bailarina que llevaba y se puso rápidamente un vestido sencillo sobre el cuerpo desnudo. Luego, comenzó a revisar delicadamente las heridas de su amiga, producto de los golpes que acababa de recibir.

—Quieren que la traiga —dijo Anya sollozando con la cara apoyada en la almohada—. Que traiga a mi hermana para que ellos la metan en este agujero y sea una puta como todas nosotras. ¡Tiene sólo catorce años! —gritó, mientras se sacudía por el intenso llanto.

—No tienes otra salida —respondió Irina, mientras le apoyaba despacio un pañuelo húmedo en el rostro para limpiarle la sangre—. No puedes hacer otra cosa. Sabes bien quiénes son estos tipos y de lo que son capaces. No es broma; si no haces lo que te piden te matarán.

Anya continuaba sollozando y gimiendo por los dolores que le producía el solo acto de respirar. De pronto se levantó trastabillando y, con la excusa de aliviar las náuseas, se dirigió al baño. A esa hora todas las mujeres estaban trabajando y en toda la estancia sólo se encontraban ellas dos. Igualmente, ninguna de las muchachas se hubiera atrevido a hacer preguntas, por más lastimada que se encontrara una compañera.

Ya en el baño, Anya se escabulló con dificultad hasta la última de las duchas y abrió un pequeño armario del que sacó los objetos que Irina le había visto usar cada vez más seguido: una cuchara vieja, un encendedor, una goma de suero y una jeringa.

Rápidamente, Anya se ató la goma a la parte superior del brazo.

—¡No empieces de nuevo con eso! —gritó Irina—. ¡Pinchándote no arreglarás nada!

—¡Déjame en paz, lo necesito! —respondió Anya, histérica, mientras se arrodillaba sobre el suelo húmedo sintiendo que sus piernas no la sostenían.

Sus manos temblaban terriblemente, al punto de dificultarle agarrar la jeringa. Como pudo, abrió un pequeño envoltorio de papel blanco, puso el

polvo que contenía en la cuchara y le agregó un poco de agua del grifo. Trató de accionar el encendedor, una, dos, tres veces. Finalmente, la llama apareció y comenzó a calentar la preparación. El rostro de la chica era una máscara pálida, con las manchas de sangre todavía frescas.

Irina hizo un gesto de desaprobación, volvió a la habitación y se acostó en su cama, mirando hacia la pared. Ya había sido testigo muchas veces de la misma escena.

El líquido comenzó a hervir. Entonces Anya colocó la punta de la aguja sobre la espesa preparación y cargó apresuradamente la jeringa con ella. Con los dedos índice y medio de la mano derecha se golpeó las venas del brazo izquierdo, que tenía la goma a su alrededor. Luego, se introdujo la aguja y oprimió el émbolo de la jeringa, inyectándose el líquido blancuzco.

Lentamente, se fue recostando contra la pared, dejándose caer hacia el piso verdoso del baño.

Sólo pasaron unos segundos. De pronto, los ojos de Anya quedaron en blanco y todo su cuerpo comenzó a sacudirse en terribles convulsiones.

Irina escuchó los golpes contra el suelo y los gemidos. De inmediato corrió hacia el baño y se encontró con la escena. Se acercó a Anya y, sin saber qué hacer, sólo atinó a darle palmadas en el rostro contraído y extremadamente pálido.

—¡Anya, por Dios! ¡Anya! —le gritaba horrorizada, mientras el cuerpo de su amiga se estrellaba una y otra vez contra el suelo.

Entonces se decidió. Rápidamente, pasó su brazo derecho por detrás de la espalda de Anya y con el izquierdo le dio un empujón hacia arriba, de modo que pudo levantar el cuerpo delgado de la muchacha desmayada, que ya estaba dejando de convulsionar. Como pudo, le colocó un abrigo y la arrastró fuera de la casa. Salieron por el mismo pasillo que daba a la oficina del jefe, así como a la puerta trasera del club. En el callejón no había nadie en esos momentos lo cual, pensó Irina, era un alivio. Cuando salieron a la calle el viento frío les dio en la cara. Irina arrastró a su amiga hacia su auto, un Honda Civic, de los ochenta, viejo y derruido. Abrió la puerta del

acompañante y empujó a Anya dentro del vehículo. Rápidamente, dio la vuelta y se subió. Intentó arrancarlo, pero sólo se escuchó un quejido del motor.

—¡Maldita sea! —gritó—. No ahora.

Siguió intentando, una y otra vez, mientras miraba a Anya, que parecía muerta. Quizá lo estaba, pensó, pero debía hacer el intento.

Hizo una pausa antes de tratar nuevamente de encender el motor y por el espejo retrovisor vio que la puerta de atrás del club se abría, y Big Bear salía a la calle.

El hombretón reparó en el auto y las vio. De inmediato gritó:

—¡Hey! ¿Qué demonios...? —y comenzó a caminar apresuradamente hacia el vehículo.

En tres zancadas el hombretón superó la distancia entre la puerta y el coche. Ya estaba a dos metros de ellas, cuando de repente el Honda arrancó, tosiendo lastimosamente y echando humo. Irina apretó el acelerador y giró el volante. Big Bear ya estaba encima y, de un manotazo, asió la manija de la puerta tratando de abrirla. Pero el auto ya estaba en movimiento. El gigante siguió corriendo al lado del vehículo, golpeando la ventanilla con el puño pero, tras unos metros, abandonó el intento.

Unos minutos después, invadida por los nervios, Irina conducía a toda velocidad por la solitaria avenida de la parte sur de la ciudad, pensando desesperadamente en qué hacer. Había tenido el instinto de ayudar a su amiga, pero no podía dejar de pensar que si la llevaba personalmente a un hospital le harían preguntas y avisarían a la policía. Ya había estado detenida en varias ocasiones, y no quería volver a la comisaría por nada del mundo.

Mientras conducía, apretaba el volante con todas sus fuerzas y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, como si estuviese en trance.

Tras conducir unos kilómetros hacia el norte por el Boulevard Washington, pudo ver el enorme edificio del Southland Hospital. Entonces tomó la decisión: disminuyó la velocidad y, lentamente, se acercó a la explanada del lugar en donde suelen estacionar las ambulancias. A toda prisa

descendió del auto, abrió la puerta del acompañante y tomando el cuerpo inerte de Anya por debajo de las axilas, lo arrastró hacia fuera, dejándolo tirado en la explanada. Rápidamente, subió al vehículo y se marchó, con un chirrido de neumáticos.

Anya quedó extendida boca arriba, con las extremidades dobladas en una pose antinatural y los ojos fijos y vidriosos, como un muñeco destrozado.

A las ocho de la mañana, el hall de ingreso del Departamento de Homicidios de la policía de Chicago era un verdadero caos. Sobre unos suelos de granito brillantes, pero gastados por el tiempo, decenas de policías uniformados iban y venían. Un grupo de prostitutas esposadas trastabillaban sobre unos tacones imposibles de llevar, mientras insultaban a los oficiales que las habían detenido. Un vagabundo borracho alertaba a viva voz que el fin del mundo llegaría pronto y otros tantos personajes confluían allí dándole al lugar el aspecto de un pandemónium casi circense.

Cuando Plenton llegó a su oficina del séptimo piso, después de haber atravesado media ciudad con un tráfico enloquecido, vio que Eve, una de sus colaboradoras, ya había llegado.

—Eve —dijo, en voz monocorde.

—Hola Matt —respondió sonriente ella, sosteniendo una taza de café en la mano y una pila de papeles en la otra.

Eve Miller era uno de los miembros más valiosos del equipo de Plenton en el Departamento de Homicidios. En esa división, el grupo de trabajo del detective se había ganado un merecido prestigio por la cantidad de arrestos logrados y la resolución de casos de alta complejidad. Eve tenía el extraordinario talento de encontrar cabos sueltos que a la mayoría de los investigadores se les escaparían, y Plenton apreciaba enormemente poder contar con su capacidad.

Ella había ingresado a la policía a los veintiún años. Hoy tenía treinta y cinco. Plenton recordaba que cuando la conoció todavía vestía uniforme policial. Le había parecido una muchacha muy tenaz y sus antecedentes impresionaban, dada su juventud. Parecía no temerle a nada y no cansarse nunca. Podía trabajar días enteros sin descansar, si creía que tenía entre manos una pista valiosa. Sin duda, había heredado el carácter de su padre,

que también había sido policía, y muy respetado. Frank Miller había muerto en cumplimiento del servicio, pagando cara su entrega al trabajo y dejando una familia inconsolable. Eve siempre dijo que la muerte de su padre la había llevado a ser policía. Su profunda sensación de pérdida la empujó a luchar contra los criminales de un modo tenaz.

La relación de Plenton con Eve fue paternal al principio, pero luego, sin que él se lo propusiera, fue tornando en algo más distendido y de afecto mutuo. Sin embargo, Matt había notado desde hacía ya un tiempo que la presencia de Eve le generaba cierta inquietud. Sospechaba, aunque no quería aceptarlo, que su aprecio parecía haberse tornado en algo más.

En un trabajo con predominancia de hombres, Eve trataba de disimular sus cualidades llevando el cabello atado y vistiendo muy sobriamente. Pero aun así era una mujer indiscutiblemente atractiva. Esbelta, y de casi un metro setenta y cinco, su cabello negro le llegaba hasta los hombros, contrastando con sus ojos color gris claro. Su tono de voz era dulce y sereno, pero no había que engañarse; podía ser muy dura si era necesario. Plenton la había visto reducir a más de un delincuente usando técnicas del legendario arte marcial israelita: el Krav Magá.

Mientras él se servía un café y le ofrecía una segunda taza a Eve, el oficial Pedro Vargas entró a la oficina.

—¿Qué tal, jefe? —saludó Pedro, cargando una bolsa de papel que olía a donuts recién comprados.

—Ya te he dicho que no me digas jefe —respondió ceñudo Plenton—. Con mi nombre basta.

Ella rio, todas las mañanas se reproducía la misma escena.

Pedro era un hombre joven y de muy buen humor. De aspecto vivaz, su tez era más bien morena y su cabello abundante y lacio, peinado muy cuidadosamente con gomina. Bajo y de contextura robusta, solía vestir con chaqueta de cuero y vaqueros.

Pedro había llegado a Chicago desde México con su familia, siendo muy pequeño. Su madre, abandonada por el marido y sin nada que esperar del

pueblo en donde viviera toda su vida, había cargado con sus cuatro niños un verano de fines de los años setenta, dispuesta a probar mejor suerte en el país vecino.

La señora Vargas solía contar que llegaron a la gran ciudad con algunos dólares y lo que llevaban puesto y, a fuerza de tesón y de doce horas diarias de trabajo, había logrado alimentar y educar a sus hijos para convertirlos en ciudadanos decentes. A los veintidós años, Pedro entró en la policía. Dada su inclinación al trabajo y su habilidad para investigar, pudo ganarse en poco tiempo la placa de detective. Él y Plenton se habían cruzado por primera vez diez años antes por un caso de asesinato, en el que intervino una de las bandas de traficantes más grandes de Chicago. En ese momento, Pedro estaba en la División de Narcóticos y Plenton en Homicidios. Trabajaron muy bien juntos y después de mantener una entrevista en la que poco había para acordar, el detective solicitó la incorporación de Pedro a su equipo. Desde entonces, la relación entre ellos era muy cordial. Pedro se reía de lo parco que era Plenton y éste de las extravagancias de aquél.

—No se sirva ningún café, jefe, no hay tiempo. Los donuts son para llevar —dijo Pedro, señalando la bolsa con tono apresurado—. Tenemos que salir ahora mismo.

—¿Cuál es el apuro? —preguntó Plenton, todavía con las dos tazas en la mano.

—Me acaban de informar de un homicidio en el Southland Hospital. Asesinaron a una muchacha que estaba internada en terapia intensiva.

Plenton estacionó su Toyota Camry gris perlado frente al vidriado edificio del Southland Hospital. Pedro, devoto admirador de los musculosos y rugientes coches americanos, solía burlarse de que Plenton hubiera optado por conducir un sobrio automóvil japonés. Pero el detective, a diferencia de su compañero, tomaba elecciones de vida bastante racionales y tendentes a evitar sorpresas. La opción del Toyota garantizaba varios años sin problemas, aunque quizá implicaba sacrificar algo de emoción al conducir. Eso no constituía un conflicto para él, considerando que con ser policía de homicidios tenía una sobrada cuota de emociones cotidianas.

La puerta del hospital se encontraba flanqueada por otros patrulleros, cuyas luces azules y rojas estaban encendidas. El pestañeo constante de las luminarias policiales se reflejaba en el cartel metálico empotrado sobre la gran puerta de ingreso.

El personal de servicio del Southland tenía prohibido salir del lugar hasta haber respondido a las preguntas de los detectives. Médicos, enfermeros y empleados de la institución se asomaban ansiosamente por las ventanas de la primera planta, tratando de averiguar qué era lo que había sucedido.

Además de los patrulleros, Plenton observó que en el parking se encontraba estacionado el vehículo forense. En el predio que rodeaba al hospital, oficiales vestidos con guardapolvos azules, estampados con la sigla que identificaba a los peritos de la escena del crimen, se movían sigilosamente para no pisar o perder cualquier pista importante. Estaban equipados con instrumentos de medición, cámaras fotográficas y llevaban guantes de látex. Uno de ellos, menudo, de piel arrugada y oscura, levantó la vista sobre sus anteojos y sin cambiar de posición saludó a lo lejos a Plenton, volviendo a sumirse en la cuidadosa tarea de ponerle un nombre y una cara a la atrocidad cometida en la sala de terapia intensiva. Una giba prominente,



producto de más de veinte años dedicados a husmear el suelo, lo hacía parecer una tortuga centenaria a la que le han puesto un guardapolvo azul marino.

Al bajar del coche, Plenton apoyó el pie izquierdo sobre el pavimento y sintió aquel viejo dolor que cada vez era más agudo. Miles de agujas parecieron clavársele en la rodilla, y la intensa punzada nubló por un instante su vista. Hizo un gesto imperceptible que evidenciaba su molestia, pero trató de aparentar que nada ocurría. Sin embargo, Pedro lo vio:

—Otra vez el dolor, ¿eh?

El detective lo miró, sabía que a él no podía engañarlo y pensó «Sí... maldita sea, otra vez». Pero no respondió. Como sucedía con cualquier otro dolor que pudiera sentir, físico o anímico, Plenton no estaba dispuesto a compartirlo con nadie.

Arrastraba aquella dolencia desde un viernes de abril, cinco años atrás. Él y los de su equipo habían tendido una redada a un sujeto que era sospechoso de más de veinte asesinatos. Se trataba del tristemente célebre Paul *La Bestia* Smith, un asesino a sueldo que operaba generalmente en Nueva York, pero que en esos días se había trasladado a Chicago para un «trabajo». Plenton y sus hombres lo emboscaron, pero el tipo vendió cara su captura. Disponía de una ametralladora MP5, con la cual —al verse acorralado— comenzó a disparar, hiriendo de gravedad a dos hombres del equipo de Plenton y encajándole una ráfaga a él en su pierna izquierda. Dos balas de 9 mm impactaron en la rodilla, destrozándola prácticamente. Tuvieron que reconstruísela. Dos operaciones, meses de rehabilitación y cantidades industriales de analgésicos lograron que pudiera recuperar su vida normal, aun cuando los pronósticos indicaban que la lesión causaría un irremediable retiro con honores. El daño recibido había puesto en duda sus posibilidades de seguir trabajando como policía, pero el comisionado en jefe intervino, evitando que lo apartaran del servicio. Desde entonces, la jubilación por problemas físicos era su peor temor, por lo cual trataba de ocultar los frecuentes dolores que padecía.

Ignorando la molestia bajó del coche. Lo siguieron Pedro y Eve. Los tres llegaron a la sala de terapia intensiva y mostraron sus credenciales al policía uniformado que flanqueaba la puerta. Adentro, se encontraba el médico forense y dos oficiales de Escena del Crimen; junto a ellos, mirándolos con el rostro enjuto, se hallaba una enfermera corpulenta, vestida de riguroso blanco. Y a su lado, muy pálido, daba testimonio quien debía ser el médico jefe del servicio.

Las enormes dimensiones de la impecable sala de terapia intensiva complicaban el trabajo de los oficiales. Cada centímetro del lugar debía ser registrado.

Aparte de las luces azules o rojas en los monitores de las máquinas conectadas a los enfermos, todo allí era blanco o gris claro. La mezcla de olor a alcohol y desinfectante resultaba casi insoportable. La estancia estaba distribuida en unos veinte compartimentos divididos sólo por paneles y cortinas; lo necesario para preservar la intimidad de las personas internadas, pero dejando espacio para que los médicos de urgencia actuaran con rapidez si era necesario. El entorno daba impresión de orden y limpieza, salvo por el primer compartimento, que resultaba disonante. En él podía verse a una muchacha rubia y delgada, inerte sobre la cama revuelta; los brazos cada uno al lado del cuerpo. El rostro, terriblemente pálido, parecía de cera. Los ojos azules, abiertos y desorbitados, miraban hacia el techo. Tenía la boca entreabierta, lo que le daba un aspecto más macabro. Podían apreciarse marcas rojas en el cuello, y en toda su cara y cuerpo resaltaban moretones sanguinolentos, signos de la paliza que la joven había recibido antes de su muerte.

Plenton, Eve y Pedro avanzaron hacia la escena del crimen, pero la enfermera los detuvo en seco. Se la notaba nerviosa por lo sucedido, pero aun así su voz sonó firme:

—Un momento —dijo, haciendo una seña con la mano. Y aclarándose la voz, comenzó a recitar de modo monocorde una frase que presumiblemente diría todos los días de su vida:

—Las regulaciones del Southland Hospital determinan que ningún visitante, sea familiar o facultativo, puede ingresar a esta la sala de cuidados intensivos sin higienizarse.

Y mirándolos muy fijamente, como si fueran niños en una guardería les acercó tres batas color celeste.

—Lávense las manos en ese lavabo —señaló a su derecha. Parecía dispuesta a no dejarlos pasar si no cumplían sus requerimientos.

No había motivo alguno para enfrentarse a la enfermera, por lo cual los tres siguieron las indicaciones recibidas.

—Eve —dijo Plenton, mientras se secaba las manos con un trozo de toalla de papel—. Habla con la enfermera, que te cuente lo que sabe. Pedro... lo mismo con el doctor. Yo hablaré con Dan.

Matt se dirigió al hombre bajo y calvo que estaba revisando el cadáver. Era el doctor Dan Fleder, uno de los forenses más capaces del departamento.

—Le sacaron el respirador —dijo, quitándose las gafas y mirando al detective—. Estaba intubada, en coma farmacológico. Alguien le sacó el tubo de la garganta y luego la estranguló con las manos. —Señaló unas marcas en la piel del cuello de la mujer—. Seguro que sólo fue por unos segundos, pues la muchacha no podía respirar por sí misma. Cuando la alarma del respirador sonó en la oficina del médico, ya era tarde.

Plenton miró a la chica tendida en la cama y luego al forense.

—¿Tienes otros datos sobre ella?

—No mucho. Era adicta, tiene pinchazos por donde busques. Parece que llegó con una sobredosis, medio muerta. De acuerdo al parte médico, lograron estabilizarla y la ingresaron en terapia intensiva. Eso fue anoche. De madrugada sonó la alarma de la terapia... y ya conoces el resto. Necesitaré hacerle la autopsia para darte más datos.

—Está bien, luego te veo.

Eve miró a la enfermera, que le llevaba una cabeza de estatura. Tenía el rostro enjuto, con mejillas carnosas que le caían a los lados de la boca como

los belfos de un bulldog. Su mirada severa estaba enmarcada por los trazos firmes de un delineador de ojos, negro, que se desvanecía hacia los extremos de unas cejas raídas, disimuladas con maquillaje. El cabello teñido de rojo parecía fosforescente. Era una mujer intimidante, que parecía dispuesta a darle un golpe a todo aquel que no cumpliera con lo que ella indicara.

—Por favor, repítame todo lo que sepa, ¿enfermera...? —acentuó el tono de pregunta para obtener el nombre de aquella mujer.

—Emma Rosewood.

—Emma, trate de decirme lo que sucedió, con el mayor de los detalles. — Eve sacó su libreta y se dispuso a tomar nota.

—No hay mucho que decir —afirmó en tono firme—. Uno de los médicos de guardia, el doctor Lidsen, y yo acudimos de inmediato cuando sonó la alarma del cubículo de la muchacha. Llegamos rápidamente para aplicarle el protocolo de resucitación, pero ya era tarde.

—¿Cómo se dieron cuenta de que se trataba de un asesinato? —preguntó Eve, mirando a los ojos de la enfermera.

La otra se veía incómoda.

—Porque el tubo de respiración no se sale solo, está asegurado con cinta. Y cuando lo vimos estaba visiblemente arrancado. El doctor no quiso arriesgarse y llamó a la policía.

—Ya veo —dijo Eve—. ¿Algún otro detalle?

—No, eso es todo.

Pudo intuir que nada más podría sacarle a aquella mujer, por lo menos allí.

—Muchas gracias, Emma. Deberá presentarse a declarar en el Departamento, mañana. Aquí tiene mi tarjeta, por si recuerda algo más. — Eve extendió la mano con el pequeño cartón, que la mujer tomó de mala gana.

En el otro extremo del corredor de ingreso, Pedro preguntó con su habitual buen modo:

—Doctor Randell, ¿podría decirme por qué estaba internada la chica?

—Por sobredosis, probablemente de heroína, oficial —dijo el médico, retorciendo nerviosamente el anillo que tenía en el anular izquierdo—. Nuestro laboratorio tendrá los resultados en unas horas, pero por lo que se puede observar, diría que heroína, sí...

—Ya veo. ¿Y quién la trajo al hospital?

—No lo sabemos. El guardia de la entrada nos dijo que pudo observar un coche alejarse cuando vio a la muchacha tirada en el suelo. Luego nos avisó a nosotros, que procedimos a asistirle y a internarla en terapia intensiva.

Pedro hizo una pausa, mientras garabateaba algo en su libreta y miró al médico.

—¿Cómo cree que murió?

El otro respondió:

—Le arrancaron el respirador y, a juzgar por las marcas rojas en el cuello, la estrangularon... supongo.

—¿Y cómo es que tuvo tiempo el asesino de hacer todo eso? —inquirió Pedro, tratando de obtener alguna respuesta que le permitiera armar mejor aquel rompecabezas.

—Desde que la alarma suena hasta que nosotros llegamos pasan de treinta a cuarenta y cinco segundos. Eso es tiempo suficiente para que alguien en las condiciones de esta joven, y que está siendo asfixiado, sufra consecuencias irremediables. —El médico transpiraba profusamente, en el que debía ser su primer interrogatorio policial.

—Y dígame, doctor, ¿cómo cree que logró entrar el asesino a la sala de terapia intensiva? —y remarcó con tono asertivo—, porque supongo que no cualquiera puede ingresar a este ámbito.

Ahora el médico se veía más incómodo. Daba la sensación de que se sentía culpable porque el homicidio se había cometido durante su turno.

—Así es, oficial. Sólo el personal autorizado puede pasar. Anoche estaba el enfermero Jones en la oficina de entrada. Y él dice que sólo entraron y salieron los médicos de guardia. Sólo ellos están autorizados para ingresar a

terapia intensiva.

—Ajá—asintió Pedro—. ¿Y cuántos son los médicos de guardia que estaban anoche?

—Los que tienen internados en terapia, a su cuidado, son cuatro.

—Bien, necesitaré que me dé la lista de esos cuatro médicos y también hablar con el enfermero Jones. Ah, una última pregunta: ¿pudo alguien vestido como médico simplemente entrar?

El médico carraspeó, visiblemente molesto.

—No señor, se necesita la credencial prendida en el pecho. Aparte, Jones hubiese reconocido a alguien que no fuese uno de los nuestros

—¿Uno de los nuestros?

—Un médico, del Southland Hospital, quiero decir.

—Muy bien, doctor. Por ahora eso es todo. —Pedro cerró su libreta y la guardó en el bolsillo del pantalón—. Seguramente estaremos en contacto.

Era de noche cuando Eve llegó a su casa, sobre el lado oeste de Lincoln Park. El barrio era muy agradable, arbolado y tranquilo. Las escuelas públicas de la zona eran consideradas las mejores, y eso hacía que muchas parejas jóvenes con hijos pequeños eligieran esa área de la ciudad para radicarse.

Cuando Eve estacionó su coche frente al doble garaje, los aspersores automáticos se acababan de encender y el césped desprendía un aroma muy agradable. Mientras bajaba sus cosas del vehículo, una joven pareja pasaba por la calle al trote sostenido, conversando y riendo mientras se ejercitaban. La saludaron alegremente con la mano. Qué ajeno le pareció el cuadro de esos dos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella se sintiera así por última vez?

Las luces en el interior estaban encendidas y se podía ver a Jimmy, su hijo menor, asomado, esperándola. El pequeño siempre hacía eso cuando caía la noche. Se pasaba un largo rato con el rostro pegado a la ventana, esperando que su madre llegara, para poder contarle todo lo que le había pasado en el colegio. Jane, en cambio, no actuaba igual; más bien parecía algo molesta cuando Eve llegaba tarde, y eso sucedía a menudo.

Siempre le había resultado complicado poder compatibilizar los dos mundos: la familia y su trabajo. Y es que eran muy diferentes. Pasar de la investigación de asesinatos atroces a revisar los deberes de Jimmy no era cosa sencilla. Como fuera, Eve amaba a sus hijos y trataba a toda costa de mantenerlos alejados del mundo policial, donde no había colegio ni tareas, sino muerte y degradación.

La historia con Robert, su marido, era diferente. A él sí quería contarle todo lo que vivía a diario. Necesitaba ese apoyo, pero él nunca pareció entender su necesidad. Cada vez que ella comenzaba a comentarle acerca de un caso, o de los sucesos del día, él buscaba la excusa para levantarse e ir a

hacer algo o, directamente, encendía el televisor.

Ya llevaban diez años casados. Al principio del matrimonio todo había ido bien, pero durante los últimos cuatro o cinco años la relación parecía desgastada. Robert no le confiaba sus problemas, ni sus asuntos personales, y parecía estar aún menos interesado en los de ella. Últimamente, casi todas las semanas, se pasaba una o dos noches en la oficina, trabajando. Recién regresaba a la mañana temprano, tomaba un baño y volvía a irse.

Eve no quería pensar que Robert hacía algo más que trabajar durante esas noches de oficina, pero alejar esa idea de su mente le estaba resultando cada vez más difícil.

Abrió la puerta y, como cada noche, Jimmy se abalanzó sobre ella:

—¡Mamá, mamá! —gritó sonriente—. Mira lo que me hice esta mañana —dijo, mientras se levantaba la pernera del pantalón y mostraba orgulloso un negro moretón en la rodilla.

—¿Qué te pasó? —preguntó ella, exagerando adrede el tono dramático.

—Me caí jugando béisbol, mami —dijo el niño, con una sonrisa triunfal dibujada en su boca.

—Pues no es nada. Ahora mismo lo vamos a curar.

Levantó en brazos a Jimmy y se dirigió al baño de la planta baja, a hacerle una pequeña curación, que en realidad no era necesaria.

En el camino hacia el cuarto de baño, donde se encontraba el botiquín de primeros auxilios, Eve saludó a Jane y a la canguro Sylvie que en ese momento bajaban por la escalera.

—Hola Janie, hola Sylvie —dijo sonriente Eve.

—Hola mamá —dijo secamente Jane— y se apuró a escabullirse en la cocina.

—Buenas noches señora Eve.

—¿Alguna novedad?

—No mucho, señora —contestó la canguro—. Sólo un mensaje del señor Robert. Llamó por teléfono y avisó que debe quedarse toda la noche en la



oficina, pues tiene trabajo.

Eran las tres de la tarde, en un día particularmente frío y ventoso. Aún la primavera podía ser dura en la ciudad de los rascacielos. Desde el lago Michigan, las ráfagas de viento acosaban implacablemente a los habitantes y turistas que transitaban por las calles del centro. Aquella jornada, el apodo de *Windy City* le venía perfecto a la ciudad de Chicago. Desde las ventanas del séptimo piso del edificio de la policía, podía observarse la violenta agitación de los árboles del parque circundante.

En el Departamento de Homicidios, un grupo de personas se ubicaban en torno a una mesa en la que se distribuían ordenadamente algunas fotos, informes forenses, formularios legales, y los resultados pasados a limpio de los interrogatorios del día anterior en el Southland Hospital.

Plenton se situó de pie frente a una pizarra blanca para comenzar con el trabajo. Las reuniones del equipo eran breves y concisas. Todos chequeaban y compartían la información de la que disponían y él asignaba las tareas que cada uno debía realizar para llevar adelante la investigación.

Ese día se encontraban reunidos Plenton, Eve, Pedro y dos hombres más, que recientemente se habían incorporado al equipo: los detectives John Forces y Alan Layton.

John era el típico policía irlandés, enorme, de cabello rojo y rostro rubicundo. Siempre estaba vestido con chaqueta a cuadros y pantalón azul. Parecía trasplantado de la época de Al Capone. En cambio Layton era delgado, tanto que por momentos parecía que iba a quebrarse en dos. De cabello oscuro y rostro anguloso, era medido en sus gestos y escaso en sus comentarios. Del dúo John era la fuerza bruta y el empeño, en cambio Alan se caracterizaba por su agudeza y sagacidad.

Plenton fue breve:

—Acabo de estar con el forense. La muchacha fue asesinada alrededor de

las dos de la mañana. Le retiraron el respirador y, por si fuera poco, la estrangularon. No hay nada en la escena del crimen —el detective prosiguió, mirando a los miembros de su equipo—. Los forenses pudieron encontrar sobre el tubo del respirador y sobre el cuello de la chica algo de un polvillo parecido al talco, muy fino, que se usa para envasar los guantes desechables, para que no se peguen entre sí. Ese es el único rastro, pero por ahora de nada nos sirve.

—Jefe —interrumpió Pedro—, ¿ya se sabe quién es la chica?

—Sí —respondió Plenton—. Su nombre es Anya Letnikova, una muchacha ucraniana de veinticinco años, que llegó a Chicago hace dos. Ya había sido fichada por prostitución y uso de drogas. Trabajaba en uno de los nuevos clubs de nudistas que se han abierto en la zona sur, en la calle South Clinton.

—Es de los de La mafia del Este —agregó Eve—. Parece que están creciendo bastante.

—Así es —afirmó Plenton con tono preocupado—, se han asentado con éxito en varias ciudades, y Chicago no es la excepción.

En efecto, se trataba de un grupo de criminales de distintas procedencias y nacionalidades que se hacían llamar *La mafia del Este*. Si bien su nombre parecía sugerir que la organización provenía de la vieja Europa Oriental, no era así. Aunque algunos de sus miembros eran originarios de aquel lugar, la mayoría de los integrantes habían sido parte de las filas de otras bandas locales.

La mafia del Este estaba abriendo locales por toda la ciudad. Los clubes que manejaban eran alimentados por muchachas, en general rusas y ucranianas, que eran atraídas con promesas de trabajo decente. Una vez que llegaban a Estados Unidos, solas y sin dinero, eran secuestradas y mantenidas en los clubes, drogadas y bajo amenaza de muerte. Así, aparte de bailar desnudas, las obligaban a prostituirse.

Pedro intervino:

—Son un hueso duro de roer, tienen todo montado como clubes legales —

dijo, mientras señalaba unos formularios del fisco que se encontraban sobre la mesa—. Se asesoran muy bien con abogados muy caros. Y sabemos que más de un pez gordo del ambiente político es cliente de esos desgraciados.

Los dos hombres nuevos no hablaban, sólo asentían, con mirada seria.

—Creo, jefe —agregó Pedro—, que deberíamos visitar ese club y tener una conversación con el tipo que lo dirige. Incluso estoy seguro de que allí podremos dar con alguien que conociera a la chica.

—Así es —repuso Plenton—. Tú y yo iremos allá, el resto ya sabe qué hacer. Eve y John interrogarán a los cuatro médicos de guardia y al enfermero que estaba en la oficina de entrada. Por ahora, no podemos descartar a ningún sospechoso.

A las once de la noche se podía conducir con cierta tranquilidad hacia la zona sur de la ciudad. La que solía ser una avenida superpoblada de día, un infierno de taxis y conductores apurados, lucía pacífica y calma después de que caía la oscuridad.

Salvo por los camiones hidrantes que limpiaban el asfalto y algunos empleados del ayuntamiento, que se ocupaban del mantenimiento del sistema de semáforos, no había casi nadie en las calles.

Plenton conducía mientras Pedro, en el asiento del acompañante, daba un sorbo a su café. Resultaba algo extraño ver juntos a los dos. Matt, más bien callado y pensativo, y Pedro, conversador y jovial. Pero a pesar de sus diferentes personalidades, ambos formaban una gran pareja de trabajo y se llevaban muy bien. Pedro sentía por Plenton un aprecio especial, dado que desde hacía casi diez años lo había tomado bajo su tutela y le había enseñado todo lo que sabía sobre investigar crímenes. Y Plenton conocía mucho sobre ese tema.

Solían gastarse bromas mutuamente. Pedro a Matt por su seriedad y éste a Pedro por su extravagancia. El mexicano, a diferencia de Plenton, prefería las cosas más bien llamativas. Su auto era un Dodge Challenger, modelo 74, color rojo fuego, con una línea blanca que atravesaba el medio de la carrocería. Lo cuidaba como si de uno de sus hijos se tratase, y evitaba ir con él a escenarios policiales, en donde podía sufrir algún daño.

Mientras que Matt vestía sobriamente y rara vez se lo veía de otro tono que no fuera blanco, gris o negro, Pedro siempre usaba camisas de colores estridentes bajo su chaqueta de cuero y —lo que más gracia causaba a Plenton— asistía regularmente a clases de *swing*.

Por fin llegaron al sur de la calle Clinton, donde algunos metros más adelante estaba el club. Plenton bajó la velocidad para poder observar los

alrededores. Un edificio macizo, de ladrillo visto, se erguía entre dos callejones. En la puerta, un gigante de traje, calvo y casi sin cejas, se mantenía muy quieto mientras hablaba en voz baja por el discreto micrófono del intercomunicador que estaba fijado a su oreja izquierda. A su lado, a una prudencial distancia, un puñado de personas esperaba ordenadamente en línea su permiso para ingresar al club.

La fachada, pintada de un gris oscuro, era sobria y pretendía aparentar un toque de moderna sofisticación, que fracasaba ante la presencia de un cartel iluminado con intensas luces rojas que dejaba leer «Caesars Club». Ningún otro signo llamativo, salvo el parking privado sobre la vereda de enfrente, completamente lleno de coches muy caros.

Pasando previamente por un camino acordonado a ambos lados, de modo que sólo entraba una persona a la vez en la fila, se llegaba a la puerta custodiada por el gigante calvo. Los destellos de las luces rojas le daban en la cara, de modo que parecía tener el rostro color púrpura. Todos los que iban entrando le mostraban una tarjeta. El gorila asentía y los dejaba pasar.

Los detectives descendieron del vehículo y caminaron hasta la puerta. Cuando llegaron hasta el custodio, éste los detuvo haciendo una seña con la mano. Luego los observó de pies a cabeza, como evaluando si eran dignos de ingresar, y les dijo, con un vozarrón gutural:

—Señores, es con invitación. No pueden entrar.

Plenton sacó la placa y la acercó a dos centímetros del rostro del matón. Y con el cinismo que podía desplegar cuando así lo quería dijo:

—Esta es nuestra invitación, linda. Déjanos pasar.

El tipo miró la placa y se hizo a un lado, musitando algo por el intercomunicador.

Entraron al salón principal, en medio de un destello de luces rojas y el estruendo de una música pegajosa. No había duda de que se había invertido mucho dinero en el lugar, pero aun así estaba decorado con mal gusto. Una pasarela rectangular destacaba en la sala, en la cual había tres barras de metal dispuestas para exhibir a las muchachas que bailaban y se desnudaban para

un público que las observaba con avidez. En los extremos, dos pasarelas redondas individuales, en las que también se habían instalado barras, sostenían a unas mujeres vestidas con bikinis diminutos que se mecían al ritmo de la música.

Dos jaulas, ubicadas a unos dos metros sobre las pasarelas, mostraban las poses de mujeres completamente desnudas que tenían el cuerpo pintado con motivos felinos. Como leonas atrapadas, se sostenían y restregaban contra los garrotes de las jaulas para exhibir unas formas magníficas, que no tenían trazas de cirugías o implantes de ningún tipo. Eran extremadamente jóvenes.

Alrededor de las pasarelas, se apretujaban unas treinta mesas redondas con patas torneadas y cubiertas por manteles rojos, sobre las que decenas de vasos reflejaban el parpadeo de las pequeñas velas que flotaba en un *bowl* de cristal, en el centro de cada mesa. Mujeres apenas vestidas se sentaban en el regazo de los asistentes, mientras reían aparatosamente de sus ocurrencias. Algunos clientes vestían traje y corbata, y otros estaban ataviados más informalmente, pero con ropa visiblemente cara.

Las muchachas rozaban sugestivamente sus muslos sobre la entrepierna de los hombres sentados, mientras susurraban en sus oídos invitaciones difíciles de rechazar que —como todos los servicios del Caesars— tenían un costo fijado por el club.

Por un pasillo ubicado en el fondo del salón, desaparecían parejas abrazadas, tríos o incluso grupos de hombres con varias mujeres del lugar.

Aun con las luces de colores que iluminaban las pasarelas, el ambiente era oscuro y estaba saturado de un humo denso. Sólo la pasarela central, que oficiaba de escenario, estaba iluminada con un reflector de luz azul que iba siguiendo a la bailarina de turno. La música de «Nueve semanas y media» sonaba a todo volumen, mientras una chica de lacios cabellos rubios, que lucía un diminuto tanga dorado, se contoneaba frente a una silla en el medio de la tarima. Plenton calculó que no tendría más de veinte años. El baile que la muchacha desplegaba era insinuante pero no vulgar, y por sus movimientos parecía que ella creía encontrarse sola, con su cabeza en trance,

mientras era devorada por la mirada de decenas de hombres que la observaban ansiosamente.

Plenton pensó que aquella chica era realmente hermosa y se preguntó cómo diablos había ido a parar a aquel lugar.

Avanzaron hasta el mostrador. Pedro exhibió su placa al barman y tuvo que gritarle para que lo escuchara.

—¡Buscamos al jefe!

—¿Qué? —gritó el barman.

—¡Al jefe! —volvió a vociferar Pedro, apoyando los codos en la barra y acercándose más al camarero.

El hombre dejó la copa que estaba limpiando y señaló hacia un rincón alejado en el que apenas se percibía la escalera que daba a la oficina del entrepiso.

El detective y Pedro avanzaron entre las mesas, mientras éste giraba la cabeza para ver a la chica que bailaba.

—Es hermosa, ¿no? —gritó en el oído de Plenton.

La pregunta encerraba la respuesta.

Subieron una mezquina escalera caracol que apenas permitía el paso de un hombre y se encontraron con una puerta cerrada que rezaba «privado». Plenton la abrió, y sin mediar palabra ingresaron a lo que parecía la oficina del que regenteaba aquel lugar. Muy diferente a los pretendidos lujos del salón, el estrecho espacio era una mugre.

El hombre rubio, con la cicatriz en la mejilla derecha, estaba sentado detrás de un escritorio, contando billetes. En la mesa había por lo menos diez fajos. No dio muestras de sorprenderse por la llegada de los visitantes. Tampoco mostró nerviosismo alguno o intención de ocultar el dinero que contaba.

En un sillón, cerca del escritorio, estaba sentado Big Bear, que lentamente se levantó y con un gesto casi teatral sacó de su pantalón una enorme pistola Desert Eagle, calibre 50 y apuntó a los dos. El arma era capaz de atravesar la



cabeza de un toro y dejarlo muerto allí mismo.

—Guarda ese trasto —dijo con calma Pedro, al tiempo que ambos hombres mostraban sus placas.

—Quieto —dijo con voz gélida el hombre rubio haciendo al oso una seña con la mano.

El guardaespaldas volvió a meter la pistola en su pantalón y se sentó, desplomándose en el sillón.

—Calma, señores —agregó el jefe con notable acento—. No hay por qué alterarse. Mi nombre es Mijail Zlovenko y soy el dueño de este honorable establecimiento. —Y con un gesto exagerado de interés preguntó—: ¿a qué debemos su amable visita?

Plenton echó una mirada a todo el lugar y luego dirigió su vista al sujeto.

—Somos del departamento de policía —dijo con voz calma.

Metió la mano en su abrigo y sacó una foto en la que se veía a Anya sobre la mesada blanca de la morgue. Dio unos pasos hasta el escritorio y la puso sobre la mesa de Zlovenko, quien había apartado los fajos de dinero y entrelazado las manos como para mostrar que prestaba atención.

—¿Conoce a esta chica?

El ruso se irguió apenas, dedicó una breve mirada sin interés a la foto y volvió a reclinarsse en su butaca.

—No, realmente no me parece conocida —imitando la mueca de una sonrisa miró a los policías, tomó la fotografía y la mostró a Big Bear. Parecía divertirse cuando preguntó a su guardaespaldas:

—¿Tú la conoces, Big?

—Es Anya —repuso el hombretón.

Pedro comenzaba a perder la paciencia.

—Trabajaba para usted —levantó el tono de voz.

—Sí, bailaba aquí —dijo Big Bear—. Como muchas chicas. Pero hacía algunos días que no venía.

Para terminar el juego de los dos matones, Plenton decidió acortar camino:

—Mira, infeliz, podemos venir aquí con una orden y dar vuelta el lugar. Estoy seguro de que encontraremos algo que darle al fiscal de turno. Sólo para molestarte.

El rostro del hombre rubio se endureció, y perdió de golpe la fachada amable. Ahora la cicatriz se notaba mucho más y le daba un aspecto temible.

—Este es un negocio limpio. No tenemos nada que ocultar. Si quieren venir con todo el maldito departamento de policía pues vengan —y agregó—, ahora déjenos tranquilos que estamos ocupados. —Tomó nuevamente los fajos de dinero y se dispuso a ignorar a los dos detectives, pero a pesar de su gesto despreocupado, delataba su inquietud la cicatriz de su mejilla, que había adquirido un tono violáceo.

Plenton tomó la foto del escritorio, dio media vuelta e hizo señas con la cabeza a Pedro. Antes de salir, miró a Big Bear y le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre verdadero, oso?

El tipo tardó unos segundos, escupió al suelo y entre dientes soltó:

—Anthony Roach.

Salieron de la oficina. El olor a cigarrillo y whisky parecía más fuerte ahora.

La música había cambiado a una tonada más animada, y la muchacha que había estado bailando ya había bajado del escenario y se había puesto una bata corta de raso azul. Esquivando los manotazos de los clientes, dirigidos a su cuerpo semidesnudo, se dirigió hacia una cortina que separaba el salón principal de alguna otra dependencia del enorme edificio. Tres mujeres, ataviadas con un disfraz de uniforme colegial, coordinaban sus primeros movimientos en cada uno de las barras dispuestas sobre la pasarela central. El público parecía cada vez más animado.

—Pedro, ve a interrogarla —dijo el detective, al tiempo que hacía una señal con el mentón hacia la bailarina que ya casi se perdía tras la cortina del fondo.

Una cualidad de Pedro era admirar la belleza femenina antes que cualquier otra cosa. Pero su admiración sólo llegaba hasta la contemplación dado que,

de lo contrario, Encarnación, su mujer, podía llegar a perseguirlo con un cuchillo de cocina por toda la casa.

Ya era medianoche. Plenton y Pedro iban de regreso en el coche, mientras éste comentaba los resultados del breve interrogatorio a la muchacha, en el club. Su nombre era Irina. Tras muchas preguntas y la amenaza de llevarla a la comisaría, Pedro le había mostrado la foto de Anya muerta y la joven se había desmoronado. Entre sollozos, admitió que ella fue quien la llevó al hospital, pero que no tuvo el valor de quedarse con su amiga por miedo a que la detuvieran. Le contó los detalles de la paliza de Big Bear y de cómo luego Anya se había inyectado hasta convulsionar; incluso comentó cuál era la razón por la que la chica había sido golpeada. Y es que su jefe, Zlovenko, la obligaba a traer a su hermana desde Ucrania con el fin de prostituirla.

Pero antes de que Pedro pudiese pedírselo, Irina aseguró que jamás atestiguaría nada de lo que había dicho, pues eso significaría su muerte inmediata. Y por más que él le habló del programa de protección a testigos, ella siguió negándose.

Plenton escuchó atentamente mientras conducía. Cuando Pedro parecía haber comentado todo lo que Irina le había dicho, preguntó:

—¿Mencionó alguna relación que Anya tuviese? ¿Algún novio?

—Así es —repuso Pedro—. Me dijo que estuvo un tiempo con un tipo que trabajaba en el club. Parece que el sujeto era bastante violento. La había golpeado más de una vez, y era terriblemente celoso.

—¿Crees que él pudo matarla? —Plenton miró a Pedro quitando por un segundo la vista del camino.

—No. La muchacha dice que el ruso está preso por asesinato; tuvo una trifulca en el club y mató a golpes a un tipo que resultó ser asistente de un senador. Eso le valió la cadena perpetua.

—Mmm —masculló el detective—. De todos modos no estaría mal visitarlo en la cárcel, a ver qué tiene que decirnos. Quizá imaginaba que su

antigua novia estaba saliendo con otro tipo y envió alguien a liquidarla.

Plenton giró el volante en la esquina. Dos casas más adelante se detuvo, y Pedro se estiró en el asiento.

—Ok, jefe, aquí estamos. —Señaló una pequeña casa que tenía la luz de la calle encendida-. Indicando con el pulgar la puerta, agregó—: ¿quieres quedarte a cenar? Mamá nos mandó enchilada como para comer un mes, y la familia se alegraría de verte.

—No, amigo —respondió Plenton—. Será para la próxima. Gracias por la invitación y dale mis saludos a Encarnación.

A Matt le hubiera venido bien una comida casera, para variar, pero no quería perturbar la intimidad entre Pedro y los suyos. Además, la potente enchilada de Doña Rosario era una preparación que soportaban sólo unos pocos valientes.

Haciendo un gesto de saludo a Matt, que ya retrocedía por la calle para tomar la avenida principal, Pedro abrió la puerta de su casa y se encontró con Encarnación.

—Cariño... estaba preocupada —dijo la mujer con tono angustiado.

Encarnación era una hermosa mujer morena, baja de estatura, pero con una figura muy proporcionada. Tenía unos ojos muy expresivos, que no le permitían ocultar sus sentimientos. Podían lucir tristes, enamorados, o furiosos. Pedro siempre había visto en esos ojos un brillo especial. Ella era muy emocional y solía preocuparse mucho por lo que pudiese pasarle a su marido.

—Lo siento —dijo Pedro, mientras la abrazaba—. Estuvimos hasta tarde en un club, interrogando a unos sospechosos.

Luego agregó con una sonrisa.

—¿Los niños duermen?

—Sí, desde hace un par de horas. Quisieron esperarte despiertos, como siempre, pero ya era tarde.

—Voy a verlos —y en seguida se dirigió al cuarto de sus dos hijos.

Abrió silenciosamente la puerta y pudo ver cómo Ángel, su hijo menor, y Celina, la niña consentida, dormían profundamente, ajenos a cualquier problema mundano. Ángel parecía un demonio peludo, con todos sus cabellos revueltos, y medio destapado. Celina, en cambio, dormía con su largo pelo negro peinado, desplegado sobre la almohada.

—Son hermosos ¿no? —afirmó Encarnación.

—Sí, lo son. —Pedro se retiró con el mayor sigilo posible para no despertar a los niños, mientras tomaba la mano de su mujer, que lo acompañaría mientras cenaba. Encarnación estaba dispuesta, aun a esa hora, a escuchar los pormenores del día de Pedro y distraerlo con su charla sobre las cosas de los niños, las maestras, y la escuela.

Pedro había cuidado siempre —con excesivo celo— de que su familia no se viese envuelta en el mundo de violencia del que él era parte. Y lo había logrado. Si bien compartía sus problemas con Encarnación, trataba de mantenerla ajena a los detalles tortuosos de asesinatos, robos, violaciones y demás hechos que eran parte de su vida cotidiana. Pedro amaba a su familia y no había nada que no estuviese dispuesto a hacer por ella.

Cuando Plenton dejó a Pedro en su casa ya había perdido el sueño. Conducir hasta su apartamento, aun pasada la medianoche, le llevaría casi media hora, mientras que su oficina quedaba apenas a unas manzanas. Además, con las dificultades que tenía para dormir, no resultaba muy razonable hacer el esfuerzo de llegar a su casa.

Con las imágenes y conversaciones mantenidas en el Caesars Club aún frescas en la mente, llegó a destino y estacionó en su plaza de parking frente al vestíbulo del edificio del Departamento de Policía. Podría buscar en la base de datos alguna información sobre los miembros de La mafia del Este, y ordenar algunas ideas.

Había poca gente en el edificio. Plenton sacó un expreso de la máquina expendedora que zumbaba en el solitario pasillo y se dirigió a su oficina, dispuesto a tener una larga noche de trabajo. Pero al pasar por el área de los escritorios de los oficiales, vio a través del vidrio separador a Eve sentada en el suyo, sosteniendo una carpeta con el codo y tecleando sobre la computadora. Le extrañó aquello, pues ella no solía quedarse hasta tan tarde.

—¿Eve? —preguntó sorprendido Matt—. ¿Qué haces todavía aquí?

Ella levantó la cabeza, de golpe, algo sobresaltada, como saliendo de una profunda concentración.

—Ah... me asustaste. Pues nada, sólo buscando algunos datos y ordenando la información que recogimos de los médicos del Southland Hospital.

Él ya se había acercado y observaba el abanico multicolor de papelitos que salían de unas carpetas apiladas sobre el escritorio. En el espacio contiguo estaban las fotos forenses de la chica muerta ordenadas del uno al veinte. Matt pensó que debía haber estado trabajando durante varias horas.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —repuso Eve.

—Ah... ya sabes —respondió él, pasándose la mano libre por el cabello. Ella sabía perfectamente que Matt no había llegado a la cima porque sí. Era un apasionado del trabajo, y prefería estar entre datos frescos que irse a dormir. No era la primera noche entera que pasaba en el Departamento

—Sí, ya sé —respondió ella, sonriendo.

—¿Algo interesante? —preguntó Matt, mientras estiraba el vaso de café hacia Eve, ofreciéndole un poco.

—No —dijo ella, y se agachó a acomodar unos folios que se deslizaban peligrosamente hacia el suelo.

—¿No quieres café o nada interesante de los médicos? —respondió Matt con una sonrisa, algo no muy frecuente en él.

Ella levantó la cabeza y le devolvió el gesto, aunque no se veía alegre, sino más bien cansada y ojerosa.

—Ninguno de los dos —dijo, golpeando dos veces con un lápiz la pantalla del ordenador—. Los médicos sólo dieron alguna información sobre dónde estuvieron en el horario en que la chica fue asesinada. Los corroboré a todos, ¿ves?, no hay inconsistencias. —Eve corrió una silla vacía con el pie, acercándola a él—. Anda, siéntate, podemos chequear algunos datos.

Él tomó la silla y se acomodó, dejando su vaso de café en el único lugar vacío que había en ese momento en el escritorio de Eve.

—Sé que no es asunto mío —aclaró, mirándola—, pero ¿por qué no estás en tu casa a estas horas?

—Descuida —respondió Eve con una sonrisa agradable—. No me molesta tu pregunta. Mis hijos están visitando a su abuela y se quedarán a dormir con ella y Robert está trabajando toda la noche en su oficina. —Ella desvió la mirada hacia los edificios iluminados que podían verse desde el gran ventanal del departamento de policía.

Matt la miró y de pronto tuvo el impulso de tocarle el cabello con la punta de sus dedos. Pero se contuvo.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz suave.



Eve volvió la mirada y Matt pudo ver que sus ojos estaban apenas húmedos. Ellos nunca hablaban de su vida privada, pero aquella noche ella parecía estar muy sensible.

—Matt... —Lo miró fijamente, suspiró, y en un tono frío y monocorde que no reflejaba la tristeza que había en su mirada, dijo—: Creo que mi matrimonio se está desmoronando.

Eve siempre había sido una mujer dura. Aun en sus malos momentos se había mantenido firme como una roca. Sabía que algunos de los jefes del departamento todavía tenían la prehistórica idea de que las mujeres eran demasiado sensibles para ser policías. Ella siempre había demostrado lo contrario pero ahora, por alguna razón, acababa de contarle algo personal a su jefe, mostrando que no era de piedra.

Matt estaba algo confundido. Él no era precisamente alguien comunicativo y siempre le había costado hablar de cuestiones relacionadas con los sentimientos. Pero esta vez no quería dejar a Eve sin contención.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, midiendo muy bien sus palabras.

—Porque... me da vergüenza decirte esto, lo siento, sé que no es tema para conversar en el trabajo, pero, creo que Robert me engaña. Él nunca ha sido demasiado afecto al trabajo y de pronto... tiene horarios extraños de oficina y no vuelve a casa en toda la noche. Yo... no creo que me esté diciendo la verdad, no lo creo.

Él estaba sorprendido por la confesión que Eve le estaba haciendo. No supo bien por qué pero le preguntó:

—¿Has estado investigando a Robert?

Eve soltó un suspiro, denotando tristeza.

—No, Matt. En casa no soy la detective Miller, sólo soy Eve. No me hace falta investigarlo; sólo lo sé.

Matt se sintió triste por Eve, por lo que ella estaba viviendo. Sin embargo, ese sentimiento se mezclaba con cierto entusiasmo por lo que había escuchado sobre Robert. Se sintió culpable por lo último.

—¿Qué piensas hacer? —miró a Eve a los ojos.

—Pues ¿la verdad? No lo sé. Lo peor es que creo que no me interesa, no tengo el más mínimo sentimiento de pérdida, ni rencor, ni nada. Es como si me hubiera dado cuenta de algo que le está pasando a otra persona, no a mí. Siempre pensé que si Robert me engañaba le daría cuatro balazos entre ceja y ceja, pero ahora creo que sólo me importa resolver esto de manera amable, por los niños ¿sabes? —Eve se acomodó el cabello—. Creo que lo hablaré con él. Probablemente lo mejor sea confrontarlo cara a cara y que me diga si lo que pienso es cierto. Y si lo es, pues bien, arreglar las cosas y seguir adelante sin Robert... nada más.

De repente, el rostro de Matt se puso rojo, y él pudo sentir el calor que subía por su cara. No dijo nada. Sólo bajó la vista para evitar la de ella, agradeciendo poder ocultar su confusión en la semipenumbra, ya que sólo había encendidas unas pocas luces en todo el piso.

—Creo que es lo mejor —dijo él en tono bajo. Le hubiera gustado saber qué palabras exactas decir para consolarla, para que no sufriera. Quizás abrazarla. Se sentía inútil, confundido e incómodo. Y, sin saber qué hacer, se levantó, tomó la taza de café y se dirigió a su oficina.

—Nos vemos mañana —agregó.

—Hasta mañana, Matt.

El hombre de pelo gris desplegó lentamente los recortes de diario sobre la mesa. Uno tras otro los fue acomodando meticulosamente. Luego, detuvo su mirada en el trozo de periódico más grande, que tenía la foto de archivo policial de una joven con un número de expediente sobre la cabeza. Debajo de la foto, el título de la brevísima nota periodística de la sección policial, rezaba:

«Joven bailarina de club nocturno, Anya Letnikova, aparece asesinada en la sala de Terapia Intensiva del Southland Hospital. La policía aún no tiene sospechosos.»

Lentamente, tomó un libro negro con tapas de cuero gruesas. Lo abrió y recorrió despacio una a una las hojas, donde estaban pegados decenas de recortes de diarios similares al de la joven asesinada. Los casos se sucedían, unos a otros. En algunas de las fotos al pie, había una frase escrita a mano por él mismo, que decía:

«Trabajo terminado».

En cambio en otras fotos, la frase decía:

«Trabajo inconcluso».

Con delicadeza, tomó la foto de la chica, y la pegó en un espacio en blanco del libro de recortes. Luego anotó a mano:

«Trabajo terminado».

A las siete de la mañana, y tras pasar toda una noche en vela, Plenton sentía los ojos arenosos por la falta de sueño y la boca seca por todos los vasos de café que había bebido. Estaba somnoliento y cansado. Habían sido muchas y largas las horas de trabajo, pero al menos sentía que había avanzado bastante en la sistematización de los datos obtenidos. Se dispuso a darse una ducha en los vestuarios y a desayunar algo sólido para comenzar el día en mejor estado.

Eve también había pasado la noche en el Departamento de Homicidios. Desde la persiana semicerrada de su oficina, Plenton había podido verla tecleando en su ordenador, con el rostro apenas alumbrado por la luz azulina de la pantalla. Solo en contadas ocasiones se había levantado para organizar algunos papeles y revisar notas. Sin embargo, después de su conversación, no habían vuelto a hablar.

En su libreta de notas Plenton había registrado datos del novio de Anya, Rick Janseen, apodado «El animal». Veinticinco cargos por agresión, quince por robo, y el último por asesinato, aunque se sospechaba que había cometido muchos más homicidios que el que habían podido probarle. Estaba condenado a cadena perpetua, recluido en el sector de máxima seguridad de la penitenciaría estatal.

Después de componerse un poco, Plenton puso su arma en la funda de la cintura, tomó su chaqueta y caminó hacia el escritorio de Eve. Ella también parecía haber tomado una ducha, pues llevaba el cabello mojado. Su rostro lucía limpio y despejado como si hubiera descansado toda la noche. Quizás el trabajo funcionara para ella como una especie de curación, pensó, como un escondite para huir de la vida personal. Él entendía mucho sobre eso.

—Acompáñame, Eve, iremos a visitar a un pájaro a la penitenciaría.

Casi no hablaron durante el viaje. Plenton conducía atento y Eve miraba

por la ventanilla los cafés y restaurantes que flanqueaban la calle Ontario. Los empleados de la zona entraban como una exhalación y salían rápidamente con vasos humeantes y fragantes paquetes de papel de estraza que contenían bollos, *bagels* y donuts glaseados.

Durante el trayecto, se percibía cierta incomodidad, quizá por la conversación de la noche anterior. Por ello ambos sólo intercambiaron algunos datos sobre Janseen, El Animal. Se sabía de él que era holandés y que había llegado a Chicago diez años atrás. Desde el momento en que pisó la ciudad se metió en problemas. Varias veces detenido, trabajaba como esbirro de Zlovenko y había llegado a ser su mano derecha.

Hoy, aunque El Animal estaba preso, era un secreto a voces que seguía en contacto con la organización, que parecía tener sus oficinas centrales en el Caesars Club. Movía influencias y mandaba a matar desde la cárcel, cuando alguna de las chicas hablaba de más o cuando un enemigo de Zlovenko se tornaba muy molesto. Su estadía en la penitenciaría había resultado sólo un cambio de oficina.

Plenton giró hacia la derecha y allí estaba; a unos doscientos metros podía verse el enorme edificio del Metropolitan Correctional Center de Chicago. Aquella cárcel había comenzado a operar en 1975. Allí se alojaban más de seiscientos prisioneros, algunos cumpliendo condena y otros aguardando sus sentencias.

Se acercaron con el coche hacia el portón de entrada y uno de los dos guardias de la casilla de seguridad se acercó hasta ellos. Matt se adelantó a decir, mientras mostraba su placa:

—Detective Plenton y Detective Miller. Venimos a ver a uno de los presos.

Tras presentar la orden del departamento y llenar los formularios de rigor, uno de los guardias los condujo al espacio reservado para realizar interrogatorios a los internos.

El lugar era un pequeño recinto de paredes blancas, mal iluminado, donde sólo había una mesa de madera pintada de gris y tres sillas. En la pared del

fondo se veía un espejo empotrado. Cualquiera que tuviese una mínima idea de lo que era una sala de interrogatorio podía adivinar que se trataba de un espejo falso y que del otro lado había observadores.

Plenton y Eve se sentaron en silencio para esperar la llegada del reo. En pocos minutos se abrió la puerta y, acompañado de un guardia, entró El Animal, que vestía el estridente uniforme anaranjado, típico de muchas de las penitenciarías estatales.

El sujeto era rubio y su rostro estaba marcado por varias cicatrices. Una de ellas le cruzaba el ojo derecho, cuyo iris tenía un color blancuzco, dándole un aspecto temible. No era demasiado alto, pero sí muy fornido. Sus manos eran enormes y tenía los nudillos lastimados, sin duda por haber participado en alguna trifulca con otros internos. Tipos violentos como él no tardaban en encontrar a otros de su misma medida y trenzarse a golpes por la más mínima provocación o, en el peor de los casos, asesinar o ser asesinados con una púa, la temible arma de fabricación casera que los presos confeccionaban con cualquier material duro que pudieran ahusar, hasta dejarlo como un estilete.

El hombre se sentó de frente a los detectives, observándolos con mirada desafiante.

Plenton preguntó:

—¿Rick Janseen?

—¿Y tú qué crees? —espetó el otro.

—Señor Janseen —intervino Eve, antes de que el detective respondiera—. Estamos aquí por la muerte de Anya Letnikova. Sabemos que usted tuvo una relación con ella.

—¿Esa perra ha muerto? —preguntó el reo, con más muestras de satisfacción que de sorpresa.

—Sí, y queremos saber por qué —respondió Plenton.

—Yo no sé nada. He estado de vacaciones estos últimos años, aquí dentro. —La sonrisa no se desdibujaba de su rostro.

—¿Sabe de alguien que la quisiera ver muerta?

—Yo —respondió El Animal, riendo.

Plenton era un hombre sumamente paciente, pero sabía que en ese momento debía ponerse firme, o no sacarían nada de aquel criminal. Endureció su tono:

—Mira, infeliz, déjate ya de estupideces y dinos todo lo que sabes de la chica, antes de que te imputemos por contratar a alguien para matarla.

El detective sabía perfectamente que había jugado una carta que difícilmente fuese ganadora. El otro rio de manera estruendosa:

—¡Buen intento detective!, pero no me asusta en absoluto. —Se limpió la nariz con la tela de la manga, haciendo un ruido metálico con las esposas que mantenían sus manos juntas—. Hace dos años que no sé de esa desgraciada, así que no tengo nada que decirles. Además, ya me estoy cansando de estos juegucitos de venir a preguntarme estupideces. Ya van dos veces en la misma semana, ¿no hay otros jodidos criminales en Chicago? —murmuró unas palabras en holandés, mientras sacudía la cabeza.

Plenton y Eve reaccionaron al unísono. Eve se adelantó:

—¿Dos veces? ¿Quién ha venido a interrogarlo, aparte de nosotros?

—Pregúntale al guardia, preciosa —respondió Janseen, despectivamente, mientras observaba más atentamente a Eve.

Plenton miró fijo a los ojos del holandés, y por unos segundos no dijo nada. La tensión fue creciendo hasta que el otro cedió, como si estuvieran jugando un juego que para él era muy divertido.

—Está bien, detective, está bien. Fueron dos tipos; uno era un doctor. Dijo que se llamaba Starton o Parker.

Eve anotaba febrilmente los nombres en su libreta.

—Y vino acompañado de un alfeñique que parecía su ayudante. Me preguntaron varias estupideces, sobre mi infancia, por qué me gustaba golpear a las personas y otras más que ni recuerdo.

—¿Eso fue todo? —preguntó Plenton.

El hombre pareció pensar unos segundos y luego respondió:

—Pues no, también me pasaron cerca del cuerpo ese aparatito extraño.

Eve se adelantó a preguntar.

—¿A qué aparatito se refiere? —todo resultaba muy extraño.

El Animal se encogió de hombros.

—Pues no tengo ni idea. Era algo parecido a lo que te pasan aquí, en el penal, para ver si traes algo metálico. Pero yo no traía cosas de metal, salvo esto —dijo, señalando las esposas y haciendo una mueca—. Así que no sé para qué el doctorcito me lo pasó cerca del cuerpo.

Plenton y Eve se miraron.

—Hemos terminado —dijo él.

Al levantarse ambos, El Animal les dedicó una sonrisa cínica y mientras se iba les dijo:

—¡Klootzakken!

—¿Qué dijo? —preguntó Plenton.

El guardia que estaba en la sala respondió:

—Creo que te ha insultado de lo lindo.

Antes de irse, hablaron con el director de la penitenciaría, quien les confirmó que hacía alrededor de una semana, un tal doctor Elmer Parker había visitado el penal con la finalidad de entrevistar a varios presos. El doctor Parker dirigía el IIP, Instituto de Investigaciones Parapsicológicas. Se trataba de una institución muy prestigiosa, dentro de ese campo de conocimiento, que funcionaba con aportes privados y que se dedicaba a desarrollar investigaciones en el terreno de los fenómenos llamados paranormales. El doctor Parker venía recomendado por un senador de mucha influencia, por lo cual no habían podido negarle la entrada al penal. El médico había solicitado tener conversaciones con aquellos presos especialmente violentos, que hubiesen cometido asesinatos o intentos de ello. Las entrevistas habían consistido en una hora aproximada de charla y en pasarle cerca del cuerpo a los presos una especie de aparato de mano, similar a un detector de metales. Ese procedimiento lo había hecho el mismo



investigador, mientras su ayudante tomaba notas de algo que veía en la pantalla de aquel extraño dispositivo. Ante las preguntas del director del penal, el doctor Parker se había limitado a responder que sólo estaban investigando las cualidades energéticas de los criminales.

Tras ese relato, Matt y Eve decidieron quién sería la próxima persona a interrogar. Si bien no guardaba relación directa con el crimen de Anya Letnikova, el doctor Parker podía haber recogido del holandés alguna información que resultara útil o que condujera a alguna pista que relacionara a éste con el crimen de la joven. La sospecha de Matt era que quizá la chica estaba saliendo con otro hombre y que El Animal podría haber movido los hilos desde la prisión, para mandar a matar a su ex novia. No le faltaban características celotípicas y violentas como para hacer aquello.

Big Bear emitió un eructo sonoro y se pasó la mano por la barba grasienta. Estaba sentado en un gastado sillón de cuero rojo, al lado del escritorio de Zlovenko, que permanecía con su mirada gélida habitual.

Irina estaba parada frente a ambos, temblando de miedo. Sabía muy bien que cuando una de las chicas era llevada a la oficina del jefe, era por algo muy malo. Seguramente la habían visto hablar con Pedro y ahora tomarían alguna represalia.

Mijail habló primero:

—Así que estuviste hablando con el policía ¿no es así, Irina? —La pregunta traslucía un falso tono comprensivo.

Ella se sintió morir. Sus sospechas se confirmaban. A medida que las palabras se agolpaban en su cabeza, un intenso miedo la invadía, casi impidiéndole hablar.

—No... quiero decir, sólo unas palabras.

Big Bear rugió:

—¿Qué les dijiste, perra?

Irina sintió unas intensas ganas de orinar. Trató de contenerse. Big Bear se había erguido en su asiento y parecía dispuesto a levantarse, pero como el jefe no hizo ninguna seña, volvió a reclinarsse aparatosamente.

Esta vez la voz de Zlovenko sonó grave:

—Irina... querida... ¿quieres responderme a mí o quieres que él te interrogue? —señaló hacia Big Bear.

El oso grasiento sonrió y se pasó la lengua por los labios.

—Juro que no les dije nada; sólo que esa noche llevé a Anya al hospital porque estaba drogada como nunca. Sólo les dije eso... que la llevé al hospital —la chica rogó, con lágrimas en los ojos—. ¡Tienen que creerme!

No les dije nada más...

El jefe hizo un gesto con la mano, como si quisiera calmarla. Irina seguía sollozando quedamente.

—Te creemos, preciosa, te creemos —miró a Big Bear e hizo una seña con la cabeza.

El hombretón se levantó y tomó a Irina del brazo, arrastrándola hacia la puerta.

—¡Nooo! —La muchacha emitió un grito desgarrador—. ¡No he dicho nada... por favor!

Pero la suerte ya estaba echada. Big Bear la empujó fuera de la oficina y antes de que él saliera, Zlovenko sentenció:

—Que no la encuentren jamás. ¿Entendiste?

—Entendí, jefe —respondió Big Bear sonriendo.

A las seis y media de la mañana, Eve se despertó con el penetrante ruido del despertador. De un manotazo lo apagó y abrió los ojos. A su lado, Robert aún dormía. Lentamente, se levantó tratando de no hacer ruido. Aun así, su marido comenzó a desperezarse.

—Hola querida —dijo a Eve.

Ella respondió con voz apagada:

—Hola.

Mientras él se incorporaba sobre los codos, Eve se quitó el camisón. Quedó vestida sólo con bragas, con sus senos desnudos. Robert la miró y lanzó un silbido.

—Ven aquí, linda —sonrió—. Podemos comenzar la mañana con algo divertido.

Eve se dio la vuelta, de modo que él la viera de espaldas.

—No estoy de humor.

—Como quieras —replicó él, sentándose en la cama y dándole a ella la espalda.

Eve se puso una camisa. Miró a Robert sin decidirse a preguntar por la ausencia de su marido. Finalmente lo hizo, tratando de sonar calma.

— ¿A qué hora llegaste anoche?

Él hizo un gesto como de cansancio.

—Pues bastante tarde ¿no? Creo que cerca de las tres —y se apresuró a agregar, mientras tomaba un pantalón del perchero—. Estuve con mucho trabajo anoche, cosas... ya sabes. —No miraba a Eve mientras le hablaba.

La figura de él se veía un poco ridícula, en camiseta y tratando de mantener el equilibrio mientras se ponía los pantalones. No era un hombre muy agraciado. Calvo y de estatura algo menor que Eve, muchos se

preguntaban cómo una mujer hermosa como ella se había enamorado de él.

Eve se decidió:

—Robert —dijo mirándolo a los ojos—, tú sabes que tengo muchos defectos... —luego hizo una pausa— pero hay uno que no poseo. No soy idiota.

Se hizo un silencio que podía cortarse con un cuchillo.

Él, con tono distraído, preguntó:

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Intento decirte que sé que me engañas. Y quiero que me lo cuentes con tu propia boca. Juro que no tomaré represalias, pero te exijo que me lo digas de una vez.

—Te equivocas, Eve... sólo he estado...

Ella lo interrumpió, elevando el tono de voz:

—No me subestimes, Robert. Puedo aceptar que lo nuestro no funcione, pero no puedo tolerar que quieras tratarme como una imbécil.

Robert bajó la cabeza y luego la levantó. Cuando parecía que iba a decir algo, Jimmy entró corriendo a la habitación y abrazó a Eve:

—¡Mamá... mamá... hazme panqueques con banana! —dijo entusiasmado, todavía vestido con su pijama.

Eve levantó a Jimmy en brazos y miró a los ojos a Robert. El asunto aún no había terminado.

A las ocho y veinticinco de la mañana el equipo de Homicidios se iba acomodando en la sala de reuniones del séptimo piso. Plenton tomó su lugar frente a la pizarra blanca. Cada uno de los integrantes, por turno, fue comentando los datos que había obtenido de sus indagaciones. El detective contó acerca del encuentro que habían tenido en la prisión con El Animal. De ese breve interrogatorio habían obtenido un posible camino que quizá condujese a incriminar al preso. Él y Eve irían a visitar al Doctor Parker, director del Instituto de Investigaciones Parapsicológicas. La idea era averiguar si Parker había obtenido alguna información sobre el holandés, que sugiriera que él pudo tener algo que ver con la muerte de Anya.

Luego Eve comentó algunos datos que había obtenido en la web sobre el Instituto del doctor Parker. El lugar aparecía mencionado en varias publicaciones en internet, todas muy prestigiosas. Las investigaciones del IIP incluían un variado rango de temas, desde telequinesis hasta percepción extrasensorial; también manejo de la energía y desarrollo de fuerza extraordinaria bajo condiciones de alto estrés.

Una de las últimas investigaciones se centraba en el tipo de energía que poseen las personas orientadas al crimen. Eve se había interesado por el artículo, por lo que lo leyó completo. La hipótesis central del escrito era que existía una energía claramente diferenciada en los criminales que los llevaba a desarrollar conductas perversas y violentas. Aparentemente, con los instrumentos tecnológicos adecuados, era posible conocer quien poseía esa energía. El artículo era, sin duda, polémico, pues planteaba tácitamente la posibilidad de saber de antemano si una persona estaba o no orientada al delito, simplemente con la medición de su tipo de energía.

Todos escucharon atentamente la exposición de la detective. Luego le tocó el turno a Pedro, que entre sonoros sorbos de café comentó que las

averiguaciones que había hecho sobre el Caesars Club no habían arrojado ningún dato del que pudieran tomarse para señalarlos como sospechosos por el asesinato de la chica Letnikova.

Era claro que estaban atascados en la investigación. Debían proceder rápido para encontrar alguna pista que los llevara al asesino.

Finalmente, John Forces y Alan Layton dieron detalles sobre las declaraciones de los cuatro médicos que estaban de guardia en el Southland Hospital la noche del crimen. Nada que fuera conducente.

Plenton dio las órdenes:

—Pedro, Alan, investiguen a las demás chicas del club. No tenemos suficientes elementos como para pedir una orden al juez, así que deberán encontrar el modo de que colaboren. —Se dirigió al detective ubicado al otro lado de la sala—. Forces, revisarás los casos de chicas muertas en los últimos seis meses.

John asintió mientras tomaba notas en su libreta.

—Eve, vendrás conmigo al Instituto del Doctor Parker. Hablaremos con él.

El IIP estaba situado a las afueras de la ciudad, en una zona agradable y arbolada cercana al parque Horner. El viaje desde la oficina llevaría unos cuarenta minutos, si el tráfico no era excesivo.

Mientras se dirigían al Instituto, Matt y Eve no hablaron mucho. Él sentía deseos de iniciar una conversación, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Solían hablar de crímenes, pistas, juicios y demás, pero nunca habían conversado sobre cosas de sus vidas, salvo recientemente, cuando ella le confesó lo de su problema con Robert.

Esa mañana, Eve parecía agotada. Lucía ojeras y cada tanto suspiraba, denotando cansancio. Últimamente se veía diferente a como solía ser. De carácter alegre, y con una sonrisa siempre en los labios, acostumbraba a hablar con pasión de los casos que investigaban, discutiendo acaloradamente con Matt sobre cómo resolverlos. Él sentía que Eve tenía una energía contagiosa, y que con el sólo hecho de escucharla se impregnaba de ella.

Mientras conducía volvió a concentrarse en sus pensamientos sobre el caso. Estaba tratando de atar cabos que le permitiesen llegar a alguna respuesta posible. Si había algo que no le gustaba era darse por vencido sin resolver un homicidio. Justamente, era conocido en el departamento como un hombre de una aguda inteligencia y perseverancia, que había llegado a resolver casos que otros policías no pudieron desentrañar, incluso expedientes que llevaban más de diez años abiertos.

En una ocasión, el hijo de un matrimonio de abogados muy prestigiosos de Chicago había aparecido muerto en su habitación, aparentemente de causas naturales. Todo indicaba un fallo cardíaco. El caso fue cerrado, pero Plenton no había quedado conforme con el modo en que las cosas se habían dado y algo en su mente le decía que debía continuar indagando. Cinco años después, cuando se desarrolló una técnica que permitía, por luz refractaria,



encontrar sustancias específicas en los cadáveres, Plenton reabrió el caso, hizo desenterrar el cuerpo del niño y, finalmente, pudo encontrarse una sustancia venenosa imperceptible en los análisis rutinarios de los forenses. El chico había sido envenenado con un tóxico que tendía a desaparecer de la sangre en pocas horas, sin dejar rastro alguno del envenenamiento. Ambos padres fueron a dar en prisión, con cadena perpetua.

—Es aquí —dijo Eve, señalando un edificio a mano derecha de la calle Rockwell, al 4100.

La entrada al lugar estaba franqueada por una puerta de vidrio de apertura automática. Los detectives entraron y se encontraron con un escritorio, detrás del cual una recepcionista vestida de azul y con un peinado muy tirante, hablaba por teléfono. Al percibir la presencia de los visitantes colgó el auricular y dirigiéndose a los detectives preguntó:

—¿En qué puedo ayudarles?

—Buscamos al Doctor Parker. Somos de la policía de Chicago.

La recepcionista no parecía sorprendida. Al parecer, no era la primera vez que la policía iba por allí. Y ello se debía a que en algunos casos, sobre todo de personas desaparecidas, el departamento de policía había recurrido a psíquicos y sujetos con capacidades de percepción especial para tratar de encontrarlas. Y qué mejor lugar para hallar a psíquicos que el IIP. La mujer observó con cuidado las identificaciones policiales y anotó los nombres de Plenton y Eve en un pesado cuaderno de visitas. Luego tomó de una esquina de su escritorio un papel pequeño que tenía impreso un mapa esquemático del lugar.

—El doctor está dando un seminario para alumnos avanzados de medicina. —Sobre el esquema impreso dibujó un círculo con un bolígrafo rojo—. En este momento se encuentra en la sala de conferencias número tres. Avancen hasta el final del pasillo, aquí —hizo otra marca— tomen el ascensor hasta el segundo piso, aquí, y apenas salgan a su derecha, encontrarán la sala.

Y habiendo dicho aquello, como una fórmula repetida cientos de veces por día, finalizó su explicación y sonrió mecánicamente.

Mientras avanzaban, Plenton y Eve fueron apreciando las características del edificio. Todo brillaba. A los lados de cada pasillo se alineaban oficinas y puertas que indicaban el número de laboratorio. No se escuchaba sonido alguno proveniente de las salas, salvo alguna tos, o la voz de alguien sosteniendo una conversación telefónica. Los pasos de los dos detectives resonaron sobre el encerado piso de granito. El lugar lucía impoluto.

El Instituto de Investigaciones Parapsicológicas funcionaba desde los años sesenta. Era miembro activo de la Parapsycological Association, organización que agrupaba cientos de miembros de varios países, entre quienes se encontraban profesores, antropólogos, biólogos, médicos, físicos, psiquiatras, psicólogos, sociólogos y miembros de otras diversas profesiones. Los resultados de sus investigaciones se habían publicado en varios medios científicos especializados, como el *Journal of the American Society of Parapsychology* y el *Parapsychology Report*.

En Estados Unidos se había desarrollado un nutrido programa de investigaciones en parapsicología, aunque el número de laboratorios de investigación había disminuido en años recientes por problemas económicos. Uno de los que cerrara sus puertas fue el prestigioso laboratorio PPS, de Nueva York. Aun así, todavía se mantenían en actividad el Mind Research, en Austin (Texas), y la Foundation for Parapsychological Studies, en Washington.

Si bien todos los investigadores que se dedicaban a analizar los fenómenos llamados paranormales eran de algún modo puestos en tela de juicio por sus colegas más tradicionalistas, el IIP era considerado uno de los lugares más serios donde se investigaban aquellos temas.

Matt y Eve subieron al segundo piso. De inmediato vieron que la puerta que indicaba «Sala de Conferencias 3» estaba cerrada, por lo que Matt la abrió y entraron. De pronto todas las miradas del auditorio se centraron en los recién llegados. El disertante también los miró. Se hizo un silencio incómodo, mientras ambos se dirigían hacia la última fila de asientos. Habría unas cuarenta personas escuchando la conferencia. El lugar lucía imponente y

lujoso, con butacas forradas en pana roja y un escenario con muebles de caoba muy oscura.

De pie en el estrado, un hombre de unos setenta años, delgado, alto y de rostro amable, se dirigía a su audiencia. Las letras bordadas en hilo negro sobre el bolsillo de su guardapolvo blanco lo identificaban como Dr. Elmer Parker. El médico reanudó lo que estaba comentando.

—Como les decía, la parapsicología es la ciencia que intenta estudiar, a través del método científico, una serie de eventos donde la mente interactúa con el ambiente sin que haya un vínculo físico conocido. A esos eventos los llamamos *fenómenos psi*. Estos fenómenos se dividen en dos grandes grupos: los fenómenos psi-cognitivos y los fenómenos psi-cinéticos. —El silencio en el salón era absoluto, salvo por el raspar de algunos lápices en el papel.

El doctor hizo una pausa y pasó la próxima diapositiva de *power point*. Luego, mirando la pantalla, prosiguió hablando:

—Los psi-cognitivos se refieren a la llamada percepción extrasensorial. Es a través de esta percepción que el sujeto capta cosas que usualmente sólo se perciben con los órganos de los sentidos, como los ojos o los oídos, sólo que en este caso las cosas percibidas no están al alcance de dichos órganos.

El expositor hizo otra pausa, esta vez más larga, como para generar expectativas sobre lo que proseguiría comentando.

—La percepción extrasensorial puede focalizarse en algo que está pasando, es decir clarividencia; en algo que otra persona está sintiendo, es decir telepatía; o en algo que va a pasar, o sea premonición.

Los asistentes a la conferencia lucían cada vez más interesados.

El Doctor Parker carraspeó, se acercó al escritorio y tomó un sorbo de agua, antes de continuar.

—En cambio, los fenómenos psi-cinéticos se refieren a eventos donde el pensamiento, de manera voluntaria o involuntaria, parece afectar a las cosas materiales. El más conocido de estos fenómenos es la telequinesis, o sea la capacidad de mover objetos con el pensamiento.

Plenton miró a Eve, que observaba atentamente al doctor Parker. Parecía

muy interesada y, en realidad, él también lo estaba, dado que el hombre explicaba claramente los conceptos que mencionaba y no parecía haber en su discurso ninguna incoherencia o exageración.

El doctor prosiguió, al tiempo que oprimía el botón del control remoto, pasando a otra imagen que mostraba un cuadro sinóptico. Mientras hablaba, Parker daba unos pasos hacia su derecha y luego volvía. Su voz tenía un tono más bien grave y él iba variando su intensidad, de modo tal que su alocución no fuera monocorde.

La audiencia parecía estar fascinada con lo que el médico estaba comentando. El doctor continuó:

—Uno de los fenómenos que actualmente estamos estudiando en el IIP tiene que ver con la captación, por parte del cuerpo, de energías de diferente magnitud y orientación. Para plantearlo en términos simples: podríamos decir que existen dos tipos de energía: la positiva, o energía A, y la negativa, o energía Z. La primera es la que genera en las personas pensamientos y movimientos tendentes a la socialización. Mediante esta energía, las personas se acercan entre sí, se integran, se ayudan. Se trata de un cúmulo energético que tiende a lo que podríamos llamar acciones constructivas. —El doctor se alejó momentáneamente del micrófono para aclararse la voz y siguió—. Sin embargo, la energía de valencia negativa o energía Z es la que incrementa el nivel de violencia del sujeto y lo vuelve absolutamente orientado hacia sus propios fines, sin que el resto de la gente resulte de su interés. La energía Z vuelve a las personas capaces de cometer acciones que pueden llegar a ser atroces.

Un murmullo inundó la sala.

Uno de los asistentes a la conferencia, un joven de anteojos, con guardapolvo blanco levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó el doctor Parker.

—Doctor ¿podríamos decir que la energía positiva es lo que llamamos bien y la negativa es lo que llamamos el mal?

El Doctor Parker miró al joven y se llevó la mano a la barbilla. Meditó

unos segundos y respondió:

—Si tenemos sumo cuidado con lo que esos términos significan, podríamos decir que sí. Pero no es mi intención entrar en debates morales, sino comentar cómo la ciencia puede demostrar que quien comete hechos deplorables es aquella persona que contiene grandes cúmulos de energía Z.

Una joven rubia, de rostro pecoso, se apresuró a levantar su mano desde la primera fila de asientos del salón. Cuando lo hizo, dos asistentes más también extendieron sus brazos. El doctor Parker sonrió. Parecía complacido de ver que sus interlocutores se iban interesando cada vez más por lo que él comentaba.

Señaló hacia la joven:

—Usted, señorita.

—Gracias, doctor. Quería preguntarle de qué depende que alguien posea más de un tipo de energía, sea esta positiva o negativa.

—Buena pregunta —respondió Parker, asintiendo con la cabeza.

La joven sonrió.

—Si bien todavía estamos en una fase inicial de nuestra experimentación, pensamos que una persona nace con una disposición cerebral y neuronal abierta a recibir ambas energías. Sin embargo, con el tiempo y en la medida en que esa persona va actuando, sus acciones generan campos de atracción para la energía A o la Z.

El doctor dio unos pasos hacia delante, y prosiguió:

—De acuerdo a las últimas investigaciones que estamos desarrollando, aún no concluidas, parece haber un tipo de situación que torna vulnerables a las personas para recibir más energía del tipo Z, es decir, de la negativa. Ese tipo de situación se da cuando la persona experimenta una duda, una gran duda, de naturaleza prolongada y existencial, que lo pone en la encrucijada de hacer algo malo o no hacerlo. Ese estado anímico parece generar campos de atracción muy fuertes hacia la energía Z.

Parker hizo una pausa, adrede, con el claro objetivo de generar aún más

expectativa.

—Pero eso no es suficiente para que la persona atraiga esta energía. Parece que algo más tiene que pasar para que ello suceda.

Esta vez la joven no pudo aguantarse, y sin levantar la mano preguntó con tono de ansiedad:

—¿Y qué es lo que tiene que pasar, doctor?

Parker la miró y sonrió.

—Pues no lo sabemos con exactitud, pero hay teorías que sostienen que debe sobrevenir en la persona un estado de debilidad física muy severo. Diría que estar casi al borde de la muerte.

Un murmullo aún más fuerte se extendió por el auditorio.

Parker miró su reloj de pulsera y dejó escapar un breve suspiro.

—Estimada audiencia, por hoy hemos terminado. Nos veremos aquí mismo, mañana, a la misma hora. Muchas gracias.

Un fuerte aplauso se cerró sobre el doctor, quien sonrió e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Plenton y Eve, aún sentados en la última fila, esperaron a que la sala se vaciara. Cuando la audiencia se hubo ido, se acercaron al disertante, que estaba recogiendo sus papeles.

—Doctor Parker, somos los detectives Plenton y Miller.

—¡Ah! —exclamó Parker— los visitantes sorprendidos.

Eve se disculpó:

—Sentimos haber entrado sin previo aviso a su conferencia, doctor.

—No hay inconveniente —respondió el hombre, con una amable sonrisa, que parecía ser su gesto predilecto.

—Quisiéramos hacerle algunas preguntas —inquirió Plenton.

El doctor terminó de introducir sus papeles en el portafolio. Se dio la vuelta y miró al detective.

—¿Se trata de alguna persona desaparecida? Si es así...

Eve lo interrumpió:

—No, doctor. Se trata de un asesinato y de que usted estuvo conversando con uno de los sospechosos.

La sonrisa de Parker desapareció de golpe.

—¿Qué yo qué?

—Sí, doctor —prosiguió Plenton—. Usted y uno de sus ayudantes estuvieron conversando con Rick Janseen, al que llaman El Animal, en la penitenciaría del estado, hace más o menos una semana.

El rostro de Parker se relajó.

—Ah, sí, por supuesto. Esa entrevista que tuvimos es parte del programa de investigación que acabo de mencionar en la conferencia. Acompañenme, por favor. —Y sin decir más, el doctor tomó su portafolio y señaló hacia la puerta de salida—. Les mostraré algo que quizá pueda interesarles.

Subieron hasta el tercer piso y luego recorrieron un largo pasillo, en el que había varias ventanas que daban a laboratorios. Al pasar por ellos, Plenton y Eve pudieron observar de reojo personas sentadas, con electrodos conectados en sus brazos y cabezas, y otros sujetos vestidos de guardapolvo blanco, que sin duda eran científicos del IIP. Finalmente, llegaron a una puerta cerrada electrónicamente, con un cartel que decía:

«Laboratorio 18 - prohibido pasar».

Parker extrajo una tarjeta de su bolsillo y la pasó por la ranura de la cerradura electrónica; luego oprimió los botones con el número de clave.

—Adelante —dijo amablemente.

Los dos policías entraron primero al recinto. Les llegó el fuerte olor de alimento para animales, frutas cítricas y desinfectante. En el centro de la sala había una mesa de azulejos blancos, que tendría unos cinco metros de largo. Sobre la mesa estaban esparcidas una enorme cantidad de piezas de lo que parecían ser aparatos electrónicos, a medio armar. Plenton recorrió con la mirada aquella colección de circuitos y piezas y se detuvo instantáneamente cuando vio un dispositivo similar a un identificador de metales. De inmediato recordó el aparato que El Animal había mencionado en la penitenciaría.

Eve, en cambio, había fijado de inmediato la mirada en las mesas metálicas que se encontraban junto a ambas paredes laterales. En cada una de ellas había tres jaulas en cuyo interior se encontraban chimpancés. Algunos apoyaban sus espaldas contra la reja, mientras que otros miraban con curiosidad a los recién llegados. Los animales parecían estar tranquilos y en buen estado de salud.

Cerca de la mesa derecha, un joven pelirrojo de anteojos recogía unos trastos de plásticos de color verde que parecían ser comederos. Cada uno de los recipientes tenía un número blanco pintado a mano.

El muchacho era de contextura pequeña. De sus angostos hombros colgaba un guardapolvo celeste prolijamente planchado, y miraba lo que estaba haciendo por encima del marco de unos anteojos que quedaban grandes en su cara. Sobre el labio superior lucía un escaso bigote y su cabello estaba peinado con gel. El joven dedicó una rápida mirada a los recién llegados y les dispensó una sonrisa.

En la mesa de la izquierda, dos ayudantes manipulaban unos electrodos que estaban colocando en el brazo de un simio. Uno de los jóvenes era muy delgado y con aspecto desaliñado. La manga izquierda de su guardapolvo estaba dada la vuelta y abrochada sobre sí, indicando claramente la ausencia del brazo completo. Su rostro mostraba una expresión de mucha concentración. Su nariz era aguileña y tenía un lunar color marrón que le ocupaba gran parte de la mejilla izquierda. El otro muchacho era menudo, y de rostro casi infantil. Parecía inseguro de lo que estaba haciendo con el simio.

El doctor Parker hizo las presentaciones:

—Detective Plenton, detective Miller, ellos son mis ayudantes —y señalando al joven pelirrojo dijo—: él es Johnny.

Luego señaló sucesivamente al muchacho manco y al que parecía un adolescente:

—Y ellos son Steve y Gary.

Los dos jóvenes parecían tímidos e introvertidos. Ambos levantaron el



mentón en señal de saludo y de inmediato volvieron a manipular los electrodos sobre el mono.

—¿Qué investigan exactamente aquí, doctor? —preguntó Plenton.

Parker respondió, con muestras de entusiasmo:

—Pues lo que acabo de comentar en la conferencia. Investigamos la presencia de energía A o Z en simios avanzados. Aunque ya estamos comenzando a trabajar con seres humanos.

—¿A eso se deben sus entrevistas con los presos de la penitenciaría? —preguntó Eve.

—Exactamente. Lo que estamos probando específicamente es un dispositivo capaz de medir la presencia predominante de energía A o Z en los simios superiores y, en fase todavía muy experimental, en personas.

—¿Sólo en presos? —preguntó Plenton.

—En esta primera etapa, sí. Y lo hacemos en sujetos condenados por crímenes violentos, porque nuestra hipótesis es que ellos poseen un alto grado de energía negativa, energía Z. —Entrecerró los ojos en un gesto que hablaba del entusiasmo que sentía por su trabajo.

El doctor Parker avanzó hacia donde estaban los dos muchachos con el simio y, señalando al animal, dijo:

—¿Ven este chimpancé? Es Timmy. Hace años que está con nosotros y es un animalito muy bueno y colaborador. —El simio los miró con sus ojos oscuros, como si supiera perfectamente que hablaban de él.

Parker caminó unos pasos hacia la jaula siguiente.

—Pero aquí tenemos a Bobby —dijo, indicando al simio dentro de la jaula.

Antes de que pudiese terminar de hablar, el chimpancé comenzó a gritar escandalosamente, mientras agarraba los barrotes e intentaba salir de la jaula. Entre gritos sacaba la mano intentando alcanzar a Parker. El animal emitía chillidos escalofriantes, mientras una espuma blancuzca salía de su boca.

—¿Lo ven? —preguntó el doctor—. Éste es un mono muy diferente. Desde

que llegó ha sido así. Ya ha atacado a dos de nuestros ayudantes y mordido a otros tantos. Es un animal muy inestable y peligroso.

Plenton miró a Eve. El doctor avanzó hacia la mesa central y tomó un aparato que parecía un medidor de metales. Luego volvió hasta donde estaba el simio, que seguía gritando y tirando manotazos hacia el doctor.

—Quiero que se fijan en esto —dijo Parker.

Y sin otra palabra, oprimió una tecla que estaba al costado de aparato. De inmediato se encendieron dos filas de luces rectangulares, que iban ascendiendo en una escala del uno al diez. Una de las filas de luces era roja y la otra azul. Al encender el aparato, ambas luces estaban al nivel uno.

El doctor acercó peligrosamente el aparato a la mano del chimpancé, que seguía agitándose. Casi de inmediato, la fila de luces rojas subió hasta el nivel ocho. Al retirar el aparato, volvieron a su nivel inicial.

El doctor les dedicó una de sus sonrisas.

—¿Lo ven, detectives? Con este aparato podemos medir efectivamente la presencia de energía Z en estos primates superiores. No les quepa duda de que si soltáramos a este chimpancé, lo primero que haría sería despedazarnos gustosamente.

Parker se movió hacia la otra jaula.

—En cambio... —Avanzó hasta el simio que los dos ayudantes estaban manipulando y acercó el aparato al mono.

La columna de luces azules se elevó hasta el número siete.

—Este simio posee una alta predominancia de energía A. No sólo no es peligroso sino que es muy amistoso, con nosotros y con sus congéneres.

—¿Qué quiere decirnos con esto? —le preguntó Eve.

El doctor respondió:

—Que después de quince años de investigación y desarrollo, estamos a punto de lograr medir la energía predominante en cada ser humano. Podremos saber, sin que la persona diga ni una sola palabra, si su energía predominante es A o Z. Por lo tanto, podemos saber si esa persona tenderá a

actuar bien o mal. ¿Se dan cuenta de la importancia de esto? —El doctor miraba a ambos visiblemente entusiasmado por lo que acababa de mostrar.

—¿Eso es lo que fue a probar a la penitenciaría? —intervino Plenton.

—Así es, detective. Hemos obtenido un permiso del estado y estamos recorriendo las cárceles para probar el aparato en esta primera etapa. Les repito que estamos en una fase plenamente experimental. Todavía faltan varios ajustes por hacer en el dispositivo.

Eve miró fijamente a Parker:

—¿Qué resultados arrojó la utilización de este aparato en Rick Janseen?

Esta vez, Parker no sonrió. Metió ambas manos en los bolsillos de su guardapolvo y respondió:

—Me temo que esos resultados son confidenciales, detective Miller. Cuando estemos en condiciones de revelarlos al mundo publicaremos los datos obtenidos. Hasta entonces, nada más puedo decirles.

Los dos se miraron. Parecía que Eve iba a insistir a Parker, pero Plenton se le adelantó:

—Sólo necesitamos que nos diga si Janseen le mencionó, aunque sea indirectamente, algo relacionado con una chica llamada Anya Letnikova.

El doctor negó con la cabeza.

—En absoluto. Sólo hablamos de cuestiones generales, de su infancia, y de su propensión a la violencia.

—Está bien, doctor Parker —repuso Plenton—, le agradecemos mucho su tiempo.

Eve apenas podía creer que eran las seis de la tarde y ya estaba en su casa. Se detuvo un momento en el sendero de la entrada antes de ingresar a su hogar. Había sido una jornada agotadora.

La casa se encontraba tranquila y silenciosa, los niños estaban con su abuela y Robert todavía no había llegado. Aprovechó su inusitada soledad para darse un baño de inmersión. Le gustaba sumergirse un largo rato bajo el agua con espuma de sales, pero casi nunca podía hacerlo, dado que estando sus hijos allí siempre había demasiado movimiento.

Cuando el agua llegaba casi al borde y todo el cuarto de baño olía a lavanda y rosas, Eve se introdujo lentamente en la bañera. Se recostó, y plácidamente reclinó la cabeza hacia atrás, suspirando encantada por poder tomarse un tiempo para sí misma. Cuando se hubo relajado, las imágenes comenzaron a desfilar por su mente. Recordó el día de su boda con Robert. Ese momento se le presentaba irremediablemente como una hilera de fotogramas, sin sonido, sin movimiento y sin color. Algo que parecía haber pasado muchas décadas atrás a otra pareja, como si la novia sonriente fuera otra Eve y el novio otro Robert. En aquella ocasión ambos estaban muy felices, mientras bailaban y reían.

Algunos miembros de la familia y amigos opinaron que Robert no era para ella, pero Eve había ignorado esos comentarios, creyendo haber encontrado a la persona que la acompañaría por el resto de su vida.

Mientras se relajaba al contacto del agua tibia, vino a su mente el nacimiento de Jane, su pequeña niña. El parto había durado varias horas y no fue fácil, pero cuando por fin la enfermera se la dio en los brazos, pudo ver que su hijita era hermosa. Tenía una bella expresión de paz en su pequeño rostro y, desde un comienzo, la había amado. Siempre había sido serena y su boca parecía dibujar una sonrisa en todo momento. La niña llenó un espacio

que Eve nunca pensó que estuviese vacío. No lo supo hasta que ella nació; recién en ese momento se sintió completa. Cada avance, cada paso que su hija daba, ella y Robert lo festejaban.

Mientras los pensamientos corrían por su mente, vinieron los recuerdos de la niña dando sus primeros pasos, sus primeras palabras, el ingreso en la guardería. Recordó la primera vez que Jane vino de la escuela. La maestra les había preguntado cuál era el trabajo que hacían sus padres. Todos los niños respondieron, pero ella sólo pudo contar que su papá estaba en una oficina y que su mamá trabajaba fuera de la casa. Fue allí cuando Eve le explicó a su hija lo que ella hacía. Le dijo que trabajaba como policía. Cuando la niña preguntó que hacía un policía, ella le respondió «persigue a los hombres malos». No se le había ocurrido otra cosa. Y no le pareció adecuado explicarle todos los matices de su trabajo, tales como investigar, declarar en la corte, hacer el papeleo, entrenar para lucha y defensa con arma de fuego, entre otras cosas. Sólo le mencionó algo que creía que la niña iba a poder comprender: «perseguir a los hombres malos». Sonrió al recordar una niña preciosa que la miraba con adoración mientras ella se vestía con el uniforme azul de policía. En aquel momento, afirmaba con vehemencia que seguiría los pasos de su madre. Los años habían pasado y la Jane casi preadolescente ya no pensaba lo mismo. Frecuentemente le reclamaba las horas que el trabajo de detective le demandaba, y la sonrisa constante se transformaba en una mueca.

Cuando Jane tuvo cuatro años, llegó Jimmy. El bebé parecía no querer salir al mundo. El médico obstetra de Eve le había dicho que si no nacía «el próximo lunes», practicarían la cesárea. Y así había sucedido. Jimmy era un niño enorme, que pesó más de cuatro kilogramos a nacer. Su rostro era perfecto, pues no había pasado por el canal de parto.

Robert se había mostrado siempre muy cariñoso con Jane, había asumido el rol de padre a la perfección y repartía con Eve los cuidados de la niña. Pero cuando nació Jimmy dejó de hacerlo y tampoco demostró mucho afecto por su hijo varón. Eve había llegado a pensar que quizá se trataba de celos.

Incluso intentó hablarlo con él, pues la situación le preocupaba, pero Robert siempre lo había negado.

Los pensamientos se oscurecieron y llevaron a Eve hasta el presente. A las largas ausencias nocturnas de Robert, a la sensación de que la relación con él se iba irremediabilmente por el barranco.

Se estremeció; el agua se estaba enfriando. Sacudió la cabeza, la sumergió y se echó el pelo hacia atrás. Ya era tiempo de salir de la bañera.

Neil Hammond estacionó su Mercedes S 500 negro en el parking exclusivo del Caesars Club. Con el motor aún encendido, contempló la puerta de entrada del lugar. Las luces rojas que iluminaban el cartel relucían intensas sobre la calva del gigantesco guardia que custodiaba celosamente el ingreso. A esa hora no había gente esperando en fila. Era el mejor momento.

El imperceptible ruido del motor del Mercedes daba la sensación de que el auto estaba detenido; sólo los sobrios instrumentos distribuidos sobre el tablero indicaban lo contrario. Hammond no movió un músculo sobre el refinado asiento de cuero. Casi evitaba respirar mientras decidía qué hacer. Después de unos segundos eternos asintió para sí mismo y oprimió el botón «start-stop». El motor se detuvo con un estremecimiento apenas perceptible, y la computadora situada detrás del volante escribió un saludo en la pantalla.

Cuando estuvo seguro de que no había nadie cerca, abrió la puerta y tomó su abrigo del asiento contiguo. Apoyó una pierna en el pavimento y, balanceándose un poco, bajó con cierto esfuerzo del coche. Los kilos de más que obligaba a cargar a sus huesos lo hacían moverse lenta y dificultosamente. Hammond era un hombre muy gordo.

Esperó que un par de automóviles pasaran y cruzó la calle hacia el club nocturno.

El guardia enorme de la puerta corrió el cordón de terciopelo que la franqueaba, al tiempo que decía sonriente:

—Buenas noches, señor Hammond.

El hombre gordo no respondió; parecía inquieto por el hecho de que el otro hubiese mencionado su nombre. Avanzó unos pasos y se detuvo apenas ingresó al salón oscuro. Siempre le había causado la misma impresión entrar allí, era como si estuviese en las puertas del averno, como si aquel lugar sacara lo peor de él. Sin embargo volvía, una y otra vez, sin poder hacer nada

para evitarlo.

Desde la segura oscuridad que le proveía la sombra de una de las columnas de ingreso, paseó la mirada por el lugar en penumbra, deteniéndose en cada mesa. No entraría si veía a alguien conocido. Sería su ruina. Socialmente, no se esperaba que un fiscal de distrito visitara un lugar como ese. Su éxito como funcionario de la ley dependía de mantener una imagen de hombre de bien y de familia. Y él tenía la suya. ¿Qué pensaría su esposa si supiera de sus gustos? ¿Qué le dirían sus dos hijas adolescentes si se enteraran de lo que lo excitaba?

No era momento para pensar en esas cosas, ya estaba allí. Iba a satisfacer sus deseos, como tantas otras veces en el club. Pero todo debía ser discreto. Hoy iría más allá de sus miedos y por fin probaría aquello con lo que tanto tiempo fantaseara. Esa era la noche y ese el lugar.

Lentamente, en un gesto automático, se acomodó su corbata y se prendió el primer botón de la chaqueta. Comenzó a caminar en dirección a la mesa donde se encontraban dos hombres del lugar. Uno era Big Bear y el otro un sujeto robusto, de piel muy blanca y pálida y de escaso cabello teñido de color amarillo. Cuando por fin cruzó el salón y se acercó a la mesa, el del pelo teñido le sonrió.

—Buenas noches señor Hammond.

El fiscal no respondió.

El otro prosiguió, conector de las decenas de veces en que aquella rutina se había repetido. Decidió ahorrarle esfuerzos al cliente.

—¿Hoy va a querer la chica de siempre?

El fiscal no emitió palabra. Se hizo un silencio en el que se escuchaba la música melosa y los murmullos de fondo. Parecía que Hammond nunca hablaría, hasta que dijo, en voz muy baja:

—Hoy quiero algo diferente.

Big Bear y el rubio teñido sonrieron al unísono.

—¿Ah sí? ¿Pues qué desea para esta noche nuestro respetable cliente? —



dijo en tono burlón el tipo pálido.

—¡No me llame así! —replicó Hammond, con visibles muestras de incomodidad.

Aquello se estaba prolongando más de lo que él deseaba. El fiscal miraba nerviosamente, tratando de adivinar si alguno de los clientes que estaban sentados cerca de aquella mesa habría oído algo.

Viendo que Hammond se molestaba, el de pelo amarillo se levantó, y con un movimiento lento acercó su rostro al del fiscal.

—No se preocupe, señor, puede decirme lo que quiere.

Hammond le hizo una seña con la mano, indicando que acercara su oído. No estaba dispuesto a pedir aquello en voz alta. El hombretón acercó su cabeza. Cuando el fiscal hubo expresado su pedido, se apartó rápidamente.

El otro lanzó una carcajada.

—¿Era eso? Pues parece que se quiere divertir mucho esta noche ¿eh, señor Hammond? —Le palmeó uno de los carnosos hombros.

—Por favor —casi imploró, mirando cada vez más nervioso alrededor y a punto de irse por donde había venido.

—No hay problema. —Se dirigió al hombre gigante de barba oscura, que aún permanecía sentado observando divertido el cuadro—. Big Bear, llevemos al señor Hammond a la sala de lujo.

—Por aquí —señaló el oso, caminando hacia el extremo izquierdo del salón. El rubio los siguió unos pasos más atrás.

El fiscal caminó obedientemente hacia el pasillo que una cortina pesada de color azul muy oscuro ocultaba de la vista de los demás clientes. Se detuvo cuando el hombre teñido le puso la mano en el hombro, y se dio la vuelta. El otro lo miraba fijamente.

—Serán cinco mil. —La sonrisa se había evaporado de su rostro.

El fiscal bajó la cabeza y respondió de modo casi imperceptible:

—No hay problema, los tengo. —Hammond dio la espalda al salón, tomó un fajo del bolsillo y se lo entregó al hombre lo más disimuladamente que

pudo.

El rubio tomó el dinero, lo sopesó en su mano y luego lo guardó en su chaqueta, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento al otro. Ante la señal, Big Bear abrió la cortina que escondía un pasillo tenuemente iluminado.

Salvo por dos mesas de patas altas que sostenían unas blancas y pesadas esculturas de mujeres desnudas, no había en el corredor ningún adorno. El ambiente de luces cálidas y paredes pintadas de color burdeos, y las coloridas alfombras que cubrían el suelo, ofrecían a los visitantes la sensación de encontrarse en un recatado hotel de otros tiempos.

En el lugar no se escuchaba ningún sonido. Todo estaba pensado para ofrecer a los clientes ricos la mayor privacidad, por lo que las gruesas puertas y las paredes que separaban las habitaciones habían sido insonorizadas. Sólo se oía la pegajosa música del salón, que se colaba apenas a través de la cortina del ingreso. A los lados del pasillo había unas diez puertas pintadas de blanco que no tenían ninguna indicación. No era necesario. El fiscal sabía muy bien lo que sucedía en esas habitaciones, las conocía casi todas.

Al llegar a la penúltima puerta, a la derecha, Big Bear se detuvo, la abrió e hizo señas al fiscal:

—Pase, es aquí; enseguida vendrá su regalo.

Hammond entró. En las otras ocasiones se había sentido más tranquilo y relajado. Sin embargo, esta noche era especial y estaba muy nervioso por lo que iba a suceder.

La habitación que le habían asignado era bastante pequeña, pero los muebles eran nuevos y estaban lustrados. Las paredes, pintadas de un verde oscuro, estaban cubiertas por algunas reproducciones de cuadros famosos, cuyos originales él había tenido oportunidad de conocer personalmente. Todos remitían a situaciones en donde la sexualidad era protagonista. Sus marcos dorados pretendían reflejar refinamiento y buen gusto.

Las pocas luces que iluminaban la estancia estaban cubiertas por pantallas rojas y se reflejaban en dos grandes espejos, uno ubicado en el techo, y otro en la pared frontal que daba a la cama. Hammond avanzó muy lentamente.

Lo recibió un intenso aroma floral que debía haber sido esparcido en las alfombras y las cortinas que cubrían unas falsas ventanas. Se quitó la chaqueta y la dejó plegada sobre la cama. Se sentó allí y desprendió el botón del cuello de su camisa. Luego aflojó el nudo de la corbata. Ahora sólo tenía que esperar.

Una colcha roja, con flecos dorados cayendo a cada lado, cubría un colchón que aún se estremecía por haber recibido el peso del obeso fiscal. Ubicado allí, expectante, se dedicó a observar las imágenes que mostraba un televisor de pantalla plana que estaba encendido. En él se veía una película pornográfica en la cual una mujer se encontraba acostada entre dos hombres, gimiendo de modo notablemente exagerado.

Pasaron unos diez minutos, cuando la puerta de la habitación se abrió. Primero entró Big Bear y luego, detrás de él, apareció una niña que tendría unos trece años. El oso puso la mano sobre el hombro de la jovencita, y se dirigió a Hammond.

—Ella es Katia. Recién llegada de la madre Rusia.

La niña tenía el cabello largo hasta los hombros, color dorado. Sus ojos eran celestes, muy claros, delineados exageradamente con rímel negro. Llevaba los párpados también pintados de color oscuro, lo que hacía parecer algo mayor. Sus mejillas estaban torpemente espolvoreadas con maquillaje rojo. El pequeño cuerpo delgado y de piel casi transparente se perdía bajo una bata con arabescos azules y plateados. El disonante atuendo le daba a la chica un aspecto algo grotesco.

—Saluda a nuestro amigo —dijo Big Bear, sacudiendo el hombro de la niña.

Ella respondió en un inglés casi ininteligible:

—Hola, señor.

Se la notaba aterrorizada.

—Te quedarás con nuestro cliente y harás todo lo que él te diga. ¿Has entendido? —El hombretón empujó un poco a la chica, hasta que ella quedó de pie muy cerca del fiscal.

—Sí —respondió la chiquilla, afirmando con el mentón.

Big Bear dio media vuelta y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

La niña permanecía de pie, mirando a Hammond, y tomándose las solapas de la bata con ambas manos. Parte de su pelo había quedado atrapado entre los pliegues de la sedosa tela.

El fiscal la miró y pudo ver sus ojos color agua. Cuando su mirada se cruzó con la de ella, él bajó de inmediato la cabeza.

La jovencita estaba temblando. Hammond sentía un sudor frío correr por su espalda. Desde el televisor, se escuchaba más intensamente el jadeo de la mujer con los dos hombres.

La escena pareció congelarse por unos instantes, hasta que la niña, en un movimiento lento y sin gracia, abrió su bata, dejándola caer.

Hammond levantó la cabeza y vio el cuerpo desnudo de la muchacha. Sus curvas incipientes mostraban una perfección futura. Su escaso vello púbico daba cuenta de su edad, al igual que sus pequeños senos.

Quedó congelado ante aquella visión. Teniéndola tan cerca podía percibir un tenue perfume infantil que se desprendía de su piel y casi sentía el calor que el cuerpo femenino irradiaba. Los rubios cabellos caían en cascada sobre sus hombros y tapaban uno de sus pechos. La niña, en un gesto inocente, se acomodó algunos mechones detrás de la oreja, dejando todo su cuerpo a la vista. Respiraba agitadamente, nerviosa por lo que sabía que estaba por sucederle.

Las palpitations del fiscal Hammond se habían acelerado hasta tornarse frenéticas. Despacio, recorrió con la mirada todo el cuerpo de la muchacha, que permanecía rígida, con las manos al costado de sus caderas.

Muy lentamente, él estiró su mano derecha y con la punta de los dedos acarició uno de los senos de ella. La niña retrocedió instintivamente y casi tropezó con la bata que estaba tirada a sus pies. Sus ojos se habían humedecido y se notaba que hacía un esfuerzo por no sollozar. Al ver su reacción, Hammond retiró rápidamente la mano.

Estaba por intentarlo nuevamente, cuando sintió una intensa punzada en el

pecho, en el lado izquierdo, como un cuchillo clavado en el tórax. Sin poder evitarlo, se desplomó sobre la cama. El dolor era insoportable. Quería hablar, pedirle ayuda a la niña, que lo miraba con los ojos abiertos, desorbitados. Pero no podía emitir ni siquiera un grito.

La muchacha, asustada, recogió la bata, se la puso apresuradamente y salió corriendo de la habitación.

El dolor parecía estar cediendo, pero aún era intenso. Como pudo, Hammond se puso de pie. Mientras con una mano se tomaba el lado izquierdo del pecho, con la otra buscaba frenéticamente su billetera en la chaqueta que había dejado sobre la cama. La encontró y, dando tumbos, salió de la habitación. Lo despidió el jadeo interminable de la mujer con los dos hombres.

Apresurado, atravesó la cortina, cruzó el salón lo más rápido que pudo y salió a la calle. El aire frío le cortó el rostro. Vio su Mercedes estacionado, pero abandonó de inmediato la idea de conducir. Al tiempo que pensaba qué hacer, un taxi pasaba por la calle. Le hizo señas y subió. Con la voz entrecortada gritó al conductor:

—Al hospital, por favor... rápido...

El chófer llevaba un turbante al estilo hindú. Preguntó sin inmutarse:

—¿A cuál?

Hammond gritó desesperado:

—¡Al que sea, por Dios!

El tiempo parecía no pasar para el fiscal, mientras el chófer conducía rápidamente zigzagueando entre los autos. Las palpitaciones arrítmicas estaban aumentando nuevamente. Se sentía morir.

De pronto, el conductor frenó. Por la ventanilla Hammond pudo leer las letras del cartel:

«Clínica Saint Patrick».

Fue lo último que vio antes de desvanecerse.

El London Bar era un rincón oscuro y pequeño, poblado de parroquianos que bebían solos. El lugar estaba alumbrado por escasas luces situadas sobre las dos únicas mesas de billar y los coloridos carteles de neón que publicitaban, desde las desnudas paredes, distintas marcas de bebidas alcohólicas. El humo de cigarrillo cubría todo el ambiente. El mismo barman oficiaba de camarero, y una consola automática se ocupaba de musicalizar el lugar.

Pedro se acomodó al borde de la mesa de billar y colocó su mano izquierda de modo experto en el paño verde, levantando levemente el pulgar, de tal manera que el taco apoyara en él. Midió el tiro tres veces, como lo hacía siempre, y golpeó la bola blanca, que fue a dar contra la bola siete y la cuatro, impulsando cada una de ellas a sendas troneras del medio de la mesa. Ambas entraron impecablemente, como si aquella jugada no hubiese requerido esfuerzo alguno.

—Pero... ¿será posible? —preguntó Matt—. ¿Cómo demonios lo haces?

—Pues calculo todo antes de golpear —respondió Pedro sonriendo.

Matt meneó la cabeza:

—Sí, ya veo. Creo que perderé otros diez dólares y la ronda de tragos.

Pedro no respondió, aunque seguía sonriendo. Esta vez el tiro le había quedado bloqueado por dos bolas rayadas de Matt. Aun así, apuntó el taco hacia la base de la bola blanca y golpeó violentamente. La bola lisa dio un salto y pasó por encima de las dos rayadas, cayendo sobre la negra número ocho, que salió impulsada hacia una de las troneras de la esquina, entrando en ella impecablemente.

—Para mí otra cerveza —dijo Pedro en tono burlón.

—Pues yo prefiero un ron —respondió Matt, acercándose a la barra para buscar las bebidas.

Todos los jueves jugaban al billar en aquella cueva y casi siempre ganaba Pedro. Bebían bastante, conversaban de cualquier cosa y luego volvían a sus casas. Siempre repetían el mismo ritual. Esa noche ya habían bebido tres rondas. Estuvieron en silencio un rato.

Fue Pedro el que habló:

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Matt? ¿Diez años? ¿Doce?

Matt buscó los recuerdos en su mente adormilada por el tercer ron.

—Pues diez, creo.

—Hemos resuelto muchos casos juntos ¿eh? —sonrió Pedro.

—Muchos.

—Dime... ¿no piensas reorganizar tu vida? ¿Vas a pasártela solo todo el tiempo armando maquetas de coches y tomando un vaso de ron todas las noches?

Matt lo miró y resopló:

—¿Otra vez con eso? —terminó de un trago la bebida que le quedaba y posó el vaso sobre la mesa—. ¿Es que acaso eres Cupido?

—Nada de eso, amigo, sólo quiero verte bien. —Le palmeó un hombro—. Y un hombre puede estar bien solamente cuando está en familia.

—Eres una vieja casamentera —bufó Matt—. ¿Para qué quiero otra mujer? Ya tengo a mi hija. Y aunque sólo puedo verla los fines de semana, me hace compañía. Además, casi a los cuarenta y seis estoy viejo para enamorarme de otra persona.

Pedro sonrió y con tono burlón preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Estás seguro? Yo podría jurar lo contrario —Pedro se rio por lo bajo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Matt—. Deja de burlarte.

Pedro le habló en español:

—«Vamos, hombre», si se nota a la legua que Eve te gusta.

Matt se sintió incómodo.

—¡Basta ya con esa canción! No me obligues a dejarte tirado en este

barrio.

Pedro colocó las dos manos hacia el frente:

—Tranquilo «hombre», tranquilo. Tu secreto está guardado bajo llave conmigo.

Matt gruñó. Ya era la una de la madrugada, tiempo de volver a casa.



Era noche cerrada. Las ventanas de la clínica Saint Patrick dejaban escapar una luz blanca mortecina. El edificio era enorme, de siete pisos, rodeado de un parque poblado de setos. La construcción ocupaba una manzana completa. Su puerta de ingreso daba a la calle East Huron. Dos reflectores direccionales iluminaban la reluciente rampa de acceso y las puertas electrónicas se abrían y cerraban con un zumbido, acompañando la salida de los últimos turnos del personal de servicio. Los parientes que visitaban a las personas internadas se habían retirado hacía varias horas.

Desde la vereda de enfrente, el hombre de pelo gris observaba las ventanas del tercer piso. Sabía que allí funcionaba la sala de terapia intensiva. Llevaba un abrigo negro hasta las rodillas y tenía las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Era un hombre delgado, al que el tiempo no había maltratado demasiado.

La noche que comenzaba a caer trajo consigo viento y una llovizna que calaba los huesos. Sin embargo, el hombre del pelo gris no se movió de allí, mientras continuaba observando las ventanas de la tercera planta. En un momento, sacó del bolsillo derecho de su abrigo un papel y lo leyó, chequeando lo que estaba escrito en él:

*Fiscal Hammond, paro cardiorrespiratorio*

Guardó el papel nuevamente. La llovizna había mojado su abrigo y su pelo color plata. De pronto pareció decidirse y, fijando la vista en la entrada de la clínica, comenzó a caminar hacia ella.

Como todos los jueves por la noche, después de terminar las tareas de laboratorio, había reunión de equipo en el Instituto de Investigaciones Parapsicológicas. El doctor Parker y sus tres ayudantes estaban sentados en círculo en una sala del último piso del edificio.

A diferencia de los espacios que funcionaban como laboratorio, los ambientes destinados a las reuniones científicas tenían un aspecto menos frío y aséptico.

En el medio de la sala, una mesa de madera clara dominaba la estancia. En la pared, frente a uno de los laterales de la mesa, una pizarra blanca había sido dispuesta para las anotaciones que necesitara hacer el doctor.

Parker comenzó la reunión:

—Creo que ya estamos en condiciones de evaluar los resultados de nuestros experimentos preliminares.

Y sin mediar mayores explicaciones, disparó su primera pregunta. Solía hacerlo de ese modo para mantener la atención de sus ayudantes y también —¿por qué no?— de generar cierto sentimiento lindante entre el temor y el respeto.

—Gary, ¿qué piensas de la visita a la penitenciaría?

El muchacho tendría unos veinticinco años. Era el más asustadizo y dubitativo de los tres. Carraspeó varias veces antes de responder.

—Diría que ha sido un éxito.

—¿Ah, sí? —preguntó con tono irónico Parker mientras se cruzaba de brazos, desafiante—. ¿Y por qué lo dices?

Gary no alcanzó a responder. Steve intervino. Siempre había sido el más osado de los tres, característica que iba acompañada de una aguda inteligencia y de cierta proyección de autosuficiencia. El doctor Parker admiraba la capacidad del muchacho y le perdonaba su altanería,

atribuyéndola al sentimiento de inferioridad que pensaba tendría por faltarle un brazo.

—Porque el noventa y cinco por ciento de los delincuentes a los que acercamos el dispositivo mostraron poseer más de siete puntos en su nivel de energía Z.

—¿Y eso qué demuestra? —inquirió Parker, mientras paseaba la mirada por los tres muchachos.

Se hizo un silencio y Steve volvió a la carga:

—Demuestra que son malvados y que hemos logrado medir esa maldad.

—Pues qué interesante —afirmó el doctor mientras se pasaba lentamente la mano por la barbilla, como meditando lo que acababa de escuchar, para luego proseguir—: creo que debes ser algo menos apasionado, Steve. Un buen científico no usa ningún adjetivo para catalogar a su objeto de estudio. Un buen científico no opina. Sólo investiga.

Esta vez fue Johnny, el pelirrojo, quien habló:

—Doctor, considero que estamos ante las puertas de un gran descubrimiento. —Golpeó ambas palmas sobre la mesa con entusiasmo—. Estoy seguro de que podría hacernos famosos; sólo es cuestión de tiempo y de que podamos publicar todo lo investigado.

El doctor Parker afirmó con la cabeza. Recordaba bien sus épocas de estudiante graduado y el deseo de llegar a un descubrimiento que le diera fama mundial.

—Tiempo al tiempo, Johnny. Seremos famosos, no lo dudes. Pero creo que el dispositivo aún no está listo. Como Steve dijo, el noventa y cinco por ciento de los presos registraron altos niveles de energía Z. Pero ¿y el otro cinco por ciento? No olviden que un científico jamás debe dejar cabos sueltos. —Se sirvió un vaso de café y prosiguió—. Si creemos que el dispositivo funciona, debemos ser capaces de explicar por qué no pudo medir energía negativa en ese porcentaje de presos.

Steve intervino:

—Pues puede deberse a dos cosas, doctor, puede que esos presos estén allí equivocadamente.

Parker se adelantó:

—¿O? —preguntó—. ¿Cuál es la otra opción, Steve?

El muchacho pareció luchar con la idea, buscando otra respuesta que no fuese la que estaba obligado lógicamente a dar. Pero no tuvo éxito y debió responder, con tono visiblemente fastidiado:

—O el dispositivo no es exacto...

—Así es —afirmó el doctor, complacido— así es.

Ya casi era de madrugada. En el pasillo oscuro del edificio, el hombre de pelo gris buscó en su bolsillo derecho la llave para entrar en su apartamento. Rápidamente, abrió la puerta y la cerró tras de sí. Se quitó el abrigo, aún húmedo por la llovizna nocturna, y se sentó en un raído sillón de tela marrón, dejando caer su cansada humanidad sobre el almohadón del respaldo del viejo mueble. Se relajó por unos minutos, dejando correr sus pensamientos, aquellos que cada noche lo acuciaban. Luego, como sacudiéndose sus dudas, tomó el libro de tapas de cuero negro. Lo abrió y, cuidadosamente, anotó en una hoja nueva:

*Fiscal Hammond, trabajo terminado.*

Esa mañana, Plenton llegó temprano a su oficina. Miró alrededor y notó que Pedro aún no se encontraba allí. Solía retrasarse los viernes, producto de las copas de los jueves por la noche, en el billar. A él le dolía la cabeza y había dormido muy poco, pero tenía intención de trabajar bastante ese día, para aprovechar las indagaciones de toda la semana y evitar las demoras del sábado y el domingo.

Eve ya estaba allí; debía haber llegado muy temprano a juzgar por el avance de su trabajo. Sobre su escritorio, acomodaba cuidadosamente una pila de carpetas amarillas tan colmadas de papeles que parecían a punto de estallar. Se saludaron brevemente y él continuó caminando hasta su oficina. Matt percibió en ella algo diferente a lo habitual. La miró de nuevo a través de las persianas que separaban las dos salas, esta vez con más atención. Vestía blazer y pantalón gris oscuro, con una camisa entallada y unos zapatos negros bastante diferentes a los que solía usar. Tenía el cabello suelto, cosa muy poco frecuente en ella, y llevaba algo de maquillaje, muy sutil. Nada en el cambio de aspecto de su compañera era exagerado, sin embargo él se dio cuenta de ello. Había pocas cosas que se le escaparan.

Matt sintió que la incomodidad que había estado experimentando frente a la presencia de Eve estaba dando paso, lenta pero inexorablemente, a la certeza de que su compañera le atraía.

Se vio sorprendido en estos pensamientos cuando ella entró a su oficina, con un papel en la mano:

—Clínica Saint Patrick.

—¿Qué sucede? —pregunto él sin comprender.

—Otro cadáver en terapia intensiva. Esto se pone interesante.

Eve se notaba agitada y con el entusiasmo renovado. Podía verse en ella el instinto de caza que afloraba nuevamente.

La clínica Saint Patrick era un prestigioso centro privado de atención médica, ubicado en Gold Coast, una zona preferencial de la ciudad de Chicago. Allí atendían algunos de los médicos más conocidos de la ciudad. Plenton tomó el papel, lo leyó e hizo un gesto que ella conocía muy bien. En ese momento llegaba a la sala de oficiales Layton, el pelirrojo.

Mientras Matt tomaba su chaqueta para salir hacia la clínica ordenó:

—Alan, tenemos otro caso de asesinato en terapia intensiva. Llama a Pedro y dile que nos encuentre en la clínica Saint Patrick. —Desde la puerta agregó—: Eve, acompáñame, saldremos inmediatamente.

Ambos detectives partieron hacia el lugar en el Toyota de Plenton. Mientras él conducía por Lake Shore hacia el norte con un tráfico absolutamente congestionado, ella, apenas recostada sobre el asiento, miraba por la ventanilla las aguas color esmeralda del lago Michigan. Parecía sumida en sus pensamientos. Matt inició la conversación:

—¿En qué piensas?

Ella se sobresaltó dándose la vuelta de repente.

Matt se disculpó:

—Lo siento, no quise sobresaltarte.

—Descuida, estaba ensimismada... pensando —dijo, mientras se erguía un poco en el asiento.

—¿Pensando en qué? —preguntó él.

—Pues en lo que te dije, respecto a mis problemas con Robert. Es algo difícil de llevar. —Hizo una pausa—. Pero no quiero aburrirte con estas cosas.

Matt apartó unos instantes la vista del tránsito para mirarla:

—Escúchame bien, Eve. Nada de lo que me cuentes me aburre. Es más, quisiera poder ayudarte, pero no sé cómo hacerlo.

—No puedes. —La voz de ella sonó triste y cansada—. Nadie puede. Sólo yo debo tomar una decisión... y debo hacerlo pronto.

Nuevamente sobrevino el silencio. Mientras conducía, Matt tuvo el

impulso de decirle algo de lo que sentía, aunque fuese sólo una frase. Pero no sabía cómo.

Esta vez fue ella la que habló primero. Lo hizo con una sonrisa.

—Pues bien, ahora eres tú el que está ensimismado. Te toca a ti decirme qué piensas.

Él se sintió enrojecer. Era como hubiese llegado la invitación que estaba esperando.

El tránsito por Lake Shore parecía haberse detenido por completo. Cuando habló, su voz sonó dubitativa.

—No lo sé, pensaba en que... pues... ¿no has pensado en que quizá Robert no sea el hombre para ti? Lo digo porque —hizo una pausa y carraspeó—, porque hace tiempo que no pareces feliz.

—No lo estoy, creo que no lo he estado durante años —afirmó ella.

Matt prosiguió:

—Quizá necesites otro tipo de hombre a tu lado. No sé, alguien que te comprenda y te acompañe.

Ella sonrió.

—¿Acaso conoces a alguien así? —Lo estaba mirando directamente a la cara.

Ahora él sí tenía la certeza de que su rostro estaba rojo como el fuego. Sólo atinó a responder:

—No... no conozco a nadie. Era sólo una forma de decir.

El silencio volvió a reinar y el tránsito volvió a fluir lentamente. A la mente de Matt acudió la imagen de Robert, un sujeto con un aspecto que a él le resultó desagradable el mismo día en que lo conoció. Era un tipo calvo y con una barba larga y descuidada. Tenía labios gruesos y una nariz fina y aguileña, que le daba una apariencia torva. Tampoco parecía ser muy inteligente. Hacía los chistes más inapropiados en los peores momentos posibles. No, definitivamente nunca había sido el hombre para una mujer como ella.



Ya estaban llegando a la clínica y pudieron ver a Pedro en la puerta, rodeado de patrulleros y vehículos oficiales. Había tomado el ágil acceso del oeste, llegando al lugar mucho antes que ellos. El Dodge Challenger rojo brillaba al sol.

Se saludaron rápidamente e ingresaron al lugar. El edificio de la clínica Saint Patrick era algo más pequeño que el del Southland Hospital, pero lucía más lujoso. El moderno lobby hablaba del status de la clientela que se hacía atender allí. Una espigada y bella recepcionista, vestida de uniforme color azul, respondía preguntas a uno de los policías que la interrogaba. Los detectives se dirigieron al tercer piso, donde se encontraba el área de terapia intensiva.

Los tres debieron repetir el protocolo de la limpieza de manos y ponerse un guardapolvo, que esta vez era blanco.

A la sala ya había llegado la gente de Escena del Crimen y los forenses. Detrás de ellos había dos médicos y un enfermero, visiblemente alterados por lo que sucedía. El enfermero transpiraba profusamente y se retorció las manos, mientras que los médicos hacían un esfuerzo notable para no perder la serenidad.

Los policías pasaron entre todos los boxes —separados por prolijas cortinas blancas—, donde se encontraban los pacientes de cuidados intensivos. Algunos de ellos estiraban su cuello para mirar, visiblemente sorprendidos, pues todo el movimiento que se había generado en el lugar había alterado la paz de la sala. Otros internados, menos afortunados, no estaban conscientes y nada podían percibir de todo aquello.

Plenton se acercó a uno de los forenses, que estaba en el box del occiso, revisándole el cuello, mientras otros miembros del equipo tomaban fotos y recuperaban cualquier elemento que pudiera servir como evidencia.

El cadáver era un hombre muy gordo, que yacía sobre la cama. Su prominente vientre sobresalía hacia arriba y los costados, ocupando gran parte del lecho. Tenía el rostro macilento y la palidez propia de un cuerpo muerto hacía varias horas. Sus ojos estaban abiertos, como salidos de las

órbitas, lo cual mostraba que su muerte no había sido tranquila. Los brazos le caían a cada lado del torso, y en el hueco del antebrazo derecho se observaba una marca violácea que indicaba que el suero fue inyectado allí, pero había sido arrancado con violencia.

—¿Qué tenemos, Dan? —preguntó Plenton al forense.

—Pues... muerte por asfixia mecánica. Lo estrangularon. Puedes ver las marcas aquí —señaló con el dedo una líneas moradas en el cuello del muerto — y aquí.

—Ya veo —dijo el detective, mientras rodeaba el enorme cadáver que yacía en la cama. Sobre la mesita de noche, observó al pasar un conjunto de objetos que pertenecían al hombre fallecido.

Tras hacer un recorrido general al lugar, Eve se acercó para escuchar el informe del forense. Mientras tanto, Pedro se dirigía a los dos médicos que observaban la escena. El enfermero que los acompañaba había pedido permiso para retirarse a un costado y sentarse en un asiento, pues parecía descompuesto de los nervios.

Plenton sacó un par de guantes de látex del maletín de uno de los agentes de Escena del Crimen, se los puso y tomó la billetera que estaba en una mesa al lado de la cama del muerto. Extrajo de allí la credencial de conductor y la leyó en voz alta:

—Neil Lawrence Hammond.

Al leer el nombre, Matt se preguntó a sí mismo:

—¿No es...?

—El fiscal —respondió anticipadamente Eve—. No puede ser. —Se acercó a Plenton y de puntillas miró sobre su hombro la credencial que aún sostenía en la mano.

—Vaya —dijo Plenton—. Tenemos un pez gordo aquí. Menudo escándalo se va a armar.

Siguió revisando la billetera, hasta que encontró una tarjeta negra, con una única inscripción en color rojo que decía:

«Caesars Club».

—Bingo —dijo Eve—. La cosa se complica.

Plenton comentó, inquieto:

—Ya es la segunda víctima de asesinato con alguna conexión con el club de los del Este. No podemos dejarlo pasar. —Se sacó los guantes y tomó su libreta. Tenía varias preguntas que hacer al forense.

En el otro extremo de la impecable sala, Pedro se encargaba de interrogar a los médicos. Luego de obtener sus nombres preguntó:

—¿Qué saben de lo ocurrido?

Uno de los dos hombres, el mayor de los dos, ataviado con una bata celeste y un gorro de cirugía respondió:

—Este hombre llegó anoche, en un taxi. Cuando lo atendimos ya estaba desvanecido. —Miró al más joven, como buscando apoyo a lo que decía, y continuó—. Sufrió un infarto masivo, por lo cual lo internamos en terapia intensiva y logramos estabilizarlo. Estaba asistido con un respirador, pero se mantenía estable. Anoche sonó la alarma que indica ausencia de pulso y, cuando las enfermeras y yo corrimos a asistirlo, ya era tarde. Estaba muerto.

El otro médico, que se había mantenido callado, intervino:

—Yo también llegué hasta la sala al escuchar la alarma, oficial. Luego noté las marcas en el cuello y decidimos llamar a la policía.

Pedro suspiró. Era demasiada la similitud con el caso de la chica Letnikova. Quizá hubiese alguna conexión.

—¿Notaron algo extraño durante el tiempo en que el hombre estuvo internado?

—Nada —afirmó el médico mayor.

El otro hizo un gesto de duda que Pedro notó de inmediato:

—¿En qué está pensando, doctor? ¿Recuerda algo que pueda sernos de utilidad?

—Bueno, no lo sé. —El hombre se mostró inquieto—. No sé ni siquiera si es relevante, quizás no... pero hace dos días la enfermera Mauss me dijo que

había visto al doctor Lancaster.

El otro médico giró la cabeza de golpe mirando a su colega:

—¿Lancaster? ¿Estás seguro? —inquirió sorprendido.

Pedro intervino, algo impaciente:

—Señores, por favor ¿podrían informarme sobre quién es Lancaster?

El médico mayor respondió:

—Es... era un médico que fue un reconocido especialista en terapia intensiva. Uno de los más renombrados. Trabajaba en el Southland Hospital, pero era consultado por muchas instituciones de salud, entre ellas la nuestra. Hace unos años, el hombre comenzó a actuar de modo extraño. Decía que como médico tenía una misión divina y que como enviado de Dios debía apiadarse de los pacientes que estaban desahuciados. Al principio, sus colegas lo tomaron como una excentricidad, pero luego, con el paso del tiempo, estas afirmaciones se fueron incrementando. Incluso yo lo escuché en una de sus últimas conferencias. Dijo que la ciencia no debía preservar la vida de un paciente al que Dios ya estaba llamando. Y, ante la sorpresa de todos los que estaban allí, afirmó que él, como enviado divino, no ayudaría a alargar artificialmente la vida de ningún paciente semimuerto. Así lo dijo.

Pedro tomaba rápidas notas en su libreta, llenando hoja tras hoja con la valiosa información. Preguntó al doctor:

—¿Y que tiene esto que ver con el asesinato de anoche, doctor?

El otro respondió dubitativo.

—Pues no podría afirmar que hay alguna relación, pero sucede que hace unos años, diría que unos cuatro, el doctor Lancaster fue sorprendido cuando retiraba el respirador a un paciente en terapia intensiva. Dos colegas lo detuvieron forcejeando con él. En ese momento la policía se lo llevó detenido. El asunto ocupó las portadas de casi todos los diarios. Finalmente, tras varias pericias psicológicas, fue declarado mentalmente insano. Se le diagnosticó psicosis esquizofrénica, con delirios de reivindicación.

—¿Con qué? —preguntó Pedro, levantando la vista del papel,

visiblemente confundido.

—Con delirios de reivindicación —respondió el médico.

—¿Podría explicarme qué es eso?

—Sí, claro, se trata de un tipo de psicosis, o sea un alejamiento del yo de la realidad, que en este caso se denomina esquizofrenia. Básicamente, el esquizofrénico es un sujeto con su sentido de realidad seriamente alterado, que puede sufrir alucinaciones y delirios de todo tipo. En este caso, lo que le diagnosticaron al doctor Lancaster tiene que ver con una forma de delirio en la cual el sujeto cree que es llamado a cumplir una misión divina.

El médico hizo una pausa, se quitó los lentes y se frotó con los dedos el puente de la nariz. Pedro anotaba todo en su libreta.

—El doctor creía firmemente que Dios le había encomendado acabar con el sufrimiento de los pacientes que se encontraban al borde de la muerte. Y que por ello él debía terminar con sus vidas. Esto es apenas un breve resumen del cuadro delirante. Por lo que decía parte del informe que fue publicado por el Chicago Tribune, el delirio de Lancaster era muy elaborado, con detalles de cómo Dios se comunicaba con él y cómo él podía percibir, gracias a su habilidad extrasensorial, quién iba a morir y, por lo tanto, a quién había que desconectar del respirador.

Pedro escuchó todo atentamente, mientras continuaba tomando notas.

—¿Saben ustedes qué sucedió con el doctor Lancaster? —preguntó a ambos médicos.

—No —respondieron al unísono.

El que había relatado la historia de Lancaster completó:

—Sólo sé que estuvo internado y creo que ahora es paciente ambulatorio. Debe regresar periódicamente a la clínica psiquiátrica para sus controles, pero vive fuera de la institución. Se le invalidó el título en medicina, naturalmente.

—Ya veo —respondió Pedro—. Muchas gracias, señores.

Y extendiendo una tarjeta a uno de los médicos agregó:

—Por favor, llámenme si recuerdan algo más. Cualquier cosa nos resultará

útil.

No era extraño que el doctor Elmer Parker se quedara en el laboratorio del instituto largas horas por la noche, aun los viernes, como aquel día. Había llegado a ser el profesional que era por los sacrificios y el esfuerzo hechos a lo largo de toda una vida de trabajo. Y dichos sacrificios incluían postergar a su esposa y a su vida social y afectiva. Pero, en definitiva, había aprendido a aceptarlo.

Su tenacidad no conocía límites. Había tenido que luchar como ninguno para poder fundar el Instituto de Investigaciones Parapsicológicas. Se había enfrentado a sus colegas médicos, demostrando que sus experimentaciones seguían de manera rigurosa el protocolo del método científico. Pero incluso así, las críticas que recibía un médico que dedicado a investigar fenómenos paranormales no eran pocas.

Como fuere, la vida académica y profesional de un investigador en parapsicología no era fácil y no se vislumbraba ningún cambio que mostrara que en el futuro las cosas serían diferentes.

En la semipenumbra, Parker encendió el ordenador central del laboratorio e ingresó su clave. Era un código alfanumérico de veinte caracteres, imposible de burlar. Sólo alguien con la memoria prodigiosa del doctor podría tener en mente esa contraseña. Tras la introducción del código, la máquina habilitó la sesión.

Parker abrió el archivo que contenía los resultados de las mediciones hechas a los presos de la penitenciaría y los revisó uno por uno, atendiendo especialmente a los puntajes de energía Z que el dispositivo medidor había mostrado en el noventa y cinco por ciento de los individuos investigados. El total de presos indagados ascendía a ciento veinte, un número nada despreciable para una primera publicación en una revista científica del medio. Pero era el cinco por ciento de los individuos restantes lo que lo inquietaba.

Si la energía Z era un patrimonio de los delincuentes violentos ¿por qué encontraban ese porcentaje de sujetos que no mostraban predominancia de esa energía?

Mientras analizaba los datos, se dispuso a tomar notas en su portátil. Era frecuente que él trabajara en dos ordenadores al mismo tiempo. En la máquina del laboratorio, usualmente, almacenaba los resultados experimentales, y en su portátil guardaba archivos donde escribía sus hipótesis de trabajo e incluso razonamientos y conclusiones que no comunicaba a nadie. Era en su ordenador personal donde se permitía escribir las más aventuradas ideas y los más osados argumentos, que luego daría a conocer si los resultados experimentales los apoyaban.

Cuando lo encendió, el aparato zumbó y emitió la habitual luz azul. Luego, con un pitido de alarma, apareció en la pantalla una inscripción que lo dejó paralizado:

«Protocolo de seguridad violado».

El doctor sintió que el corazón le daba un vuelco. Los latidos se aceleraron hasta el punto en que casi podía oírlos. Apresurado, tecleó en el campo vacío debajo de la inscripción en la pantalla:

«Archivos revisados: buscar».

La pantalla parpadeó y apareció una barra que se iba completando conforme la computadora revisaba los archivos que habían sido abiertos. Quien hubiese ingresado a su ordenador personal era un sujeto extremadamente hábil.

Cuando la máquina terminó de chequear archivos apareció una lista de documentos violados.

«Disco C/Experimentos recientes/Presos/el despertar del mal».

Sintiéndose casi descompuesto por la preocupación, se preguntó quién podría haber entrado en su ordenador personal. Mentalmente, revisó lo que había hecho el día anterior y recordó que había visitado la penitenciaría y que



allí le hicieron dejarlo en la recepción. El guardia le había explicado que no era posible entrar con ordenadores a ver a los presos. Por la tarde había disertado en una conferencia para más de cien personas y durante un pequeño descanso había abandonado la sala y dejado el portátil conectado al proyector de *power point*. En cuanto a ese día, lo había llevado consigo hasta abrirlo momentos antes. En cada ocasión, tuvo el cuidado de colocar la clave de seguridad para que nadie pudiera acceder a sus datos.

La sola idea de que alguien hubiese leído lo que había escrito en ese archivo lo llenó de angustia. Eran anotaciones sobre reflexiones sumamente personales y no necesariamente basadas en los experimentos realizados.

Mientras se sumía más y más en sus pensamientos, un ruido seco lo sobresaltó. Algo se movía en el pasillo.

Ya era de noche cuando Eve llegó a su casa. Y, casi como siempre, la invadió la sensación de culpa. Sabía muy bien que nunca podría haberse dedicado completamente a ser ama de casa, y ese tema había sido motivo de discusión con Robert desde el día de su boda. Amaba su trabajo y no lo hubiera cambiado por nada del mundo, pero aun así no desconocía el hecho de que era precisamente esa ocupación la que le traía conflictos respecto a su rol de madre. Incluso nunca podía descansar mucho; se ocupaba de algunos quehaceres, atendía a Robert y pasaba tiempo con los niños. Sólo en raras ocasiones podía tomarse algunas horas para ella misma.

Esa noche había un motivo adicional para sentirse angustiada. Un nudo en el estómago le recordaba que tenía una conversación pendiente con Robert y hasta se había arrepentido, por un minuto, de no haber cambiado con Leyton la guardia de esa semana. Homicidios se le antojaba un mejor lugar para estar en ese momento. Pero ya se encontraba en su hogar y debía afrontar lo que la preocupaba. Además, esa noche, tenía que lidiar con la visita de su madre, quien se apropiaba de la habitación de huéspedes unos cuatro o cinco días al mes. No es que se llevara mal con ella, pero la mujer tenía la desagradable costumbre de opinar sobre la vida familiar de Eve, la crianza de sus hijos, el trato que debía dar a la niñera, y hasta le recriminaba la poca cortesía que mostraba al hombre que traía la correspondencia. Si había alguien sobre quien Eve no tenía injerencia era el cartero. De todos modos, la madre parecía sugerir lo contrario. Con todo, ella ponía su mejor cara pues se trataba de una visita breve y porque la abuela era importante para sus hijos.

Sacudió sus pensamientos y se dispuso a preparar una cena algo tardía. Media hora después ya se percibía el agradable olor de la comida casera, que mantenía inquietos a los niños, los cuales se asomaban cada tanto a espiar cuánto faltaba para que estuviera lista la comida. Eve revolvió la salsa con

una espátula de madera y probó el sabor, satisfecha con la preparación. Le agradaba cocinar. Era una actividad en la que no debía pensar demasiado; sólo sentir los aromas, las texturas y crear.

Su madre entró con Jimmy adherido a su manga y susurró algo en el oído del niño que salió disparado escaleras arriba riendo y llamando a su hermana. Seguramente en la maleta de la abuela habría golosinas para ambos.

La mujer observó lo que estaba haciendo Eve y dijo:

—Más despacio, querida. Así no permites que se mezclen los condimentos, como debe ser.

Ella suspiró. Su madre era una buena persona, pero en algunos planos seguía siendo bastante irritante. Aunque Eve era una experta cocinera, su madre siempre encontraba algún fallo en su modo de proceder.

—Así está bien, mamá. No te preocupes, sé cómo hacerlo.

Siempre se habían llevado razonablemente bien. Sólo hubo algunas etapas en las que no congeniaron. Una de ellas, quizá la más complicada, se había presentado cuando Eve, a sus veintiún años, decidió inscribirse en la academia de policía. De inmediato, su madre puso el grito en el cielo. ¿Cómo era posible que su hija menor se metiese a perseguir delincuentes y vaya a saber qué otra cosa? Pero todas sus protestas no alcanzaron para disuadir a Eve. También había ayudado la memoria de su padre. Él hubiese querido que su hija fuese policía y, aun después de muerto, ese deseo se hacía presente.

La voz de su madre la sacó de sus pensamientos.

—Sabes bien que lo último que quiero es entrometerme en tu vida —empezó ella.

Eve supo lo que venía a continuación. Definitivamente, debía haber pedido el cambio a Leyton, pensó.

—Los niños me han contado que casi no ven a su padre y que por las noches él trabaja en su oficina. ¿Qué es lo que sucede, Eve? Soy tu madre, puedes hablar conmigo.

Ella reunió paciencia para responderle.

—Nada, madre, no sucede nada. Robert tiene mucho trabajo, eso es todo.  
No quería dar parte de sus problemas matrimoniales.

—¿Cómo que nada, cariño? Creo que no es normal que un hombre no regrese a su casa por las noches, sobre todo si es contable.

Y a continuación vino la pregunta que Eve estaba aguardando:

—¿Has hecho algo para alejarlo?

No podía comprender cómo su madre, sin conocer nada de lo que sucedía, era capaz de pensar que ella era la que estaba provocando que Robert desapareciera por las noches.

—¿Tú qué crees? —respondió Eve indignada.

—Creo que no es fácil ser esposo de una mujer policía.

La paciencia de Eve se colmó. Levantó el tono de voz al responder.

—¿Así que justificas a Robert en lo que vaya a saber Cristo qué está haciendo, sólo porque yo trabajo como policía?

—No dije que...

—No digas más, mamá —la interrumpió.

Pero cuando se disponía a tomar impulso para decirle a su madre lo que pensaba de su opinión respecto a su trabajo, los niños llegaron corriendo a la cocina.

—¡Mamá, abuela! ¿ya está la cena? ¡Tenemos hambre!

Eve pensó que no era un buen momento para seguir la discusión. Quizá después de cenar.

Otro ruido volvió a escucharse en el pasillo, esta vez más cerca de la oficina. Asustado, el doctor Parker se dirigió al perchero en donde estaba colgada la chaqueta de médico que llevaba cuando los detectives lo visitaron. Buscó, nervioso, en todos los bolsillos. Cuando sacó la mano de uno de ellos, un bolígrafo y una tarjeta blanca cayeron al suelo. Rápidamente, se inclinó, tomó la tarjeta y leyó la inscripción:

«Detective Matt Plenton. Departamento de Policía de Chicago – Homicidios».

Y el número de un teléfono móvil.

Parker miró su reloj de pulsera; ya era bastante tarde, más de las diez de la noche. No podía decidir si salir de la oficina o quedarse allí. La luz del pasillo se encendió. Nadie debía estar en el edificio a esa hora. Sin pensarlo más, tomó su teléfono. Sus manos transpiraban. Marcó el número de Plenton y mientras lo hacía quedó inmóvil por un momento y levantó la cabeza, casi sin respirar.

Del otro lado una voz monótona le respondió:

«El número marcado no corresponde a un cliente en servicio».

Volvió a marcar, agitado.

—Plenton. —La voz del detective respondió del otro lado.

—¡Detective! —casi gritó—. Soy el doctor Parker, del Instituto. Es urgente, necesito hablar con usted.

Matt reacomodó rápido sus pensamientos, hasta que pudo entender quién le estaba hablando.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó sorprendido.

—¡Alguien ha estado revisando mi ordenador, es muy importante. Es por el asunto de los presos! ¡Además... hay alguien en el edificio, creo que viene hacia aquí!

Ahora los ruidos sonaban claramente como pasos que se acercaban a la puerta del laboratorio.

—No puedo seguir hablando —dijo Parker agitado—. Por favor, venga a verme de inmediato. Lo espero en el Instituto.

El detective sólo atinó a responder:

—Está bien, voy para allá.

Matt Plenton era incapaz de dejar un pedido de ayuda sin responder a él. Y ese era uno de los problemas que Linda, su ex mujer, siempre le había reprochado. Salir de casa de repente, a las tres de la mañana, porque un testigo llamaba para decir que se sentía amenazado; o no tener fines de semana sino para estudiar los casos hasta atrapar a los delincuentes. Ese era él, y no podía modificarlo.

Linda siempre había pensado que su vocación de servicio era un asunto que se había «contagiado» en la policía. Sin embargo era exactamente al revés. Plenton se había hecho policía precisamente por sentir esa vocación de ayuda a los demás. Aun después de veintidós años de tratar con la peor calaña de delincuentes y el desgaste que ello implicaba, su tendencia a servir a otras personas seguía intacta.

Pasaron cuarenta minutos desde que Plenton recibió la llamada hasta que arribó a la puerta del edificio del Instituto de Investigaciones Parapsicológicas. Había tomado la vía más rápida pero, aun así, Chicago era una ciudad muy grande.

Bajó del auto y se dirigió a la puerta de entrada. Vio que estaba abierta. Eso no parecía normal casi a las once de la noche. Todo el vestíbulo de entrada se encontraba a oscuras. Decidió optar por lo seguro. De su funda interna sacó su pistola Glock modelo 17, calibre 9 mm. y adoptó la posición de avance armado. Un haz de luz roja, proveniente de la mira láser de su arma, se movía en línea recta cambiando de objetivo según dónde apuntara.

El doctor no le había dicho en qué parte del edificio lo esperaba y había colgado el auricular antes de que él pudiese preguntárselo. Sin pensarlo mucho, optó por ir al tercer piso, donde recordaba que Parker tenía su

laboratorio. Decidió subir por las escaleras.

Al llegar al tercero vio que las luces del pasillo también estaban apagadas. La oscuridad era total. Sacó su linterna táctica y la colocó debajo de la muñeca, apuntando en la dirección que seguía el arma. Caminó unos pasos, alumbrando puerta por puerta, hasta que encontró el número dieciocho en una de ellas. La abrió lentamente y entró. Alumbró el lugar apuntando con la Glock en todas direcciones. La luz de la linterna táctica y el punto rojo de la mira láser se iban posando frenéticamente en cada resquicio de la habitación. No parecía haber nadie. Pegado a la pared encendió el interruptor de la luz. Apenas el recinto se iluminó sintió un chillido espantoso que lo hizo retroceder apuntando hacia el lugar de donde provenía el horrible sonido. Era uno de los chimpancés, que gritaba sacando la mano por la jaula.

«Bobby», se dijo Plenton a sí mismo.

Su memoria entrenada le permitía recordar el nombre del mono al que el doctor le había acercado el aparato para medir la energía. En la jaula de al lado estaba Timmy, que permanecía tan calmado como cuando lo vio por primera vez.

En el laboratorio todo parecía normal; no había nada revuelto ni señales de discusión o pelea. Nada sospechoso. Sólo que el doctor Parker no estaba allí. Y parecía que las luces de todo el edificio estaban apagadas. Plenton no creía que el médico estuviese esperándolo en un laboratorio a oscuras.

Nada lucía atípico. Sin embargo, la voz del científico había sonado realmente angustiada. Decidió llamarlo. El número de Parker había quedado guardado en la memoria. Luego de tres tonos, el contestador del científico se activó:

«Soy el Doctor Elmer Parker, en este momento no puedo atenderlo, por favor deje su mensaje. Gracias».

No, no iba a encontrar al médico esa noche. Su instinto le dijo que algo malo sucedía.

Una tarde a la semana se recibían las visitas en la penitenciaría federal. En la sala dispuesta para los familiares y amigos de los presos, Rick Janseen hablaba en voz baja con Mijail Zlovenko. Un panel de acrílico los separaba, de modo que debían comunicarse mediante un teléfono.

Aunque El Animal estaba preso, seguía trabajando para su jefe desde dentro del penal. Él era quien contactaba a los matones que ejecutaban las órdenes más sucias. Si había que eliminar a alguien rara vez Zlovenko se involucraba directamente. Prefería dar la orden en clave y el nombre del sentenciado y, desde el penal, El Animal llamaba a los sicarios. Era una especie de servicio de ejecuciones encargado a terceros. De esa manera, Zlovenko se alejaba del rastreo directo que la policía pudiese hacer de los crímenes cometidos.

En la cárcel, Janseen dirigía la Hermandad Aria, un grupo de fanáticos convencidos de su superioridad de raza. Las disputas con los demás grupos eran permanentes y se habían cobrado víctimas de todos los bandos, pero ello no hacía que cesaran las batallas por el control del penal.

El Animal habló primero:

—Mijail, tienes que sacarme de aquí como sea. La cosa se está poniendo difícil. Mi abogado dice que no pudo apelar la cadena perpetua. Pero no me interesa. Debes contratar a otro abogado o ayudarme a escapar de aquí. — Ahora el tono de voz se elevó—. ¡Los policías me vinieron a ver por la muerte de Anya! ¡Me están rastreando!

Zlovenko habló con la misma voz fría de siempre. La cicatriz de la mejilla derecha apenas se movía cuando dijo:

—Calma, Rick, calma. Te prometí que te sacaría de aquí y así lo haré. Pero debes ser paciente.

—¡Maldita sea! —gritó el holandés.



El guardia que vigilaba la sala de visitas colocó su mano en el bastón táctico que llevaba en la cintura, y miró amenazante a Janseen.

Zlovenko volvió a hablar, esta vez casi susurrando.

—Saldrás de aquí, Rick. Pero por ahora debes tener paciencia. Mañana te llamaré para darte un trabajo.

Y sin decir más se levantó y se retiró de la sala.

Como todos los días, el despertador de Plenton sonó a las seis. Aunque siempre se quedaba hasta altas horas de la noche leyendo expedientes y buscando datos, nunca se sentía somnoliento por la mañana. No dormía más de cinco horas. Era poco, pero suficiente para él.

Se levantó de la cama de un salto y apenas puso la rodilla en el suelo sintió el agudo dolor de siempre. Tendría que tomar un analgésico.

Luego la rutina habitual, se daría una ducha y desayunaría unos huevos con jamón. Esa era la única comida decente que hacía en el día, dado que el almuerzo en general era comida basura y su cena consistía en algo que provenía de alguna lata o comida china pedida a un restaurante de la zona.

Puso la cafetera en funcionamiento y se dispuso a afeitarse rápidamente. Se miró en el espejo por un momento. La lesión de la pierna frecuentemente lo hacía sentir más viejo de lo que era, pero en realidad —salvo por las marcadas líneas de su entrecejo y algunas canas— no aparentaba los cuarenta y cinco años que tenía.

Mientras desayunaba veía en televisión el primer noticiario de la mañana. En la mesa, a su lado, siempre tenía la pistola Glock, montada, lista para ser utilizada. Esa era una costumbre que había adquirido desde sus primeros años en la policía. «El arma es una compañera de trabajo, y siempre va con uno», le había dicho su primer instructor de tiro, y a él se le había grabado a fuego.

Linda tenía una profunda aversión a las armas. Ni siquiera podía soportar verlas; y dentro de la casa, le demandaba esconder de su vista todo elemento relacionado con el trabajo policíaco. El tema siempre traía complicadas discusiones en las que él siempre terminaba preguntándose por qué su esposa habría aceptado casarse con un policía. Linda solía recriminarle que él vivía en un estado de alerta permanente y nunca podía relajarse. Y era cierto. Pero para Plenton resultaba inevitable. Casi creía que había nacido así, siempre en

guardia. Y era esa misma actitud la que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Nunca olvidaría aquel domingo en el que paseaba con Linda y Sophie, que apenas tenía tres años por entonces. Se encontraban en el parque de diversiones Safari Land, viendo la enorme montaña rusa. Sophie quería subir, aunque Linda se oponía y él, como casi siempre, deseaba satisfacer los deseos de su hija. En un instante, apenas un segundo, pudo ver de reojo a un hombre calvo que se acercaba por la derecha y a otro, oriental, por la izquierda. Al divisarlos, algo se encendió en su cabeza y supo que lo iban a atacar. Cuando los dos hombres percibieron que Matt había notado su presencia, sacaron sendos puñales de sus bolsillos y corrieron hacia donde estaba él con su esposa y la niña. Sólo los reflejos ejercitados mil veces en el polígono de tiro y los interminables ensayos de desenfundar y disparar lo salvaron. Antes de que los hombres se les acercaran, empujó a Linda fuera del espacio de enfrentamiento y colocó de un manotazo a Sophie detrás de su espalda. Sin pensarlo, abrió fuego, primero sobre el calvo y luego sobre el oriental.

Todo fue muy rápido. Linda y Sophie lloraban desconsoladamente. El parque se había transformado en un caos de gritos y gente que corría por todas partes.

Esa noche la niña no durmió y él tampoco. Sólo Linda, tras dos pastillas tranquilizantes, pudo conciliar el sueño.

Esa había sido la primera vez que el mundo del detective Plenton, el del permanente roce con la suciedad y lo peor de la humanidad, se había metido de lleno y sin permiso en su vida familiar.

Ya eran las seis y media. Si quería llegar temprano a la oficina debía apurarse.

Las mañanas solían ser particularmente agitadas en el Departamento de Policía de Chicago. Ese día, en particular, la atmósfera reflejaba la tensión de los miembros de Homicidios. Un caso que parecía sencillo se había vuelto más complejo, y todos esperaban con ansiedad conocer las novedades.

En la sala de reuniones ya se encontraba todo el equipo de Plenton. Eve y Pedro se sentaron a su derecha y John Forces y Alan Layton, a la izquierda. La pizarra de acrílico blanco, detrás de Plenton, estaba cubierta de notas, fotos e informes forenses.

Un hombre bajo, de gafas grandes y chaqueta de tweed entró a la oficina.

—Hola, doc —dijo el detective, y agregó—: estimados, ya conocen al doctor Jim Carlson, el psiquiatra forense del departamento.

Jim Carlson era uno de los tres psiquiatras forenses que se habían incorporado al departamento de policía de Chicago diez años atrás, cuando el alto mando decidió que podría ser útil el apoyo de especialistas en la mente humana para poder identificar y capturar delincuentes, fundamentalmente asesinos en series. Su labor consistía en trazar perfiles psicológicos de los criminales y facilitar datos para prevenir sus próximos movimientos. El doctor Carlson había demostrado con creces su habilidad, ayudando a atrapar a varios psicópatas, entre ellos a dos de los asesinos más buscados de Chicago: Russel Patton, el matador de ancianas, y Dan Svern, el asesino y descuartizador de jóvenes adolescentes. Patton llegó a cometer dieciséis asesinatos antes de que pudieran dar con él. Su *modus operandi* era hacerse amigo de las ancianas y, una vez que ganaba su confianza y entraba a sus hogares, las asesinaba a cuchilladas, siempre más de veinte. Dan Svern había asesinado y descuartizado a doce adolescentes. Solía dejar sus pedazos regados por toda la ciudad, como modo de desorientar a la policía.

En ambos casos, Carlson había trazado perfiles de los criminales,

detallando cuáles podrían ser sus motivaciones y, con ello, adelantándose a sus próximos movimientos. Este trabajo ayudó a atrapar a ambos, que habían sido condenados a pena de muerte, pero que pudieron evitar el castigo máximo cuando en 2003, el gobernador vaciara el pabellón de la muerte, perdonando la pena capital a ciento sesenta y siete condenados.

Plenton comenzó la reunión.

—He pedido a Jim que viniera hoy porque creo que es importante que le comentemos nuestras suposiciones sobre los posibles sospechosos y que él nos comente su opinión, así que adelante.

Pedro Vargas comenzó la ronda de opiniones.

—Pues creo que, sin duda, uno de nuestros sospechosos fundamentales es ese tal doctor Lancaster.

Pedro explicó en detalle a todos lo que le habían comentado los médicos de la clínica Saint Patrick. Cuando hubo terminado, el pelirrojo Alan agregó:

—Pues parece que Lancaster está loco como una cabra —y sonriendo preguntó a Jim—: ¿eh, doctor?

Jim rio. Era un sujeto muy cordial.

—Pues no sé si usaría el nombre técnico que tu acabas de mencionar, Alan, pero diría que sí, que Lancaster sufre, o sufría, de un delirio psicótico de tipo reivindicatorio.

Eve intervino preguntando a Jim:

—¿Son todos los asesinos en serie psicóticos, doctor?

—Pues no necesariamente. Diría que hay varios tipos de asesinos en serie. —Carlson se acomodó el puente de las gafas y se adelantó en su asiento. Parecía disfrutar de explicar las vicisitudes de la mente humana, cuando de criminales se trataba—. Algunos de ellos tienen altamente comprometida su relación con la realidad, es decir, son psicóticos. Su yo vive en un mundo paralelo y es presa, en general, de delirios y alucinaciones. Pero debo decir que en el caso de los criminales en serie la minoría es psicótica. En la gran mayoría de los casos se trata de psicópatas.

Ante la mirada de los policías, el psiquiatra se apresuró a aclarar:

—Quiero decir... un psicótico es lo que se conoce usualmente como un «loco». Es decir, una persona que no mantiene contacto con la realidad. Ahora bien, un psicópata es un individuo que está plenamente consciente de su contexto. Su yo no está quebrado, no alucina ni delira. Lo que sucede es que tiene un sentido de la moral y de la justicia absolutamente personal. En general son sujetos muy agradables socialmente, de los cuales es difícil sospechar que se trata de asesinos o delincuentes. Lo que los define es que son incapaces de sentir culpa. Muy por el contrario, hacen lo que su propia moral les demanda. Los grandes criminales de la historia, como Capone, Dillinger y otros, eran psicópatas, que no dudaban en cometer los más atroces crímenes para conseguir sus metas y por lo cual no sentían ningún remordimiento.

Carlson hizo una pausa, todos lo escuchaban atentamente y él lo disfrutaba.

—Creo que el caso del doctor Lancaster es el de un psicótico.

Eve introdujo un comentario.

—En cambio podríamos decir que La Mafia del Este está compuesta por un conjunto de psicópatas. ¿Es así, Jimmy?

—Así es —respondió Carlson, complacido.

Plenton preguntó al psiquiatra:

—Si por un momento supusiéramos que el asesino es el tal doctor Lancaster: ¿crees que podría continuar con su serie de asesinatos que podrían haber sido «ordenados por Dios»?

Carlson meditó unos segundos:

—Creo que si se tratara de él, lo cual es bastante factible, continuará haciéndolo.

Plenton volvió a preguntar:

—Una última cuestión, Jimmy. ¿Has oído hablar de los experimentos del doctor Elmer Parker, del Instituto de estudios Parapsicológicos?

Carlson se acomodó nuevamente las gafas:

—Sí, Matt, he oído de él. Sé que se dedica a estudiar algo así como cuál es la energía que lleva a las personas a cometer actos malvados. —Se encogió de hombros—. Debo decir que no comulgo mucho con la parapsicología, pero reconozco que lo que he leído de Parker está seriamente escrito y se basa en experimentaciones que siguen a rajatabla el método científico. Aun así, creo más en psicópatas que en personas con determinada energía.

—Gracias, Jimmy —concluyó Plenton.

El psiquiatra se levantó y saludando al grupo con un gesto de la mano, abandonó la oficina.

El detective resumió para los presentes:

—Veamos entonces... hasta el día de hoy tenemos tres pistas para seguir: por un lado la de los criminales del Este. Acaban de confirmarme que encontraron el Mercedes Benz del fiscal Hammond frente al Caesars Club. Con ello ya tenemos a las dos víctimas, la chica Anya Letnikova y el Fiscal Hammond, relacionados con ese club y, por lo tanto, con Zlovenko y su séquito de mafiosos. Yo seguiré esa pista hasta que nos diga algo —y agregó, ante la mirada atenta de los otros—: por otra parte, tenemos al tal doctor Lancaster, que aparentemente se siente un enviado de Dios que debe acabar con todas las personas que están semimuertas en terapia intensiva. No podemos desestimar ese dato. Pedro y Alan se encargarán de buscar a Lancaster y traerlo aquí. Por más insania mental que tenga podrá explicarnos algunas cosas.

Pedro y Layton asintieron con la cabeza.

—Por último, tenemos la llamada que recibí del doctor Parker el viernes por la noche. Se lo notaba muy agitado y, según me dijo, tenía algo urgente que contarme relacionado con los presos con los que se entrevistó en la penitenciaría del estado. Como ustedes saben, Parker se ha esfumado. No hay rastro de él por ninguna parte. Eve... tú y Forces se encargarán de eso. Gracias, es todo.

Todos asintieron, se levantaron y abandonaron la sala.

Pedro arribó al Sanatorio Richardson de Salud Mental a las doce en punto. Había cruzado toda la ciudad para llegar allí, desde la calle 51 en el sur de la ciudad, hasta la tranquila zona de Avondale.

Todavía no había almorzado. Acostumbraba a comer un bocadillo al mediodía y solía ponerse de mal humor si no lo hacía. Era una costumbre, un ritual. Sólo comía un perrito caliente con una gaseosa cola. Todos los días el mismo menú.

Hoy no podría hacerlo y eso lo fastidiaba. Recordó haber visto un minimercado en la esquina de la avenida Belmont. Cuando hubiera terminado de hacer el interrogatorio iría por un refrigerio. La idea le mejoró el ánimo.

Antes de bajarse se puso la chaqueta de cuero. No le gustaba que las personas vieran la sobaquera que cargaba, sobre todo tratándose del revólver que había elegido para suplantar la pistola reglamentaria. Se trataba del modelo *Taurus, Raging Bull*, calibre 44 magnum, una de las armas más poderosas que se podía conseguir en el mercado.

Le vino una sonrisa al rostro cuando recordó las veces que Matt le había preguntado para qué llevaba semejante cañón encima, capaz de partir por medio a un venado. Él siempre le había respondido lo mismo: «No quiero fallar cuando decida disparar».

Ya en la recepción, una secretaria lo miró como si su presencia le resultara sumamente molesta. La mujer, de unos cincuenta años, llevaba el cabello recogido en un escaso rodete. Un lazo de terciopelo negro asomaba por los lados de la nuca. Sentada con la espalda muy derecha, observaba a Pedro por encima de sus lentes de lectura. No parecía haber sonreído nunca. Entre las manos sostenía una revista *Vogue* que tendría, al menos, cinco años de antigüedad.

Le preguntó al detective con voz seca:



—¿En qué puedo ayudarle?

Pedro mostró su placa:

—Busco a alguien que pueda darme información sobre un paciente que estuvo internado aquí; se trata del doctor Peter Lancaster.

La mujer tardó unos segundos en responder. Luego, sin decir más, levantó el auricular del teléfono.

—¿Doctor Richards?... un oficial de la policía pregunta por el doctor Lancaster.

Y luego, mientras sostenía el auricular, asintió con el mentón, respondiendo al que le hablaba del otro lado:

—Está bien, doctor, le diré que aguarde.

Y dirigiéndose a Pedro carraspeó antes de decir:

—Por favor, tome asiento. —Señaló un conjunto de sillas en una pequeña sala de espera—. En seguida lo atenderá el doctor Richards, el director del sanatorio.

La mujer volvió a pasar las páginas de la revista Vogue, mientras Pedro se acomodaba en una de las sillas de la salita.

Las paredes estaban completamente revestidas con un papel blanco, con delgadas rayas grises, casi imperceptibles. Muy juntos, unos de otros, colgaban unos diez cuadros que representaban diferentes tipos de orquídeas. De unos altavoces ocultos escapaba una y otra vez la misma música monótona. A Pedro no le quedaron dudas de que cualquiera podría enloquecer allí.

Pasaron apenas unos minutos hasta que entró en la recepción un hombre alto, de cabello entrecano. Su rostro bronceado resaltaba contra la chaqueta médica blanca. Tenía el aspecto de un actor de Hollywood más que de un médico psiquiatra.

Pedro se levantó y procedió a presentarse:

—Detective Pedro Vargas.

El otro respondió con una amabilidad exagerada:

—Por favor, detective, pase por aquí. —Y señalando con la mano apuntó hacia un pasillo a la derecha de la sala.

Entraron a una oficina con una mesa de reuniones de caoba, enorme. En el centro de la mesa había un proyector de *power point* conectado a un portátil. El doctor Richards comenzó la conversación.

—¿En qué puedo ayudarle, detective?

—Tengo entendido que aquí estuvo internado por un tiempo el doctor Peter Lancaster. ¿Es correcta esa información?

—Es correcta —respondió el director.

—Quisiera saber todo lo que pueda decirme de este paciente. Le diré lo que yo sé.

Pedro comentó al psiquiatra todo lo que conocía acerca de Lancaster. Cuando hubo terminado Richards asintió.

—Lo que usted me ha dicho es básicamente lo que sucedió con este paciente.

—¿Puede darme algún otro dato? —preguntó Pedro.

El director pensó por unos momentos.

—Puedo mostrarle algo que quizá le resulte de utilidad ¿tiene unos minutos? —Ante el gesto de asentimiento del detective, el médico presionó el botón del intercomunicador que estaba sobre la mesa de caoba—. Sarah, por favor, tráigame las grabaciones de las entrevistas con Lancaster.

Del otro lado una voz metálica respondió de inmediato:

—En seguida, doctor.

Cuando la enfermera apareció en la oficina, llevaba unos diez DVDs en la mano. Los dejó sobre la mesa.

El doctor tomó el primero que tenía un rótulo:

«Paciente 8822, Peter Lancaster – 1»

De inmediato lo puso en el ordenador y el proyector comenzó a mostrar la grabación de la entrevista.

En la filmación se veía a un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, delgado, cuyo rostro no reflejaba emoción alguna, salvo por sus profundos ojos negros, de mirada poderosa. Estaba prolijamente vestido, con una camisa beige y un pantalón vaquero azul. Se hallaba sentado a un lado de un escritorio. Del otro se encontraba ubicado uno de los psiquiatras del sanatorio, que era quien guiaba la entrevista.

El psiquiatra comenzó la sesión:

—Señor Lancaster ¿por qué cree usted que está aquí?

Lancaster respondió con tono monocorde, sin levantar la mirada

—Por un error, «mededios».

El entrevistador dejó pasar unos segundos en silencio y repreguntó:

—¿Y cuál es ese error?

—Yo no estoy loco «mededios», ese es el error.

Pedro no pudo evitar notar que cada frase que el doctor Lancaster emitía era rematada con el extraño término «mededios». Le preguntó al director:

—¿Qué es esa palabra que usa Lancaster, doctor?

Richards oprimió el botón de pausa del proyector. Apenas esbozó una sonrisa, cuando respondió:

—Es algo sumamente interesante, detective. —El médico juntó las manos y se reclinó contra el fino sillón de cuero negro—. Algunos pacientes psicóticos desarrollan lo que en psiquiatría llamamos *holofrases*. Las *holofrases* son términos creados por el paciente, formadas por la conjunción de partes de dos o más palabras. En este caso, el señor Lancaster usa permanentemente la palabra «mededios». Nosotros pudimos descubrir, tras varias entrevistas, que esa palabra significaba «mensajero-de-Dios». De ahí el término me-de-dios.

Pedro estaba sumamente intrigado. Después de escuchar atentamente preguntó:

—¿Y para qué, o por qué usa esa *holofrase* el doctor Lancaster?

—No es sólo él. Muchos psicóticos las utilizan. Sobre todo los

ezquizofrénicos con delirios paranoides, como es el caso de este paciente. La utilidad de la *holofrase* es permitirle a enfermo mantenerse adherido a su delirio. Tenga en cuenta usted, detective, que el delirio es la construcción de una realidad paralela y, por más alocado que parezca, es la única conexión que el psicótico tiene con el mundo. Por ello suele ser contraproducente discutir con ellos acerca de la falsedad del delirio. A veces eso los pone violentos. De allí viene el dicho de que «no hay que contradecir a los locos». En el caso del doctor Lancaster, usaba permanentemente la palabra «mededios» y con ello se reafirmaba a sí mismo en su rol como mensajero de Dios.

—Ya veo —respondió sorprendido Pedro—. ¿Podemos ver un poco más de la filmación?

—Por supuesto.

La proyección se reanudó.

El psiquiatra que entrevistaba a Lancaster volvió a la carga

—Está bien, Peter, es un error considerarlo un loco. Dígame entonces quién es usted.

Lancaster levantó la mirada y la clavó en el psiquiatra. La profundidad de sus ojos negros inspiraba temor.

—Soy el doctor Peter Lancaster, médico internista especializado en terapia intensiva, «mededios». Tengo cincuenta y cinco años.

Era obvio que el psiquiatra que lo entrevistaba sabía eso y no esperaba que se lo repitiera.

—Conozco esos datos —afirmó el entrevistador—. Quisiera que me diga algo más sobre usted.

—No hay mucho que decir, doctor. Sólo que durante mi vida estuve haciendo exactamente lo contrario de lo que Dios esperaba de mí, «mededios».

El psiquiatra se inclinó hacia delante, dando claras muestras de interés en lo que Lancaster comenzaba a comentar.

—¿Y qué es lo que Dios esperaba de usted?

Lancaster respondió sin inmutarse. Clavaba los ojos oscuros en su interlocutor, y por más que el psiquiatra entrevistador parecía un hombre experimentado, podía verse que esa mirada inmutable lo inquietaba.

—Lo que Dios esperaba es que yo ayudara a los que Él llama a su lado, a transitar el camino de la muerte. Y yo estaba haciendo lo contrario. Demoraba ese camino, prolongando vidas innecesariamente. Cuando Dios llama a alguien moribundo, hay que ayudar a esa persona a asistir a la llamada, no demorarlo, «mededios».

El entrevistador preguntó:

—¿Y cuándo se dio cuenta usted de que estaba entorpeciendo la llamada que Dios hace a las personas moribundas?

—Cuando Él me lo dijo.

Ahora el psiquiatra se adelantó en su asiento aún más. Estaba visiblemente interesado en lo que Lancaster estaba comentando.

—¿Y cómo fue que Él se lo dijo? —preguntó el médico.

Lancaster no respondió por un rato; no se movió ni hizo gesto alguno, sólo miró alrededor, como reconociendo el lugar donde estaba, y luego fijó la vista en su interlocutor. Pareció decidirse y respondió la pregunta:

—Simplemente, un día comencé a escuchar su voz en mi mente. Me pedía que ayudara a los moribundos a morir, no que los salvara a toda costa, «mededios».

El entrevistador pareció no poder contenerse y preguntó:

—¿Por eso intentó usted matar a un paciente en terapia intensiva?

Por primera vez Lancaster sonrió. Pero sólo fue un gesto automático, carente de emoción alguna.

—No intenté matarlo, sólo liberarlo de su sufrimientos y ayudarlo a transitar el camino de la llamada de Dios, «mededios». Iba a retirarle el respirador cuando un colega y dos enfermeras me vieron y lograron detenerme. Cometieron un grave error.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ese paciente sobrevivió, pero se transformó en un ser sin alma, en un ente vacío que no acudió a la llamada divina.

El psiquiatra afirmó con la cabeza:

—Ya veo.

Lancaster prosiguió con su tono monocorde:

—Sé perfectamente que usted y los demás médicos no me creen. Pero eso no me importa. No soy un asesino, sólo soy un mensajero de Dios, «mededios».

El doctor Richards oprimió nuevamente el botón de pausa, miró a Pedro y le preguntó:

—¿Desea usted seguir viendo?

—Creo que por ahora es suficiente —respondió Pedro—. Necesito llevarme los DVDs con las entrevistas.

—No hay inconveniente, detective. Puede llevarlos. Tenemos copias de seguridad de todos nuestros pacientes —parecía encantado de poder colaborar.

Antes de retirarse Pedro preguntó:

—Algo más, doctor: ¿tienen en su base de datos la última dirección del doctor Lancaster?

—Pues sí —respondió el médico—, la tenemos. La secretaria de la mesa de entradas se la proporcionará. —Con su sonrisa hollywoodense acompañó a Pedro hasta la puerta y lo despidió, ofreciendo su ayuda para lo que fuera necesario.

Plenton se enderezó en su silla y se dispuso a ordenar la información de la que disponía. A través de la persiana espío el reloj de pared de la sala contigua; las doce de la noche en punto. Sobre el escritorio de su oficina tenía una hilera de carpetas que debería revisar ordenadamente. Contra la pared, un conjunto de papeles amarillos garabateados se movían nerviosamente al recibir el aire que provenía del tubo de ventilación. Los había pegado con alfileres sobre uno de los paneles, y ahora debía encontrarles sentido.

Tenía que armar el rompecabezas y hacerlo parte por parte, sin desechar ningún dato, por superfluo que pudiese parecer. Siempre lo hacía de ese modo, sin descartar hipótesis alguna. Y eso lo había hecho conocido entre sus colegas. Era como un depredador que ha olido a su presa; no descansaba hasta alcanzarla y dar cuenta de ella. En este caso, había varias presas posibles y su tarea consistía en determinar cuál era la que realmente valía la pena cazar. Esta noche organizaría los datos de la Mafia del Este.

Era un secreto a viva voz que el Caesars Club era un aparente local de nudistas pero que en la realidad funcionaba como un prostíbulo de alto nivel. Se sabía que las chicas de allí eran especialmente bellas y que en su mayoría eran rusas o ucranianas que habían llegado al país engañadas por algún contacto que hacían en Estados Unidos. Muchas eran tentadas con ofertas laborales para desempeñarse como modelos en una agencia que en realidad no existía. Dichas «agencias» eran operadas por La Mafia del Este, radicada en varias ciudades, entre las cuales se encontraba Chicago. Una vez que las muchachas llegaban al país, eran literalmente secuestradas y obligadas a prostituirse, bajo amenaza de muerte.

El tráfico de mujeres se había transformado en un negocio que, después del contrabando de armas y la venta de drogas, era el más rentable, moviendo un volumen de dinero de aproximadamente siete mil millones de dólares

anuales. De la enorme red, el Caesars Club era sólo un ínfimo punto de acción. Pero era un lugar posible por donde comenzar.

Las imágenes de Mijail Zlovenko se sucedían en su computadora. Estaban almacenadas en el archivo de un caso que databa de cinco años atrás, por trata de personas. En ese momento, como parte de la labor de investigación, le habían tomado varias fotos. Algunas lo mostraban saliendo del Caesars Club, acompañado de dos o tres guardaespaldas. En otras tomas podía verse un acercamiento de su rostro en el que se apreciaba la cicatriz en la mejilla derecha, que junto a los lentes negros le daban un aspecto siniestro.

Zlovenko había arribado a Estados Unidos varios años atrás, posiblemente diez. Se sospechaba que era el coordinador de una red de trata de mujeres que operaba al menos en treinta clubes en diez ciudades de los Estados Unidos. Desde que llegó al país estuvo un par de años en Nueva York y luego se trasladó a Chicago. Allí, como los archivos indicaban, había sido detenido cinco años atrás. Pero nada se pudo comprobar. Las tres chicas que iban a declarar en su contra se negaron a hacerlo. Incluso se sospechaba que algunos personajes de las altas esferas de la ley estaban protegiendo al jefe y a su red. El caso del fiscal Hammond era una muestra de ello.

Matt abrió el otro archivo de uno de los esbirros de Slovenko: Big Bear, el «Gran Oso». El sujeto tenía un historial que haría avergonzar al más duro de los delincuentes. A los trece años ingresó por primera vez a un reformatorio juvenil por asalto a mano armada, con intento de homicidio. Luego de aquello, sus entradas y salidas, a los reformatorios primero y al penal del estado cuando fue mayor, eran moneda corriente. En su registro figuraban asaltos, violación y agresión con agravantes, entre otros crímenes. Si bien había pasado varios años tras las rejas por sus delitos, nunca pudieron probar que era un asesino. Y lo era. Big Bear trabajaba desde hacía unos siete años para su jefe. Desde ese momento no había sido encarcelado nuevamente, lo cual levantaba las sospechas de Plenton respecto de la posible protección que estaba recibiendo.

Otra figura que según los informes seguía operando para la organización



de Zlovenko era El Animal Janseen. Más de un soplón había pasado el dato a Matt acerca de que el holandés era quien ordenaba las ejecuciones para su jefe desde un teléfono de la cárcel. Salvo excepciones, Zlovenko no se manchaba las manos con sangre personalmente y prefería que sus colaboradores directos, como Big Bear, tampoco lo hicieran, excepto en situaciones extremas. Por ello encargaba las ejecuciones contratando, a través de Janseen, a asesinos profesionales que no eran de la ciudad de Chicago.

Revisando papeles y archivos del ordenador Plenton trataba de lograr un equilibrio entre dejarse llevar por sus instintos como investigador y el uso de la racionalidad y la metodología de investigación. Sospechaba de La Mafia del Este, dado que era muy factible que ellos hubiesen hecho matar a la chica Letnikova y al fiscal, porque ambos sabían de las verdaderas actividades del club. Sin embargo, había razones para pensar que el fiscal Hammond podía resultarle útil a Zlovenko, pues estaba comprometido hasta el cuello por ser cliente del Caesars Club. Y no dilapidaría su vida profesional y familiar delatando a la organización. Pero tal vez los mafiosos no habían querido arriesgarse. Quizá el fiscal les había pedido dinero, más dinero del que Zlovenko estaría dispuesto a pagar.

Por el momento el nudo no parecía poder desatarse, pero una buena forma de comenzar era vigilando todos y cada uno de los movimientos del Caesar Club y de su oscuro propietario.

A las dos de la mañana, Eve estaba insomne, por lo que había decidido buscar y organizar datos para el caso. Se había revuelto en las sábanas por varias horas hasta darse cuenta de que definitivamente el sueño no acudiría esa noche. A su lado, la cama estaba vacía. Robert no había llegado aún a casa.

El silencio era absoluto, en la planta baja sólo se oía suavemente el mecanismo de un reloj de pared. Aún con las luces apagadas, Eve se acercó a la ventana y observó que en el vecindario reinaba la quietud. Los aspersores ya se habían apagado y no se escuchaba ningún sonido proveniente de la calle.

La ausencia casi total de ruidos le hizo pensar en el lugar donde vivía. La calle North Clark no había sido siempre tan tranquila, sobre todo en la época de la Ley Seca, en los años veinte. A unos pocos metros de la casa de Eve, había tenido lugar uno de los crímenes más tristemente célebres de Chicago: la masacre de San Valentín. El catorce de Septiembre de 1929 siete miembros de la conocida North Side Gang, dirigida por el mafioso Bugs Moran, habían sido asesinados a sangre fría por matones de la banda de Al Capone. Éste y Moran rivalizaban por el contrabando en Chicago. Los siete miembros de la banda perecieron a manos de un equipo de cuatro maleantes, dos de ellos disfrazados de policías. La masacre despertó la indignación de la opinión pública y se convirtió en uno de los casos más resonados en los medios de prensa de la ciudad.

Eve sacudió sus pensamientos y de un pequeño mueble que oficiaba de escritorio sacó dos carpetas. Las colocó sobre la mesa del salón y encendió su ordenador, intentando no hacer ruido; era mejor que nadie despertara.

La sala sólo estaba iluminada por la luz que provenía de la pantalla de su portátil. Le gustaba trabajar así, casi a oscuras, sólo con la luz suficiente para

leer.

Las carpetas contenían ideas que estaba desarrollando sobre el caso de los asesinatos en terapia intensiva. La primera decía en su tapa «Doctor Parker». La segunda estaba rotulada: «Asesinos en serie».

Lentamente, comenzó a repasar las notas sobre Parker. Todo indicaba que era un investigador serio, que por dedicarse a los estudios en el ámbito de parapsicología había tardado bastante tiempo en ser reconocido por sus pares. Probablemente, si se hubiese dedicado a un terreno de investigación más corriente habría llegado más lejos aún de lo que había llegado.

Pocas veces Eve había experimentado dudas profundas en un caso. Este era uno de ellos. Desde que escuchara parte de la conferencia de Parker, las palabras del investigador habían quedado resonando en su mente. ¿Sería posible, realmente, que los criminales fueran personas que poseían un alto nivel de energía Z, como le había llamado el doctor? La hipótesis de que existiera una energía mala y otra buena le resultaba cada vez más creíble. Incluso el asunto de aquel extraño aparato para medir la carga energética había despertado su curiosidad. Y si había una cualidad que no podía discutirse sobre ella es que era sumamente curiosa. Matt siempre le decía que siendo ella una detective ese atributo resultaba muy positivo.

Matt, otra vez Matt. Últimamente se colaba insistentemente en sus pensamientos.

Recordó que cuando lo conoció, hacía ya muchos años, le había parecido un hombre muy atractivo. El joven detective «estrella» era alto y atlético, y aun siendo reservado y hasta un poco esquivo, se había ganado la atención de muchas de sus compañeras, así como la de ella misma. Pero lo que Eve más admiraba de él era la inteligencia con la que resolvía sus casos. Había sido un gran maestro, y ella estaba convencida de que si la consideraban buena en su trabajo era, en gran medida, gracias a todo lo que había aprendido de él.

Recordó que a pesar de su exterior gruñón y taciturno, Matt la hacía reír. ¿La había hecho reír Robert alguna vez? No podía recordarlo...

Sacudió la cabeza, tratando de enfocarse nuevamente en el caso.

La súbita desaparición del doctor Parker agregaba un eslabón suelto a todo el asunto.

Tomó la carpeta rotulada «Asesinos en serie» y se concentró en el primer folio. Había una lista de sujetos que habían cobrado celebridad por sus crímenes múltiples. Forzó la vista para ver los nombres en la penumbra de la sala. No descartaba la posibilidad de que los dos asesinatos de la terapia intensiva fuesen el comienzo de una serie de crímenes del mismo tipo. En esa línea tenían un sospechoso: el doctor Lancaster.

Eve no tenía una clara idea de por qué había tomado nota, el día anterior, de aquellos asesinos célebres. Lo había hecho por instinto, por una corazonada.

En el papel figuraban algunos nombres:

- Malcom Preston: «el asesino del machete».
- Richard González: «el acechador nocturno».
- Alan Slaver: «el loco de la máscara de hockey».
- Paul James: «el estrangulador de Nueva York».

Cada uno de esos hombres había sembrado el terror en distintas ciudades de Estados Unidos durante el siglo XX. Eve se disponía a revisar sus historiales, sólo para encontrar algún rasgo en común que le aportara alguna idea de por dónde proseguir la investigación. ¿Serían todos portadores de energía Z? Las ideas que había expresado el doctor Parker parecían no querer abandonarla.

Abrió la primera hoja de la carpeta: Malcom Preston había nacido en 1950 en Urbana, una pequeña ciudad cercana a Chicago. Hijo de madre soltera, sufrió el rechazo de ésta por ser hijo ilegítimo. Había vivido en la casa de sus abuelos y durante su niñez sufrió reiterados maltratos, transformándose en un sujeto retraído y solitario, pero con un perfil social agradable e inteligente. Un sujeto organizado y frío, que planeaba minuciosamente sus crímenes. Mostraba especial crueldad al descuartizar a sus víctimas con un machete. Fue arrestado en 1979. Durante el juicio se defendió él mismo y se mostró arrogante y seguro. Confesó una enorme cantidad de asesinatos pero sólo se

le probaron algo más de treinta. Fue condenado a muerte y ejecutado en 1988.

Eve subrayó la línea que decía «maltrato durante la infancia».

Pasó al folio siguiente. La hoja estaba encabezada por la foto de Richard González, «el acechador nocturno». González había nacido en Miami. Provenía de una familia con un padre extremadamente estricto, caracterizado por golpear a sus hijos. González fue violador y asesino. Ejecutó a dieciocho víctimas, entre 1980 y 1983. Fue condenado a muerte por el estado de Florida, condena que permanecía sin ejecutarse.

Eve volvió a subrayar «padre golpeador».

El nombre que seguía era el de Alan Slaver «el loco de la máscara de hockey».

Slaver nació en Los Ángeles, en 1970. Se estima que cometió su primer asesinato a los catorce años, contra una joven que había sido su novia por algún tiempo. Luego de ella, en toda su carrera criminal —que duró hasta 1998— asesinó a cuarenta y cuatro mujeres, de entre quince y veinticinco años. Solía merodear las paradas de autobuses y asesinar a jóvenes que esperaban allí, solas, por las noches. La característica central de Slaver era que ocultaba su rostro con una máscara de portero de hockey mientras cometía los asesinatos. Incluso durante el juicio había solicitado en varias oportunidades que le permitieran usar su máscara. Su destino fue la pena capital. Aún aguardaba su ejecución.

De pronto, Eve se detuvo en un detalle de la vida de Slaver. En su niñez, a los ocho años, había sido atropellado por un automóvil y estuvo internado en terapia intensiva durante seis meses hasta su recuperación, la cual los médicos juzgaron como «milagrosa».

Eve sintió una conocida inquietud. Era la misma intranquilidad que experimentaba cada vez que un dato le parecía conducente. Y el accidente del Slaver era uno de aquellos.

Finalmente se detuvo en Paul James: “el estrangulador de Nueva York”.

James nació en 1973 en Manhattan. Durante los años que duró su *raid*

criminal asesinó a veinticuatro ancianos estrangulándolos con un cable. Durante el juicio alegó que a quien quería matar era en realidad a su abuela, quien lo había torturado psicológicamente durante su infancia. James fue condenado a la pena de muerte pero por su suspensión en el estado de Nueva York fue sentenciado a cadena perpetua.

Eve leyó todos los datos impresos en el resumen de James y se detuvo en uno:

El asesino había sufrido un coma diabético a la edad de quince años.

La idea comenzó a imponérsele: por lo menos dos de los asesinos en serie cuyas historias de vida acababa de revisar, se habían encontrado al borde de la muerte.

El hombre de pelo gris yacía recostado en su cama, mirando hacia el techo. Eran las tres de la mañana y, como todas las noches, no podía dormir. Tenía demasiadas cosas en qué pensar como para conciliar el sueño. Además, cuando oscurecía, las voces en su mente sonaban con más fuerza. Era imposible acallarlas.

De un salto se levantó y encendió la luz. Se dirigió al salón en el que, como siempre, había papeles de diario por doquier y muebles corridos. Sólo la mesa con los recortes se encontraba pulcramente acomodada. Se acercó, encendió la lámpara y repasó con la vista todos y cada uno de los recortes acomodados uno al lado del otro. Levantó la cabeza y se vio reflejado en el espejo. Los penetrantes ojos negros le devolvieron la mirada. Esa que parecía decirle que ya era hora de salir nuevamente. Extendió su brazo hasta el perchero y tomó la chaqueta de médico que colgaba de él. Se la puso. El espejo le devolvió su vieja imagen. En el pecho podía leerse, al revés: «Doctor P. Lancaster».

El sábado era un día que Matt esperaba ansiosamente, pues le tocaba buscar a Sophie en casa de su madre y llevarla con él hasta el domingo por la tarde.

Como siempre, estacionó su auto frente al domicilio de Linda y se quedó un rato observando. La fachada era de color blanco y el techo de dos aguas, con tejas negras. Un pequeño jardín se extendía en el frente, bordeado por ligustros bajos que separaban entre sí las casas del vecindario. Sophie solía jugar allí. Sobre el césped.

Mirar ese cuadro lo entristecía irremediablemente. Ese había sido su hogar hasta hacía cinco años, y Matt siempre había pensado que un hombre debe tener un hogar, una mujer que lo espere y un niño a quien abrazar. Él tenía todo eso. O por lo menos eso había creído hasta la noche en que Linda le dijo que no soportaba más vivir así, y que estaba casado con su trabajo más que con ella.

A él le llevó un largo tiempo comprender que todo había acabado, que de allí en adelante sería un visitante en su propia casa, y sólo podría ver a Sophie los fines de semana.

Sólo el trabajo lo salvó de caer en la depresión. Eso y unos comprimidos de Prozac que el psiquiatra del departamento le había recetado. Le llevó dos años recuperarse, volver a sonreír de modo espontáneo y no fingido, para no entristecer a Sophie.

Ese fin de semana tenía planes divertidos para compartir con ella. El pensamiento le levantó el ánimo. Bajó del auto y se dirigió a la entrada.

No le agradaba tocar el timbre como un extraño, pero tenía que hacerlo. La campanilla sonó con un tono agudo y luego uno grave. Matt esperó. Apenas se abrió la puerta, Sophie salió corriendo y se abrazó a él. Detrás de ella, Aitor, el labrador de la familia, corrió hacia donde estaba y le puso las patas



contra el pecho. Habían pasado ya cinco años de la separación y el perro seguía recibiéndolo como si él continuara siendo el dueño de casa.

Detrás de ese festivo recibimiento apareció la figura de Linda.

—Hola, Matt.

—Hola, Linda. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Y estirando hacia él la mochila rosa de la niña recalcó—: aquí tienes sus cosas. Por favor, asegúrate de que se lave los dientes después de comer y antes de irse a dormir. Sus pijamas están plegados.

Matt recibió la mochila.

—Gracias. Me cercioraré de que haga todo lo que dices. —Y mirando al su hija le preguntó—: ¿verdad, preciosa?

—¡Sí, papi! —respondió complaciente la niña.

Matt rio. Estaba a punto de llevarse a Sophie cuando Linda agregó:

—Matt... aguarda. Quisiera que cuando traigas a la niña, mañana, podamos conversar.

Matt se detuvo en seco y la miró con sorpresa. Era la primera vez, desde su separación, que ella manifestaba interés en conversar. Con cierta duda preguntó:

—¿De qué quieres hablar?

Ella tardó algo en responder y carraspeó antes de hacerlo.

—De nosotros, Matt. Han pasado varios años y he tenido mucho tiempo para pensar... ya sabes... sobre tú y yo.

Matt experimentó una mezcla de sentimientos. Le confundió escuchar aquello. Durante los primeros años había esperado, día tras día y noche tras noche, que Linda lo llamara y que pudiesen hablar e intentar recomponer su vida juntos. Pero eso era algo que hoy él no esperaba. Sólo atinó a responder:

—Está bien, Linda. Mañana hablaremos, cuando traiga a la niña.

Como siempre, después de dar un sonoro beso a su madre, Sophie trepó al auto y se sentó en el asiento de atrás. Abrochó su cinturón de seguridad y ambos, entusiasmados, partieron hacia Navy Pier, el parque de diversiones

que Sophie adoraba.

El domingo, tras el almuerzo, Eve tomaba el sol sentada en un banco del parque Millenium. Un ruidoso grupo de gaviotas se arremolinaba a sus pies, disputándose las migajas que sus hijos habían dejado caer al suelo. A ella no le molestaba la presencia de las osadas aves. Estaba acostumbrada a sus demandas de alimento y, cada tanto, les arrojaba un trozo de pan para divertirse con sus airadas protestas. A cada momento miraba a sus niños correr por la plaza. A ellos les gustaba ir allí. Decían que iban a «la plaza del gran frijol» y a Eve le encantaba llevarlos y verlos reír. Solía comprarles una gaseosa y una bolsa de cacahuetses a cada uno.

El lugar era impactante. Sobre la superficie redondeada de la gigantesca escultura metálica, que representaba «el frijol», se reflejaban los edificios vidriados que enmarcaban la avenida Michigan y la calle Randolph. En un día soleado como aquel, los colores del entorno animaban a quedarse hasta el atardecer, disfrutando del paisaje, la brisa y el constante ir y venir de la gente.

Observó a Jane y Jimmy riendo mientras corrían entre los chorros de la fuente Crown. Le resultaba sorprendente ver con qué poco los niños podían ser felices. Les bastaba un espacio abierto, una bebida y unos cacahuetses. No pudo evitar pensar en lo poco que duraba esa felicidad inocente.

Jimmy la saludó con la mano desde lejos. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa. Sin embargo, aquella tarde su mente estaba en otro lugar. Por alguna razón, no podía desprenderse de la idea del doctor Parker sobre el origen de la maldad en las personas. La existencia de los dos tipos de energía, de las cuales la energía Z podía explicar la tendencia de ciertas personas a cometer actos criminales. ¿Podría ser cierto aquello? Eve se consideraba una mujer sumamente racional y la teoría de Parker era razonable, siempre, claro, en el plano de las explicaciones no convencionales acerca de por qué alguien actúa como un ser malvado.

Incluso la existencia de aquel dispositivo para medir el cúmulo de energía A o Z resultaba algo verdaderamente inquietante. Si ese aparato realmente funcionara y saliera de la fase experimental, ¿qué podría suceder?

Los domingos por la tarde eran momentos que deprimían a Matt. Debía devolver a Sophie a la casa de su madre y eso siempre le generaba una sensación de angustia que podía sentir en su estómago. Mientras conducía, Sophie iba en el asiento trasero enviando mensajes de texto a sus amigas por su teléfono móvil. Parecía increíble que una niña de diez años tuviese uno y se comunicara como si fuese una ejecutiva de Wall Street. Matt recordaba cómo ella había insistido incansablemente para que él le comprara su primer teléfono. Parecía que sin aquel aparato no pudiese vivir, dado que «todas sus amigas tenían uno», aunque él sospechaba que ese argumento era el mismo que todas las niñas utilizaban para pedir a sus padres aquel bendito móvil.

Matt aparcó el auto frente a la casa. Apenas apagó el motor, Sophie bajó corriendo y tocó el timbre. Pasaron unos pocos segundos hasta que Linda abrió la puerta y abrazó a la niña, que empezó a contarle todo lo que habían hecho el sábado por la tarde y el domingo por la mañana. El perro asomaba la cabeza por la puerta entreabierta, como si estuviese esperando a que la pequeña entrara para ir a saludarla.

Matt se acercó y notó que Linda estaba más arreglada que de costumbre. Llevaba el pelo negro suelto sobre los hombros y un vestido corto blanco, que resaltaba el color de su cabello.

Pensó que aquello era curioso, dado que en los últimos tramos de su matrimonio ella había dejado de maquillarse y se vestía de modo descuidado, como si no le interesara en absoluto seducirlo.

Linda lo saludó sonriente:

—Hola.

—Hola —respondió él.

Ella hizo una seña a la niña:

—Ve adentro, preciosa. —Sophie saludó a su perro y luego desapareció en

el interior de la casa. Satisfecho, el labrador continuó observando a Linda y Matt desde la puerta.

La mujer se acomodó el cabello. Parecía nerviosa.

—¿Quieres pasar?

Él se sintió muy sorprendido. Desde su separación, jamás había vuelto a poner un pie dentro de la que fuera su propia casa. Casi por una cuestión de orgullo, y por no sentir nostalgia, prefirió evitarlo.

—No, Linda, estoy bien aquí.

—Como te dije ayer, necesito hablar contigo.

—Adelante, dime de qué quieres hablar. ¿Pasa algo con Sophie? —se preocupó.

Linda carraspeó, llevándose la mano a la boca.

—No, no tiene que ver con Sophie. Es algo difícil para mí, sobre todo considerando que han pasado ya cinco años. Pero he estado pensando. He tenido mucho tiempo para hacerlo y creo que quizá... creo que quizás nos apresuramos al separarnos... —Linda restregaba sus manos mientras hablaba —. No fue bueno el modo en que terminamos.

Matt se sentía confuso, resultaba absolutamente inesperado que Linda estuviese diciendo aquello en la puerta de su casa.

—No terminamos, tú terminaste —respondió, con tono seco.

Ella interrumpió:

—Por favor, Matt... no importa quién fue, sólo digo que creo que teníamos algo bueno.

Matt seguía sin poder comprender qué era lo que esperaba ella, y por qué le estaba hablando de ese modo.

—¿Por qué me dices esto ahora? —preguntó—. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿No estabas saliendo con alguien?

—Estaba —respondió ella—. Pero me di cuenta de que Vic era una persona egoísta y que sólo se interesaba por él mismo.

—Pues de veras lo siento.

—Yo no —respondió ella—, porque desde que estoy sola nuevamente he podido valorar en la distancia lo que vivimos durante nuestro matrimonio.

Matt sintió la angustia en su estómago, sólo atinó a decir:

—No logro comprenderte. ¿Qué quieres de mí? ¿No crees que ya nos lastimamos demasiado hace cinco años?

—Quiero que volvamos, Matt.

Él quedó paralizado.

Linda continuaba estrujando sus manos una contra otra.

—Quiero que estemos juntos de nuevo. Creo que exageré terriblemente con lo de tu trabajo y ahora estoy dispuesta a tolerarlo.

Por la mente de Matt pasaron, como un torbellino, un cúmulo de imágenes: las discusiones, el llanto de Sophie, él haciendo las maletas, bebiendo solo en un bar, lamentando todo lo que había perdido...

Iba a hablar cuando Linda le hizo una seña con la mano.

—No digas nada ahora, por favor. Sólo piénsalo. Volveríamos a estar juntos, tú, yo y la niña. Por favor, sólo piénsalo.

Se hizo un silencio que pareció eterno. El perro seguía con la cabeza asomada por la puerta mirándolos, como si esperara a ver qué era lo que sucedería a continuación.

La idea de estar cerca de su hija, pasar tiempo con ella y verla crecer se le antojaba a Matt una especie de sueño. Cuando por fin habló, lo hizo con un tono cansado. Aquello era muy movilizador para él.

—Lo pensaré, Linda, lo pensaré.

A diferencia del soleado domingo, el lunes amaneció lluvioso y frío. Pedro estacionó su auto frente a un viejo edificio de ladrillos rojos, de cuatro plantas, y chequeó nuevamente el papel en el que había anotado la dirección. Alan Layton y John Forces lo acompañaban. En la calle Beacon, el tránsito era intenso.

—Es aquí —dijo Pedro—. Beacon 4607, piso 3, apartamento 8. Este es el último domicilio conocido del doctor Lancaster.

Alan miró hacia arriba, tratando de localizar con la vista la ventana correspondiente al apartamento ocho.

—¿Crees que puede estar aquí? —preguntó Forces.

—No lo sé —respondió Pedro—. Pero ahora vamos a averiguarlo.

Los tres revisaron sus armas y bajaron del coche casi al unísono. La chaqueta de cuero negro de Pedro y los impermeables oscuros que llevaban los otros dos les daban un aspecto policial inocultable.

La puerta del edificio estaba cerrada. No había otra alternativa que solicitar a alguno de los habitantes del edificio que la abriera. Alan eligió al azar el primer piso, apartamento cinco. La voz gangosa de una anciana se escuchó con claridad.

—¿Quién es?

—¡La policía, señora! Necesitamos que abra la puerta —respondió Alan con tono firme.

—¿La puerta? ¿Qué pasa con la puerta?

—¡Que la abra, señora!

—¿Quién es? —volvió a preguntar la mujer anciana. El ánimo de Layton se estaba caldeando.

—Por Dios, señora... abra la puerta o le juro que la llevaré detenida.



—No quiero comprar nada... y soy católica —respondió la mujer.

Alan estaba por gritar como un loco, cuando del edificio salió un niño, dejando la puerta abierta. Finalmente entraron los tres.

La luz que entraba desde la calle dejaba ver un mezquino vestíbulo, dominado por una escalera que ascendía hasta el cuarto piso. Unos tubos fluorescentes iluminaban precariamente los gastados escalones y sobre una de las paredes se encontraba un destartado armario de metal dividido en compartimientos. Cada uno de ellos estaba destinado a receptor la correspondencia de los habitantes del derruido edificio. La pintura descascarada de las paredes se retorció en franjas que mostraban lo que alguna vez había sido un florido empapelado. Un intenso olor a humedad y madera vieja impregnaba el ambiente.

Parados sobre el entablonado del vestíbulo, los detectives miraron hacia arriba. Pedro hizo una seña y los tres comenzaron a ascender por la escalera oscura.

En el extremo opuesto de la ciudad, Eve subía en el ascensor que la llevaría hasta el laboratorio del doctor Parker. La recepcionista del Instituto le había informado que sus tres ayudantes estaban trabajando en el laboratorio dieciocho. Del profesor no había ninguna noticia.

Eve abrió la puerta marcada con el número dieciocho y pasó sin llamar. De inmediato reconoció a los ayudantes.

Johnny, el pelirrojo, se encontraba manipulando un destornillador diminuto sobre una placa de ordenador. Steve, el manco, estaba mostrando unos cartones con imágenes a uno de los chimpancés en la jaula. El tercero, Gary, tecleaba sobre una computadora.

—Buenos días, señores —saludó Eve.

Gary respondió con una sonrisa. Los otros dos, mas retraídos, la miraron y asintieron con el mentón, en forma de saludo. Luego siguieron concentrados en sus tareas. Eve prosiguió:

—No sé si me recuerdan, soy la detective Miller. Estuve con mi compañero hace un tiempo, conversando con el doctor Parker y con ustedes.

Ahora los otros dos se dieron la vuelta.

—Sí, detective, la recuerdo —respondió Steve amable.

Eve decidió ir al grano:

—Señores, estoy aquí para investigar la desaparición del doctor Parker, quien antes de evaporarse tuvo contacto con mi compañero. Parece que necesitaba comentarle algo importante.

Los tres parecieron prestar ahora más atención.

—Quiero que me digan cuándo fue la última vez que vieron a su jefe.

El pelirrojo, con el rostro lleno de pecas y los pantalones subidos casi hasta las axilas, se acomodó el puente de los anteojos y respondió. Parecía

que lo hacía por todos:

—Lo vimos el miércoles pasado, antes de irnos a casa. —Se encogió de hombros y prosiguió su explicación—. Él siempre se quedaba a trabajar hasta tarde, era el último en irse.

Eve dirigió la pregunta al que había hablado.

—¿En qué estaba trabajando hasta tan tarde?

Steve habló. Parecía tener ascendente sobre los otros dos.

—En realidad, no sabemos en qué estaba trabajando —respondió.

La detective corrió una silla y se sentó al revés, apoyando su pecho contra el respaldo y dando muestras de que el interrogatorio iba para largo.

—Sin embargo, ustedes eran sus ayudantes directos. Deberían conocer cuáles eran los proyectos en los que Parker estaba trabajando.

Ahora Gary se sonó la nariz, y casi tapándose la boca con el pañuelo se adelantó a responder:

—Estaba trabajando sobre el proyecto AZ.

—¿El proyecto AZ? —preguntó Eve, mirando a su nuevo interlocutor.

Steve tomó el control nuevamente.

—Era el proyecto que el doctor les comentó cuando vinieron a verlo aquella vez. Trata de las razones por las cuales un organismo atrae más energía A o Z. Hasta hacía unos meses estábamos experimentando con primates avanzados, con chimpancés. Pero luego comenzamos la siguiente fase experimental.

—¿Y cuál era esa fase experimental? —preguntó la detective.

—Íbamos a las cárceles a medir la energía preponderante en los presos por crímenes violentos —respondió Steve.

—¡Qué interesante! Y dime Steve —ahora se dirigió directamente a él— ¿Qué crees que pudo haberle pasado al doctor Parker?

El otro hizo un leve silencio, meditando, y luego respondió:

—Nada, simplemente hizo lo que ya ha hecho varias veces: desaparecer por un tiempo, sin dar explicaciones a nadie.

—¿Ni a su familia?

—Eso no lo sé. Pero a nosotros no. Muchas veces el doctor se ha entusiasmado con una idea y para poder pensar en ella con tranquilidad desaparece del laboratorio y se va al campo. Allí reflexiona y luego, sin previo aviso, regresa como si nada hubiese sucedido.

Eve intervino:

—Sin embargo, tenemos la denuncia de la esposa de Parker, que dice que se ha desvanecido sin dejar rastro alguno. Si ella estuviese tan acostumbrada a las desapariciones del doctor, no habría denunciado nada.

Steve parecía querer retomar la concentración en su trabajo. Agregó:

—Detective Miller, no sabemos más que lo que le hemos dicho. Ahora, si nos disculpa, tenemos que seguir con nuestras actividades.

Eve no se movió de su silla. Por el contrario volvió a la carga:

—¿Y en qué están trabajando ustedes? Me imagino que en un proyecto del doctor Parker.

Los tres se miraron. Esta vez el pelirrojo respondió:

—Así es, detective, estamos trabajando en retomar las mediciones de energía en los chimpancés.

Eve aprovechó para preguntar:

—¿Están utilizando el dispositivo que nos mostró el doctor Parker?

—Efectivamente—respondió Steve—. Todavía le falta mucho desarrollo.

Eve sonrió y preguntó:

—Pero si el dispositivo está todavía digamos... inmaduro. ¿Cómo es que salieron a probarlo con los presos en las penitenciarías?

Ahora Gary respondió:

—Pues allí el aparato falló. No arrojó mediciones coherentes en todos los casos. Por eso estamos trabajando nuevamente con los monos, para ver si podemos revisar cuál es el defecto que tiene.

—Ya veo.

Eve se levantó de la silla, dando muestras de que la charla había

terminado.

—Señores, muchas gracias por su tiempo.

Y, sacando una tarjeta, se la extendió al tímido Gary.

—Aquí tienes mi tarjeta. Llámenme si recuerdan algo, por más insignificante que les parezca.

El otro la recibió y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, detective.

En el viejo edificio de la calle Beacon, Pedro, Alan y John llegaron al tercer piso. La luz del pasillo estaba apagada. Alan pulsó la tecla de iluminación temporal, pero ésta no se encendió. Los tres extrajeron sus armas y las linternas reglamentarias, que colocaron debajo de sus muñecas. Los tres haces de luz apuntaron a la puerta del apartamento de Lancaster.

Se acercaron pegados a la pared. Pedro hizo una seña con la cabeza y Alan pasó del otro lado de la puerta. John quedó detrás de ambos, cubriéndolos.

Alan golpeó la puerta y gritó:

—¡Doctor Lancaster! ¡Policía! ¡Abra, ahora!

El silencio era total. Esperaron unos segundos, luego Pedro hizo otra seña con la cabeza. De inmediato, Forces se colocó frente a la puerta y tomando impulso la pateó con la pierna derecha, cerca de la cerradura. Bajo el peso del enorme policía la madera se quebró y la entrada quedó liberada. De inmediato ingresó Pedro, seguido de sus dos compañeros. Una vez dentro, los tres se ubicaron en abanico, tratando de barrer con las linternas toda el área, que se encontraba totalmente a oscuras.

Avanzaron lentamente, sorteando los papeles y libros que estaban en el suelo. Revisaron todo el salón y la cocina que estaba integrada a éste. Había platos sucios y pedazos de pan en la mesa.

John entró en la habitación. Después de unos segundos salió y por fin pudieron hablar:

—Está limpio —dijo.

—Demonios, aquí no hay nadie —concluyó Pedro.

Alan encendió la luz y sólo entonces pudieron ver con claridad el desastre de aquel lugar. Todo el suelo estaba cubierto de papeles de periódico. En las paredes colgaban erráticamente crucifijos e imágenes de Cristo en la cruz.

En medio de ese desorden, un espacio en la esquina de la sala parecía estar

divorciado del resto. Se encontraba ordenado y pulcro. Haciendo ángulo con la pared, había una mesa; por encima de ella, un espejo con marco dorado. El rincón era como una especie de pequeño santuario. Pedro se acercó a examinarlo y notó que sobre la mesa había varios recortes de periódico colocados de manera cuidadosamente simétrica y, al lado de los recortes, un libro con tapas de cuero negro. Pedro se colocó los guantes de látex, tomó el libro y examinó los trozos de diario pegados en él. Todos contenían noticias que aludían a hechos violentos o accidentes. Intentos de asesinato, choques en la ruta, la explosión de una fábrica. Y en todos se mencionaba a una o varias personas que se encontraban en estado delicado. El detective se detuvo en uno en particular. Era el de la chica Letnikova. Bajo el trozo de periódico, podía leerse, escrito a mano:

«Trabajo terminado».

Los tres se miraron. De pronto Alan señaló al espejo. En la parte inferior derecha se encontraba un recorte adherido con cinta, con fecha del día anterior, que mencionaba a un joven internado, en estado de coma. Al lado del trozo de diario, había un papel escrito a mano, decía:

«Souhtland Hospital».

—Creo que lo tenemos —dijo Pedro—. Alan: dile a los de escena del crimen que vengan a revisar todo esto.

A las diez de la noche, Plenton conducía hacia el Departamento de Policía dispuesto a pasar la noche allí por enésima vez. El día había sido agotador, pero no se sentía cansado. El descubrimiento que Pedro y los otros habían hecho le daba un nuevo giro a la investigación. Todo parecía indicar que el Souhtland Hospital sería el próximo blanco de Lancaster. Plenton ya había colocado vigilancia allí, pero nunca se podía estar completamente seguro.

Había tomado hacia el sur el camino de la avenida Lake Shore, desviándose luego por la calle Main. Mientras avanzaba, una idea lo asaltó. Estaba a pocas manzanas de la casa de Eve, quizás unas ocho hasta North Clark y luego dos calles más a la izquierda. Conocía el lugar porque una vez ella había organizado una pequeña fiesta para celebrar los cinco años del equipo de investigación. Fue en esa ocasión en la que Matt conoció a Robert. Lo primero que notó respecto a él fue que su apretón de manos era débil y que no lo miraba directamente a los ojos. Eso no significaba nada, por supuesto, pero Matt tuvo una mala sensación desde aquel primer instante.

La conversación de Robert era pobre y el sujeto tendía a esforzarse de más para que la gente se percatara de su amplio conocimiento de todos los temas habidos y por haber. La realidad era que sabía poco de nada, lo cual lo hacía parecer un sujeto bastante ridículo. Pero la peor impresión que le quedó a Matt fue que aquel hombre no parecía tener gran interés por Eve ni por los niños. En aquel momento se lamentó por ella. Eve era una gran mujer, con mucho para dar, y su esposo no parecía valorarla.

Pedro, menos diplomático que Matt, le había referido a él su opinión sobre Robert con un término en español que lo sintetizaba todo; y no había cambiado su opinión hasta el momento.

Las intersecciones seguían pasando y la idea de girar en North Clark cobraba cada vez más fuerza. Matt la desestimó una y otra vez. Si algo lo



había llevado a ser un detective reconocido por sus colegas era su capacidad de reflexionar fríamente, dejando los sentimientos de lado. Siempre había pensado que las emociones nublan la vista. Y en ese momento Matt sentía su vista nublada.

Casi sin pensarlo, dio vuelta en North Clark y avanzó hasta la altura del 2200. Estacionó frente a la casa de Eve y apagó el motor y las luces. Afuera de la casa se veía el Honda Accord de ella estacionado. No había ningún otro vehículo.

Incómodo, se revolvió en el asiento. Puso en marcha el coche, pero luego lo apagó. Finalmente, se bajó del vehículo y a paso acelerado recorrió la distancia que lo separaba de la casa.

A través de la ventana se veía la luz encendida del salón. Hizo el ademán de tocar la puerta pero frenó el puño a medio milímetro de la misma. Pocas veces había estado tan nervioso. Finalmente tocó el timbre. Los segundos se hicieron eternos hasta que la voz de Eve se escuchó.

—¿Quién es?

Matt podía adivinar que Eve tenía su pistola Walter P99 en la mano derecha.

—Soy Matt, Eve.

—¿Matt?

Eve entreabrió la puerta sin sacar la cadena de seguridad, hasta que pudo verlo.

—¿Matt? Pero ¿qué haces aquí? ¿Sucede algo?

En ese momento él cobró cabal conciencia de lo que acababa de hacer: tocar el timbre de la puerta de la casa de un miembro femenino de su equipo de trabajo, un lunes a las diez de la noche. Ya era tarde para salir corriendo del lugar, aparte de ser una opción poco elegante.

—Pasaba por aquí, y pensé en venir a saludarte... también tengo algunas ideas sobre el caso de la terapia intensiva.

Eve sacó la cadena de seguridad y abrió la puerta. Matt pudo ver la Walter

P99 en su mano derecha.

—Hombre ¿y no podías esperar hasta mañana?

Él se sintió avergonzado y supo que se había sonrojado como un escolar.

—Tienes razón. —Y dando media vuelta se despidió de ella—. Hasta mañana, Eve.

—¡Espera! —dijo ella apresuradamente—. Ya que estás aquí pasa a tomar un café. Tengo uno colombiano. —Sonrió para disipar lo incómodo de la situación—. Mucha cafeína, como te gusta.

El dudó.

—Pero Robert... los niños.

—Robert no está, como siempre. Los niños se encuentran viendo su cuota nocturna de televisión. No tienes de qué preocuparte.

Y abriendo de par en par la puerta hizo un ademán a Matt para que ingresara. Él pasó.

—Gracias. —Y señalando el arma que llevaba Eve agregó—: No pierdes las mañas, ¿eh?

Ella sonrió.

—Nunca. Tuve un buen maestro.

Él se sentó en el pequeño comedor de la cocina mientras ella preparaba el café. El aroma era extraordinariamente agradable. Desde el ventanal que daba al jardín trasero, sólo podía verse la oscuridad de la noche.

Matt todavía se sentía incómodo, pues no sabía exactamente qué lo había llevado allí. Pensó que era mejor sacar algún tema de conversación.

—¿Cómo están los niños?

Eve sonrió. Siempre lo hacía cuando hablaba de sus hijos.

—Están muy bien. Crecen sin parar. Creo que en un abrir y cerrar de ojos partirán a la universidad. —Depositó dos tazas humeantes sobre la mesa y se sentó.

Se hizo un silencio de algunos segundos, pero que pareció mucho más largo. Matt tomó un trago del excelente café y notó que tenía la cantidad de

azúcar exacta.

De pronto Eve preguntó:

—Matt ¿por qué estás aquí?

El dejó lentamente la taza en la mesa y se pasó la mano por el rostro. Decidió ser sincero.

—No lo sé, Eve. No tengo certeza de qué me trajo aquí. Creo que tuve ganas de pasar a verte y... sólo lo hice. Lamento si te he molestado.

—Acaba ya con las disculpas. Estoy contenta de verte. Sólo que algo sorprendida. Tú no eres lo que se dice... sociable.

Matt se recompuso un poco viendo que Eve no estaba contrariada y que parecía hasta divertida.

—¿Sabes, Eve? Ayer, cuando fui a dejar a Sophie a casa de su madre, ella quiso conversar conmigo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me sorprendió mucho lo que me dijo.

Eve dejó su taza.

—¿Y qué te dijo?

—Me dejó entender que desea que probemos nuevamente estar juntos. Ha roto con su novio y dice que no supo valorar la relación que teníamos.

Eve miró a Matt e hizo un momento de silencio. Luego no pudo dejar de preguntar

—¿Y tú qué piensas?

Matt resopló y se inclinó hacia atrás en la silla. Parecía pensativo y confundido.

—Sinceramente, creo que lo nuestro terminó hace tiempo. —Miró hacia la ventana—. Sé que cometí muchos errores cuando estábamos juntos, pero nunca me hubiese divorciado. Sufrí horrores por ello y me costó mucho recomponerme. —Se encogió de hombros—. Lo siento, Eve, no sé si debí venir y decirte estas cosas, creo que algunas veces necesitamos ser escuchados y tú eres la única persona que conozco que sabe escuchar, digo...

escuchar realmente.

Eve sonrió casi imperceptiblemente.

—No te preocupes, me alegra que hayas venido. —Tuvo el impulso de extender su mano y tocarle el brazo, pero no lo hizo—. Y ¿quieres que te diga algo? Creo que tienes razón. Las relaciones tienen un ciclo, y cuando ese ciclo termina ya no hay nada que hacer. Quizás no sea yo la persona más adecuada para aconsejarte ahora, Matt, pero... si me preguntas, creo que lo mejor es seguir cada uno por su lado y no mirar atrás.

Matt miró a Eve a los ojos, por primera vez desde que entró a la casa.

—¿Y tú? ¿Cómo va tu relación con Robert?

Cuando terminó de hacer la pregunta Matt supo cuál era la respuesta que quería escuchar, por más egoísta que eso pudiese resultar. Ella hizo una pausa, tomó la cuchara y revolvió el café, mirando la espuma que hacía.

—Creo que no queda mucho de nuestro matrimonio. Robert es ya un extraño para mí. Creo que sólo es cuestión de tiempo hasta que esto se disuelva.

Matt no quiso dar muestras de lo que sintió al escuchar esa respuesta.

—Eve... quizá nosotros podamos, un día... si tú quieres... hablar y...

Eve lo interrumpió.

—Quizá, Matt... quizá. Cuando solucione mi situación, tal vez hablemos.

—Le sonrió amigablemente—. Ahora debo ir a acostar a los niños.

—Oh, sí. Es tarde. —Se dirigieron a la puerta y él salió al porche—. Gracias por el café... hasta mañana.

—Hasta mañana, Matt.

El Saint Cross Memorial Hospital era una de las instituciones de salud más prestigiosas de Chicago. Laureado por sus avances en investigación y sus impresionantes logros, era conocido mundialmente como un lugar de primera categoría, en todo sentido. Casi todos los médicos que se graduaban habrían dado cualquier cosa por hacer su residencia allí. Pero aquel día no fue noticia por sus honores médicos sino por ser el escenario de dos asesinatos.

Plenton y Pedro habían sido informados del episodio a horas muy tempranas, de modo que se trasladaron directamente a la escena del crimen. Llegaron casi al mismo tiempo y estacionaron en el parking privado del Hospital.

Antes de dirigirse a hablar con los médicos del lugar y con los forenses, hicieron lo que siempre acostumbraban hacer: tomar una primera impresión de la «foto» que ofrecía la escena del crimen. Si bien este primer pantallazo visual nunca era concluyente, permitía palpar el tono del crimen, y generar en ellos una intuición espontánea.

Esta vez el *modus operandi* había sido diferente. En primer lugar, las víctimas era dos. Una de ellas era una enfermera, que yacía en la puerta de la terapia intensiva. Estaba boca arriba, con los ojos abiertos en una expresión de horror. En el centro de su estómago podía observarse una herida punzante, de la cual había manado una enorme cantidad de sangre, dejando rojo el vientre y la falda de la chaqueta blanca. El líquido viscoso había chorreado hasta el suelo, formando un charco oscuro alrededor de la mujer.

El otro muerto estaba dentro de la sala. Se trataba de un muchacho de unos veinte años, que estaba internado por un accidente automovilístico. Esta vez, a diferencia de las otras, el asesino había optado por cortar la garganta del joven. El panorama era ensombrecedor. El tajo dejaba ver la tráquea. El muchacho no debía haberse ni movido en el momento del ataque. Sus

grandes ojeras resaltaban en un rostro lívido que parecía de papel. De la comisura de su boca entreabierta chorreaba un hilo de sangre. La parte izquierda del rostro se encontraba inflamada como un globo violeta y le habían suturado una buena parte de la ceja. Esas heridas eran producto del accidente, pensó Plenton; no habían sido causadas por el asesino.

Matt se acercó a uno de los hombres de Escena del Crimen.

—¿Tenemos algo en particular?

—Lo que se ve, detective. Los dos muertos por desangramiento, la enfermera fue atacada primero y el paciente después.

El hombre se volvió hacia el maletín de trabajo que estaba sobre una silla y sacó una pequeña bolsa para guardar muestras, ofreciéndosela al detective.

—Encontramos esto.

Plenton tomó la bolsa y vio que contenía una pequeña cruz que parecía de plata.

—¿Dónde estaba? —preguntó, devolviendo la muestra al investigador.

—Sobre el cuerpo de la enfermera. Pero apostaría a que no tiene huellas —dijo—. Fue colocada allí adrede; parece una firma, más que un olvido accidental.

—Gracias —respondió Plenton—. Mantenme informado.

El panorama se había tornado más complejo. Ya al mediodía, en la oficina de Homicidios, los cinco integrantes del equipo intercambiaban opiniones. Plenton intervino:

—Creo que la cosa se ha complicado. Esta vez el asesino no ha trabajado limpiamente como en las otras dos muertes. —Señaló su pizarra llena de fotos y notas—. Estamos averiguando datos del muchacho pero, por lo que sabemos, era un chico común, un joven universitario, deportista. Nada que recalcar. En cuanto a la enfermera, creo que se cruzó con nuestro hombre y sufrió las consecuencias. Esta vez el asesino se descontroló. La escena muestra más apresuramiento y violencia que en los casos anteriores.

Pedro agregó:

—Eso puede significar que el tipo se está desquiciando del todo, o que tenemos a dos asesinos que trabajan en hospitales.

Se hizo un silencio. La sola idea de tener que lidiar con dos criminales en lugar de uno ponía los pelos de punta.

—Es posible —agregó Eve.

Pedro prosiguió:

—Por otra parte, como ustedes saben, dimos vuelta el apartamento de Lancaster y encontramos lo que podría ser su próximo golpe, en el Southland Hospital.

—No olvidemos la cruz que dejaron sobre el cuerpo de la enfermera —agregó Alan Layton—. Ese es un detalle nuevo.

Plenton estaba pensativo.

—No lo sé. El tema de la cruz me parece algo teatral. Creo que nuestro hombre la dejó allí para despistar, más que por otro motivo.

Un pensamiento asaltó a Pedro. Podía ser una salida arriesgada, pero también una solución posible para develar el asunto. La planteó al grupo:

—Creo que Lancaster volverá a atacar y tengo una idea para atraparlo — sonrió como solía hacerlo cuando su intuición lo inspiraba.

El grupo hizo silencio. Plenton miró a Pedro, visiblemente interesado en lo que estaba por proponer.

—Habla ya, hombre —le dijo impaciente.

Pedro continuó, cada vez más convencido:

—Creo que debemos retirar la seguridad de la Terapia Intensiva del Southland Hospital y, en su lugar, ir nosotros haciéndonos pasar por personal de la institución. Creo que Alan, John y yo podemos hacerlo.

Eve intervino, evidenciando ciertas dudas sobre el plan.

—No lo sé, Pedro. ¿Cómo sabes que el tipo no se irá cuando vea a alguno de ustedes limpiando el suelo o haciendo algo cerca de la terapia?

Pedro se inclinó hacia delante de su silla, visiblemente entusiasmado.

—Pues no creo que en las otras ocasiones en que ha asesinado el sujeto no haya visto a alguien cerca de la terapia. Seguramente hasta haya saludado a alguna enfermera. Este hombre no se detiene fácilmente, y menos ahora que ha asesinado a cuchilladas a dos personas.

—Pues posiblemente por eso tarde en volver a operar —agregó Eve.

—No lo creo —intervino John, que casi no hablaba en las reuniones—. Creo que este psicópata no puede detenerse. Volverá a intentarlo. Y allí estaremos nosotros.

Plenton mostraba ciertas dudas sobre lo que estaban planificando, tratando de pensar a toda velocidad sobre cómo proseguir.

—Quiero recordarles que me confirmaron que apareció el cadáver de la chica Irina Plutchenko, la amiga de Anya Letnikova. Estaba tirado en un vertedero, fuera de la ciudad. Estoy seguro de que los del Este dieron cuenta de ella. El cadáver está en alto nivel de descomposición, pero quizá puedan encontrarse algunas pruebas que incriminen a alguno de la banda del Caesars Club. Los forenses están trabajando en el cuerpo y quizá encuentren algo. Si es así, tendremos una línea que seguir bastante interesante. No descartemos a



Zlovenko y los suyos, tenían excelentes motivos para liquidar a la chica y al fiscal. Y respecto a nuestro último caso, no conocemos nada aún del muchacho ni de la enfermera, pero no descarto que alguno de ellos pueda guardar relación con estos delincuentes.

Se hizo un silencio, cada miembro del equipo esperaba sus órdenes. Plenton tomó una decisión.

—Haremos lo que Pedro propone. —El aludido sonrió satisfecho—. Desde esta noche, el Southland Hospital no tendrá más guardia de seguridad en la terapia intensiva. Pedro, John y Alan estarán vestidos como el personal del lugar. Seguramente pasarán algunas noches antes de tener suerte. Señores: avisen a sus esposas.

Todos rieron. Plenton agregó:

—Eve, continuarás investigando la desaparición del doctor Parker. No podemos perder esa punta del ovillo. Yo los mantendré al tanto de cómo evoluciona la autopsia de Irina Plutchenko. Si hay algún indicio, caeremos sobre el Caesar Club con todo lo que tenemos.

Mientras Jane hacía la tarea para el día siguiente y Jimmy se entretenía jugando con uno de sus muchos aparatos electrónicos, Eve terminaba de acomodar sus tickets y facturas. La organización familiar estaba en sus manos y ya era tiempo de presentar los informes anuales. Haber vivido tantos años con un contable no le había evitado la tarea.

Jane lanzó un suspiro de satisfacción; había terminado de hacer el dibujo que le había llevado toda una hora. Se levantó de la mesa y fue a mostrárselo a Eve.

—Mira, mamá. Este es el dibujo que nos pidieron de la escuela. Tenemos que mostrar nuestra familia.

Era sorprendente la destreza con la que la niña dibujaba. El cuadro estaba muy bien proporcionado. Jane señaló entusiasmada.

—Mira... aquí estás tú... aquí papá. Y este es Jimmy... y aquí yo. Me hice el pelo un poco más rubio de lo que lo tengo, porque así me gusta más.

Eve rio.

—Me parece muy bien hija, te queda muy lindo tu cabello rubio. —Miró de nuevo el dibujo—. Me gusta muchísimo ¿crees que la maestra te permitirá conservarlo? Me gustaría colgarlo en un lugar especial.

La niña extendió el papel hacia su madre.

—Puedo preguntarle... pero por hoy quédatelo, mamá. Mañana me lo das para llevarlo a la escuela.

Con una sonrisa Eve aceptó el papel y le dio un beso. La niña salió corriendo entusiasmada, probablemente a hacer otra cosa que nada tendría que ver con lo que acababa de terminar.

Eve miró el dibujo y sintió una opresión en el pecho. La tristeza la invadió y, sin quererlo, los ojos se le humedecieron. El solo hecho de ver el dibujo con una familia supuestamente bien constituida la hacía pensar en cómo su

matrimonio se desmoronaba sin que ella nada pudiese hacer. Se angustió aún más pensando que había decidido hablar esa noche con su marido, de una vez por todas, y poner las cartas sobre la mesa.

Ya eran las ocho. Robert había asegurado que esa noche no trabajaría en la oficina. Como si lo hubiese invocado con el pensamiento, Eve escuchó el auto de su esposo estacionar frente a la casa.

Rápidamente se levantó:

—Niños, vayan a ver algo de televisión, pueden acostarse en mi cama, pero sólo hasta las nueve y media. Luego se ponen sus pijamas y se lavan los dientes. —Entre las entusiastas exclamaciones de los hermanos que subían las escaleras, agregó, elevando un poco la voz—: yo iré a darles un beso de buenas noches.

En ese momento, Robert entró en la casa. Se lo veía molesto cuando dejó las llaves en el colgador, al lado de la puerta.

—Hola Eve.

—Hola.

Y, sin más preámbulos, ella embistió:

—Robert, tenemos que hablar; te lo había anticipado. Y el día es hoy. Por favor, ven y siéntate.

Él la miró con un dejo de fastidio en el rostro.

—Eve... por favor, ¿tiene que ser en este momento?

Ella le clavó la mirada. No dijo absolutamente nada, pero su silencio fue una respuesta más contundente que mil palabras.

—Está bien... está bien; dime qué quieres. —Robert se sentó a la mesa y Eve lo siguió.

—No es lo que yo deseo, Robert, es lo que nosotros queremos. Este matrimonio lo hacemos ambos y debemos decidir si tenemos intención de que continúe.

Robert resopló. Era evidente que no buscaba aquella confrontación.

—Está bien, empieza tú. ¿Qué es lo que quieres saber?

Eve pensó que la lista era demasiado larga. Pero decidió comenzar por algo y enfrentar al toro por las astas.

—Necesito saber si todavía me amas.

Robert ladeó la cabeza, con un gesto que daba a entender que la respuesta era obvia.

—Pero Eve...querida, claro que te amo. Siempre ha sido así.

Ella sintió que la tristeza le cerraba la garganta. Lo que Robert le estaba diciendo sonaba vacío, fingido; muy diferente a la forma en que antes solía expresarlo. Ahora sólo parecía un trámite, algo que él recitaba porque se suponía que debía hacerlo. No había ningún sentimiento en sus ojos, y el modo en que encogía los hombros mientras le hablaba contradecía sus palabras.

—Robert, creo que tú no quieres estar aquí, conmigo, con los niños. Estás todo el tiempo en tu oficina y cada vez vienes menos a dormir.

Eve lo miró con ojos penetrantes y levantó imperceptiblemente el tono de voz.

—Robert... la pregunta es ¿crees que soy idiota?

Él la miró dando muestras de sorpresa. Se pasó la mano por el rostro.

—¿Por qué me preguntas semejante cosa?

—Porque he sido sumamente paciente, intentando no pensar lo peor, tratando de sostener todo, de cuidar a los niños, de no fallar en mi trabajo, manteniéndome firme. —Ella dejó caer todo su peso sobre la silla—. Pero ya no puedo más. Y no quiero engañarme a mí misma. Si todo esto se tiene que ir al demonio, pues se irá.

—Evie, cariño...

—¡No me digas cariño! —Eve se levantó de un salto y con una mano dio un manotazo al vaso, que voló contra la pared, haciéndose añicos.

Robert retrocedió y con rostro de inocencia preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—¿Que qué quiero de ti? ¡Quiero la verdad! ¡Quiero que me digas con

quién me engañas y por qué! —Estaba parada frente a él, con la cara lívida y los puños cerrados. Un hombre más perspicaz que él hubiera comenzado a meditar muy seriamente sobre cada palabra que estaba por decir.

Robert se levantó, amenazando con irse hacia la habitación, pero Eve intervino:

—¡No te atrevas! ¡Escucharé de tu propia boca lo que tienes que decirme!

Él volvió a sentarse. Esta vez miró a Eve y con tono amenazante dijo:

—¿Realmente quieres saber la verdad? ¿Realmente quieres escucharla?

—Así es —repuso ella.

Robert hizo una pausa, que pareció eterna y finalmente dijo:

—Pues lamento decirte que es cierto. Estoy saliendo desde hace un año con Geena... Genna White, mi compañera de trabajo. Empezó de repente, sin que ninguno de los dos lo planeara. Ella estaba allí cuando yo la necesitaba. Te juro que no significa nada para mí... tú eres... —Extendió las manos insinuando que era ella en verdad la mujer que importaba.

Eve hizo seña con la mano para que callara. Sentía un nudo que amenazaba reventarle el estómago y su corazón latía a toda velocidad. Una ola de ira subía desde su vientre y recorría todo su cuerpo. Aun así, habló con voz calma, tan calma que presagiaba lo peor.

—Robert, realmente eres muy valiente o muy estúpido al decirle eso a una mujer armada. Te aseguro que si siguiera mis impulsos te metería cuatro balazos en las pelotas, para que tú y todos los que son como tú aprendan a no lastimar a la persona que los ama. —Dio un paso atrás y señaló la escalera —.Voy a acostar a los niños ahora. Mientras lo hago, quiero que hagas tus maletas y te vayas esta misma noche. Lo nuestro ha terminado.

Robert quiso intervenir:

—Pero Eve... Evie...

—Esta noche, Robert. No quiero verte mañana —dijo, y subió presurosamente la escalera.

Pedro se sentía bastante ridículo vistiendo el uniforme blanco del personal de limpieza del Souhtland Hospital. Pero el intento valía la pena. Miró el reloj: las once y veinticinco. Estaban allí desde las nueve. La noche iba a ser muy larga.

Mientras barría, miró disimuladamente a ambos lados del largo pasillo que conducía al área de terapia intensiva. A unos diez metros, limpiando una ventana, estaba John, que por su tamaño más bien parecía un oso pardo tratando de entrar a una casa para robar comida. Del otro lado del pasillo el panorama no era más alentador, el pelirrojo Layton parecía un fósforo gigante encendido en el medio del hospital, pasando la lustradora.

Pedro pensó que si lograban atrapar a Lancaster sería un milagro. Pero, dada la urgencia del caso, no había otra cosa que se pudiese hacer.

Los tres estaban intercomunicados con pequeñísimos transmisores.

Pedro acercó disimuladamente la boca a su cuello, donde estaba oculto el micrófono y dijo en voz baja:

—Estén atentos, puede venir en cualquier momento.

Layton respondió con el estruendo de la lustradora de fondo:

—No escucho, cambio.

John intervino:

—Pues apaga ese trasto, cambio.

—¡Dejen de decir «cambio»! —gritó Pedro—, no es necesario.

Layton apagó la máquina y miró a Pedro, señalándose el oído con el dedo, como diciendo que no escuchaba.

—Por Dios, Alan, enciende de nuevo esa cosa. Olvídense de que les hablé. Efectivamente, la noche sería muy larga.

El olor de la morgue era una mezcla de formol y hedor cadavérico. La mujer muerta, o lo que quedaba de ella, estaba tendida en la mesa de autopsias. Plenton entró justo cuando el forense estaba abriendo el cráneo de Irina Plutchenko. El ruido de la sierra eléctrica era ensordecedor, más aún cuando se combinaba con el sonido del hueso que estaba siendo cortado. Un panorama que, para quien no vivía a diario con ello, resultaba espantoso.

El forense apagó el instrumento y del hueso escapó una nube de serrín acompañada por el efluvio de olor a quemado.

—Hola Matt.

—Hola Glen. —Poniéndose guantes de látex, Plenton señaló con la cabeza el cuerpo sobre la mesa metálica—. ¿Qué tienes de nuestra amiga?

El forense tomó un bolígrafo y señaló un agujero en la frente de la joven muerta.

—Orificio de bala, calibre 40. Pero el disparo fue hecho presumiblemente después de que la chica estuvo muerta o por lo menos inconsciente.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó Plenton, observando más de cerca el agujero y tratando de no respirar demasiado profundo.

—Fue golpeada hasta el cansancio, y luego asfixiada con las dos manos. Diría que un tipo muy grande y muy fuerte. El balazo fue sólo el tiro de gracia. Hubiese muerto igual. —Glen se encogió de hombros, como si lo que describía fuera lo más normal del mundo.

Plenton dedicó una mirada nuevamente al cadáver. No pudo evitar recordar cuando viera a Irina en el Caesars Club. En aquel momento lucía muy bonita. No tendría más de veinticinco años. Una verdadera atrocidad.

—¿Algo debajo de las uñas, doc? —El detective levantó con su mano enguantada uno de los finos dedos de la chica.

El forense parecía haber estado esperando la pregunta y se aclaró la

garganta, satisfecho. Era algo típico de aquellos médicos. No solían dar toda la información de la que disponían de una sola vez, más bien preferían que se les fuese preguntando dato a dato. Es como si necesitaran hablar con alguien, dado que pasaban todo el día con cadáveres como única compañía.

—Ahá, mi amigo detective —sonrió el médico—. Efectivamente, aunque el cadáver está, como verás, en avanzado estado de descomposición, he logrado extraer piel de debajo de las uñas, y calculo que servirá para hacer un examen de ADN. —Mirando a Matt, se acomodó los lentes—. Si tienes un sospechoso, pues la pista está servida.

Plenton sonrió. Tenía un sospechoso, y pensaba seguirlo hasta el final.



Eve se sentía agotada y de muy mal ánimo. Se veía ojerosa y con los ojos enrojecidos por el llanto en soledad. Sin embargo, dejar de cumplir con sus obligaciones como policía no era una opción para ella, de modo que esa mañana se dispuso a visitar a la esposa del doctor Parker, cuya casa se encontraba en un vecindario no muy lejano al suyo.

A media mañana llegó al lugar. Se trataba de un vecindario apacible, sin edificios. La mayoría de los habitantes de la zona ya habían pasado de los sesenta años y esto se notaba por la ausencia de infraestructura dedicada a los niños. No se observaban escuelas ni parques infantiles en los alrededores. Sólo un gran espacio verde en el que una pareja de personas mayores paseaba tres pequeños perros. Las propiedades debían valer una fortuna, calculó Eve, mirando en derredor, no tanto porque ostentaran grandes lujos, sino porque los terrenos eran enormes.

La detective se detuvo frente a un importante portón enrejado. El buzón destinado a la recepción de correspondencia estaba lleno y algunos de los paquetes que contenía habían sido algo aplastados por la puertecilla del contenedor. A un costado del buzón, pintada con números elegantes, se leía la numeración que ella tenía anotada en su libreta.

La casa del doctor Parker ocupaba casi toda la manzana. Tenía un jardín enorme, bastante descuidado, que le daba un aspecto lúgubre. A Eve le pareció que era casi como una de aquellas casas de los cuentos de terror.

Eve miró hacia arriba y calculó que la mansión debía tener unas diez habitaciones. Las dos plantas mostraban al menos cinco ventanas grandes sobre cada uno de los lados que eran visibles desde la reja, además de los ventanales que corresponderían a los salones comunes.

Eve tocó el portero eléctrico. Tras unos segundos, del otro lado se escuchó una voz metálica que crujió por la estática:

—¿Sí?

—¿Señora Parker? —Sólo oyó silencio y el crepitar de la voz metálica—. Soy la detective Eve Miller. Vengo por la desaparición de su esposo.

La voz del otro lado demostró fastidio cuando respondió:

—Detective, la policía ya ha venido varias veces. Todo lo que tenía para decir ya se lo he dicho a ellos, que tenga buen día.

Eve insistió, usando un tono de voz comprensivo y asertivo a la vez.

—Por favor, señora Parker... sólo será un momento.

Pasaron unos segundos más de silencio y luego sonó el timbre que indicaba la apertura del portón. Sin dudarlo, Eve empujó la pesada reja, entrando al parque.

Pudo confirmar lo que había advertido desde fuera. Era un sitio enorme. Había pinos y enebros, y los bordes del terreno estaban adornados por antiguos canteros que Eve adivinaba habrían estado alguna vez llenos de plantas.

En la puerta de la entrada a la casa, muy erguida, la esperaba la señora Parker. A pesar de que lucía cansada, era evidente que había sido una mujer muy bella. Hoy, los años y la preocupación en el rostro habían dejado sus surcos, reclamando aquella belleza.

La mujer la saludó inclinando la cabeza y le hizo una seña indicando que pasara. Una vez dentro de la casa, Eve pudo ver que se trataba de un lugar decorado exquisitamente. A diferencia de lo que sucedía con la estructura externa, el interior estaba bien cuidado. Alfombras persas y maderas nobles revestían la sala de ingreso y los muebles, aunque anticuados, eran de una muy fina calidad.

La mujer pidió a Eve que la siguiera, y juntas caminaron hasta una acogedora sala de recepción.

Luego de invitarla con un té, la esposa del doctor se dispuso a conversar.

—Lamento molestarla señora Parker. Sé que la han estado visitando varios de mis colegas.

—No sólo visitando —agregó la mujer—, sino dejando entrever toda clase de ideas extrañas respecto a Elmer.

La mujer se acomodó el pequeño chal que llevaba sobre los hombros y prosiguió:

—Disculpe usted que le diga lo que pienso de sus colegas, detective Miller, pero han sugerido que Elmer podría haberse ido con otra mujer, o suicidado, o que yo misma podría haberlo matado. Claro que esto último no lo han dicho directamente. Pero me han hecho sentir muy mal. —La mujer tomó un sorbo de té con las manos temblorosas.

Eve notó el verdadero cansancio en la señora Parker. Sus ojeras eran recientes y se notaba que había estado llorando sin parar.

—Le pido disculpas por lo mal que mis colegas puedan haberla hecho sentir. Yo no estoy aquí para expresar ninguna hipótesis, sino para tratar de ayudar a encontrar al doctor Parker. Dígame... Sylvia es su nombre, ¿no?

—Sí, así es. —El rostro de la mujer pareció relajarse un poco.

Eve era una persona comprensiva y que nunca había gustado de invadir la intimidad de los demás para acribillarlos a preguntas. Prefería, si el caso lo ameritaba, ir despacio y respetuosamente.

—Dígame, Sylvia, ¿notó algo extraño en su esposo antes de que desapareciera?

La mujer echó la cabeza hacia atrás en un esfuerzo de pensamiento que ya había hecho mil veces.

—No, detective.

—Eve —suavizó ella.

—No, Eve. Como le dije a los otros policías, Elmer no es lo que se dice un hombre convencional —reflexionó un momento—. No es difícil encontrar algo raro en él. Desde sus mismos experimentos, hasta su compulsión al trabajo. Suele quedarse hasta altas horas de la noche en el instituto, tiene teorías bastante... extravagantes sobre las cosas, usted me entiende ¿no? Elmer no es un hombre tan común, no.

—¿Suele él comentar sus experimentos y experiencias con usted?

La mujer respondió, dando muestras de abatimiento.

—Pues no... no siempre, no. Sólo menciona a veces las ideas nuevas y cómo esas ideas revolucionarán el campo de la parapsicología y el de la ciencia en general. Pero no me dice mucho sobre los aspectos diarios y cotidianos de su trabajo. ¡Imagínese! Muchas cosas no las entiendo, son experimentos complejos. Por lo general no va más allá de decirme cuán bien o mal le ha ido en el instituto ese día.

—¿Tiene su esposo un laboratorio aquí?

La mujer la miró y señaló una puerta cerrada a la derecha de la sala.

—No, pero está su escritorio. Si usted quiere puede pasar a verlo.

Eve se sintió entusiasmada, pero no lo demostró. Bajó la taza con calma y aceptó la invitación.

—Por favor, Sylvia, quisiera verlo.

La diferencia de temperatura entre la cálida casa y la habitación cerrada hizo estremecer a Eve. La mujer debía haberla cerrado tras la desaparición del doctor. Un pesado escritorio de roble ocupaba casi todo el espacio. Encima de este, algunos libros y papeles con anotaciones hacían pensar que el doctor acababa de levantarse de su sillón. Sólo un pequeño florero con violetas marchitas hablaba de que ya había pasado un tiempo desde que Parker no iba allí. El escritorio era bastante grande, pero empequeñecía a la vista por los enormes estantes que cubrían las paredes, conteniendo libros de todo tipo, cubiertos de polvillo. Eve se acercó a leer el título de algunos:

«Telequinesis y fenómenos de movimiento».

«Visiones y experimentación de vivencias futuras».

«Energías del bien y del mal».

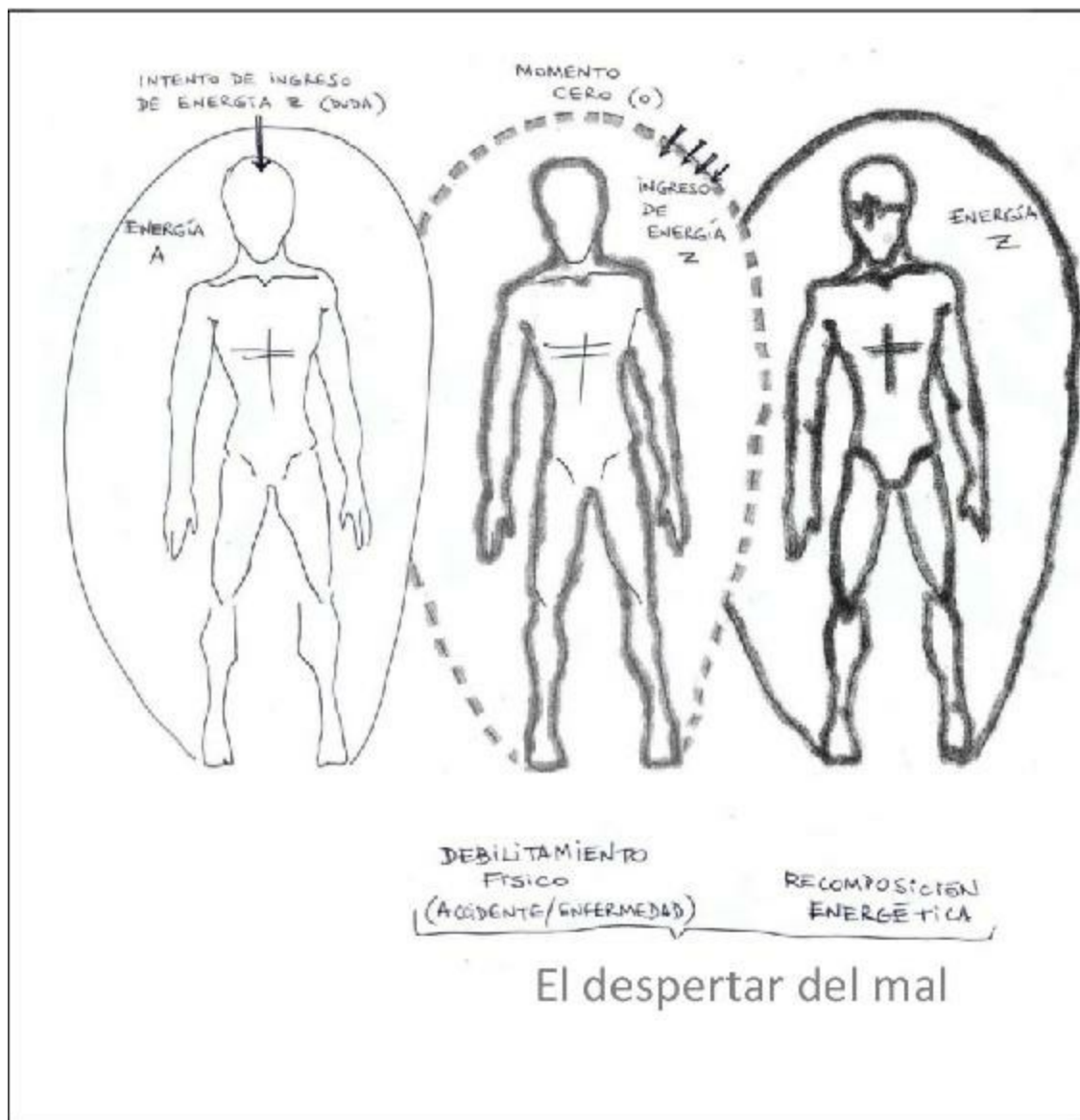
Eve se detuvo en el último libro, grande y pesado. Sin dudarlo mucho preguntó:

—Sylvia ¿puedo llevarme este libro conmigo, sólo unos días?

La mujer se notaba resignada:

—Llévelo, pero cuédelo muy bien, por favor. Es uno de los que Elmer ha estado leyendo últimamente, si no me equivoco.

Eve repaso rápidamente todos los papeles que había sobre el escritorio y sobre una mesa aledaña. Revisó más títulos de libros, miró algunas carpetas, pero no vio nada que indicase alguna pista. De pronto, su mirada se concentró en una carpeta color naranja, de la que sobresalía una hoja que tenía dibujada una silueta de un hombre. Eve cogió la carpeta y sacó la única hoja que tenía dentro. Lo que vio llamó su atención:



Esta imagen agregaba información sobre la teoría de Parker, que él había evitado comentar durante la conferencia que ella y Matt escucharon. Algo le indicó que ese dibujo no era casual y que contenía datos que podían ser útiles en la investigación.

Doblando el dibujo avisó a la señora Parker:

—Sylvia, me llevaré esto también. Lo cuidaré y lo devolveré intacto, se lo prometo. Creo que he terminado. Muchas gracias.

Finalmente tenían una pista certera. El ADN encontrado en Irina había coincidido con el de Big Bear, tomado ocho años antes por un caso de asesinato que no había sido resuelto.

Un conjunto de diez uniformados estaba formado del otro lado de la calle del Caesars Club. Las dos esquinas habían sido bloqueadas por autos de la policía de Chicago y otros tres patrulleros y un camión del grupo SWAT se alineaban a modo de barrera de protección de los agentes. A las cuatro de la tarde el Caesars estaba cerrado al público, pero la actividad dentro del lugar sin duda bullía.

Otros diez policías se habían ubicado en los techos de los edificios adyacentes al club y en el callejón lateral. Vigilaban puertas y ventanas, sabiendo que en el lugar no sólo se encontraban los sospechosos sino también un grupo de mujeres, víctimas inocentes que no debían resultar lastimadas. La operación que había propuesto Plenton era más que delicada.

El detective explicó al jefe del grupo SWAT, un hombre fornido, curtido en mil enfrentamientos como aquel:

—Podemos encontrarnos con resistencia. De ser así, usen la fuerza. — Miró alrededor verificando que cada efectivo estuviese preparado—. No se trata de delincuentes menores, debemos movernos con cuidado

Plenton se puso su chaleco sobre la camisa blanca arremangada. Nunca entraba a una operación sin el antibalas. Y si bien los del grupo comando entrarían primero, asegurando el lugar, no tenía sentido arriesgarse. El chaleco lo había salvado en más de una ocasión, aunque sabía que el terrible dolor del balazo no se amortiguaba. Aun un calibre moderadamente alto podía romper fácilmente una costilla, y eso significaba permanecer inactivo por varios días.

Plenton y los del grupo SWAT se acercaron a la puerta del Caesars Club.

El jefe del comando táctico aporreó la puerta y gritó:

—¡Policía de Chicago, abran la puerta! ¡Tenemos una orden de arresto para Anthony Roach! Y reforzó... ¡Big Bear, sal de ahí con las manos en alto!

El silencio se hizo eterno.

Plenton hizo una seña con la cabeza hacia la puerta de reja. Dos de los oficiales del grupo comando la tiraron abajo con un ariete táctico. De inmediato todos los efectivos entraron corriendo en una formación perfecta. Apenas pasaron el umbral, recibieron desde adentro una ráfaga de ametralladora, que dio de pleno en uno de los policías, e hizo que el resto se replegara. El sonido de los disparos era del inconfundible AK 47, uno de los fusiles de asalto rusos de mayor eficiencia.

Plenton gritó:

—¡Cuidado, repliéguense y disparen!

El sonido de las ametralladoras MP5 de los policías no se hizo esperar. De allí en adelante todo fue un pandemónium. El lugar estaba en penumbras y la acción de las armas de fuego había comenzado a generar un humo que dificultaba aún más la vista.

El polvillo proveniente de las paredes destrozadas por los disparos dificultaba la respiración, además de complicar aún más la visibilidad. Plenton podía oír el silbido de las balas a su alrededor y recibía el impacto de los trozos de mampostería que se desprendían de las paredes. El olor a pólvora inundaba el lugar.

Todo era una pesadilla. Detrás de la barra de tragos, dos hombres fuertemente armados disparaban en abanico prácticamente sin protegerse. Varios maleantes más hacían lo propio parcialmente ocultos tras las mesas y desde una de las ventanas de la oficina del entresuelo, que daba al salón. Apostaban a acabar con los policías para poder huir del lugar, y del infierno de la cárcel.

De pronto dos delincuentes se desplomaron, uno tras la barra y otro desde la ventana de la oficina hacia la planta baja, golpeando espantosamente contra



el escenario. Plenton pensó que aquello no terminaría pronto y pidió refuerzos a gritos, por la radio.

El rugido interminable de las armas automáticas amortiguaba los alaridos de los heridos y, desde algún lugar en el fondo del edificio, se oían gritos aterrorizados de un grupo de mujeres.

De pronto el fuego cesó y ocho uniformados más se precipitaron hacia la puerta de entrada. Plenton hizo una seña a los policías que acababan de ingresar, indicándoles que se desparramaran por el lugar, apostándose en posición de fuego. Tenían que reducir a los delincuentes y, más importante aún, llegar a donde estaban las muchachas y rescatarlas sanas y salvas. En ese momento deseó intensamente que ningún inocente saliera herido, pero dada la fuerza de la violencia de los criminales acorralados entendió que era bastante improbable.

De repente, comenzaron a escucharse disparos que provenían de la puerta que daba a las habitaciones privadas del club. Buscando resguardo contra una pared, Plenton observó que en un rincón yacía uno de los oficiales que había sido herido al ingresar. Notó que aún respiraba. Se encontraba en grave estado pero estaba con vida. Cruzó la línea de fuego y tomó al policía caído de un brazo, arrastrándolo a lo largo de todo el pasillo, desandando el camino que habían atravesado para entrar en el club. Sobre su cabeza, los balazos producían un ruido escalofriante.

Ya fuera del edificio, y al ver al detective acarreado al herido, dos de los efectivos que guardaban el frente intentaron acercarse, para dar ayuda. Sin embargo, sus movimientos se veían restringidos por los disparos que ahora provenían de las ventanas del primer piso.

El peso del herido hizo rechinar los dientes de dolor a Plenton. «Maldita rodilla» pensó, y rogó que no lo abandonase justo en aquel momento.

Hizo un último esfuerzo sobrehumano, ignorando el dolor que le nublaba la vista, y logró poner al hombre a resguardo. En ese instante, el sonido de las AK47 cesó. Había terminado, pensó Matt. Dejó al hombre herido al cuidado de sus compañeros y gritó un alto al fuego. Hizo una seña con el dedo, dando

a entender que aseguraran el edificio mientras por radio hablaba con los oficiales que aún estaban adentro. Ordenó que arrestaran a quienes quedaban con vida, e inmediatamente se comunicó con la brigada que se haría cargo de atender a las víctimas. Las mujeres necesitarían apoyo y cuidados, después de todo lo que habían vivido.

Todos los equipos se apresuraron a seguir sus órdenes de acuerdo al protocolo. Pero apenas estaban comenzando a desarrollar el movimiento, una de las ventanas del primer piso se abrió de golpe y pudo verse la enorme figura de Big Bear. En sus brazos sostenía una ametralladora de pie, 7,62 mm Pecheneg, capaz de destruir vehículos ligeros de guerra. Un arma de exclusivo uso militar, que aquel monstruo sabía usar perfectamente.

Como un loco, el oso comenzó a gritar y a disparar al mismo tiempo, mientras la ristra de balas que colgaba de sus hombros se iba consumiendo. El tiroteo era infernal y desigual. Los coches patrulla recibían los balazos, sacudiéndose como gelatina y llenándose de agujeros al ritmo de las ráfagas.

Intentando hacerse escuchar en el terrible estruendo, Plenton se comunicó por radio con uno de los hombres que estaban apostados sobre el frente. La orden sonó seca y decidida:

—¡McKenzie: bájalo ya!

Detrás de uno de los patrulleros, con la vista fija en la mira telescópica y el pulso firme, se encontraba el mejor francotirador con el que contaba el Departamento de Policía de Chicago. En sus manos descansaba un rifle Sako, de alta precisión. Malcom McKenzie era conocido por su increíble puntería y la frialdad con la que desarrollaba su labor. Era capaz de darle a una moneda de un dólar a doscientos metros, previo cálculo de la incidencia del viento, la temperatura y la trayectoria de la bala. Había servido al ejército en Irak y allí había ejecutado a más de cien enemigos. Con esos antecedentes, la cabeza de Big Bear, a veinticinco metros de distancia, era un blanco ridículamente fácil para él.

Apuntó lentamente, contuvo la respiración y disparó. La bala dio en la frente del Oso, abriéndole un enorme orificio rojo y haciéndolo desplomarse

de inmediato. En el mismo instante, otros dos policías dispararon sendas bombas lacrimógenas al interior del edificio. Eso terminó con el caos.

Finalmente, el humo comenzó a disiparse y se acalló el estruendo de las balas y la destrucción.

Luego de unos minutos, la puerta del edificio se abrió. El primero en salir, levantando las manos, fue Mijail Zlovenko, luego salieron cuatro de sus hombres, bastante heridos y escoltados por los hombres des SWAT, que llevaban puestas sus máscaras antigás. Finalmente, aparecieron unas veinte chicas. Algunas de ellas, casi niñas, estaban en estado de shock y debían ser sostenidas por los efectivos policiales. Todas se habían visto afectadas por el humo lacrimógeno pero no habían recibido ningún daño mayor. Matt suspiró aliviado. La imagen de las mujeres era desoladora, a causa de la permanente ingesta de drogas y la infame vida que llevaban allí. Se las veía desesperadas.

Cuando los delincuentes fueron esposados, Plenton se acercó a Zlovenko y en voz firme le dijo:

—Despídete de tus negocios, maldito gusano: estás muerto.

La camarera dejó el café en la mesa de Eve, que agradeció con una sonrisa. El bar de Goose estaba casi vacío. Era un buen lugar para concentrarse en el libro que había encontrado entre las cosas de Parker.

Por alguna razón, pensaba que ese texto podía contener alguna información, alguna clave que permitiese dar cuenta de los últimos movimientos del desaparecido doctor.

La tapa contenía el título y una ilustración de un contorno de figura humana, tapándose el rostro con las manos. Parecía una persona en conflicto entre dos fuerzas. El dibujo le pareció sugestivo. Eve abrió el texto en el índice y leyó:

*Capítulo 1: El ser humano, el bien y el mal...12*

*Capítulo 2: Las acciones y sus consecuencias...45*

*Capítulo 3: Experimentaciones en primates superiores...89*

*Capítulo 4: El despertar del mal...180*

*Capítulo 5: Conclusiones y datos experimentales...243*

No tenía tiempo de leer todo el volumen, pero uno de los capítulos llamó su atención. Abrió el libro en el capítulo cuatro, en la página ciento ochenta, «El despertar del mal», y comenzó con el primer párrafo:

*Durante cientos de años se ha intentado dar cuenta de las razones por las cuales las personas obran de modo cruel, desalmado y criminal. Desde las explicaciones de la edad media, referentes a la posesión demoníaca, hasta los intentos por localizar el doble cromosoma (YY) en los delincuentes violentos, con poco éxito, aunque con unos casos confirmados de forma aislada. En medio, entre estos polos explicativos, cientos de teorías han intentado arrojar luz sobre el origen de la conducta criminal o, como lo llamamos menos eufemísticamente en*

*este libro, el despertar del mal.*

Eve dio un sorbo al café, y continuó leyendo.

*Son célebres las explicaciones de tipo médico, que dieron lugar a la antropología criminal. Explicaciones como las del doctor Cesare Lombroso, que creyó encontrar en la forma del cráneo humano un elemento explicativo y a la vez predictor de la conducta criminal. Lombroso sostenía —en 1876— que el delincuente presentaba una regresión a un estado evolutivo anterior del ser humano, en el que se daba una conducta criminal innata. En este contexto, el criminal podía ser reconocido por ciertas características de su cráneo, entre ellas, un hiperdesarrollo del cerebelo, la asimetría del rostro, y dentición fuera de lo normal.*

*Ya desde otro enfoque, las más recientes teorías psicológicas y sociales nos hablan de la relación que desde niño se establece con el contexto familiar y social. Se encuentran así relaciones anormales y violentas entre el infante y sus progenitores, lo que estaría predisponiendo a la violencia como único modelo de vínculo que establecerá la persona a futuro. Dicho de otro modo: en un contexto de violencia y de carencia absoluta de afecto sólo se pueden criar personas agresivas y desalmadas, que ejercerán conductas criminales sin la menor de las culpas.*

Eve se sentía cada vez más entusiasmada en lo que leía. Recordó los casos de delincuentes violentos que había estado revisando: James, torturado por su abuela, Preston y González, ambos golpeados salvajemente por sus padres. Dio vuelta a la página y prosiguió:

*Todas estas explicaciones resultan parcialmente posibles. Sin embargo, no han sido capaces de explicar —en un nivel holístico— la predisposición a actuar inhumanamente y de manera criminal.*

*Nuestra postura, acorde a lo que venimos exponiendo en este libro, es que las conductas criminales, aun las más aberrantes, son producto de*

*una orientación total del organismo y la mente hacia la acción malvada.*

*Todos los delincuentes presentan una compulsión a actuar fuera de las normas y muestran una absoluta ausencia de culpa, que es el mecanismo inhibitorio de las acciones antisociales. Experimentalmente, encontramos una fuerte tendencia a conseguir metas individuales por encima del patrón comunitario. Eso es: el criminal muestra una total orientación hacia sus objetivos y, para lograr éstos, engañará, robará, matará y mutilará, acciones todas que serán medios o fines en sí mismas.*

*No nos interesa aquí abrir juicio de valor sobre el bien y el mal, sólo intentar explicar cuál es el origen de este último. En nuestras investigaciones (ver capítulo siguiente) logramos identificar un patrón recurrente en todos los criminales. Dicho patrón consiste en que todos han pasado por una situación que los ha puesto al borde de la muerte. Todos han visto su vida casi truncada, por un accidente o enfermedad, de modo tal que han pasado por un período de intensa debilidad psicofísica.*

Eve se detuvo un momento y recordó el papel de Parker con los dibujos que mencionaban algo sobre la muerte y el mal. Recordó nuevamente los expedientes de los asesinos en serie: Slaver y James habían estado un buen tiempo en estado de coma, al borde del deceso. Quiso continuar para ver hasta dónde llegaba el capítulo.

La camarera se acercó a su mesa, Eve se sobresaltó cuando la muchacha le preguntó:

—¿Va a tomar algo más?

—Sí —respondió Eve—, otro café, gracias.

Y, casi automáticamente, continuó leyendo:

*Estar al borde de la muerte puede hacer que todo el psiquismo y la energía de un sujeto cambien. No sabemos con precisión cómo sucede, pero estamos casi seguros de que ese estado de padecimiento en el que*

*se encuentra un sujeto moribundo, tiene algo que ver con su transformación en un sujeto malvado.*

Eve terminó de leer el párrafo y cerró el libro. La teoría que allí se presentaba era la que el doctor Parker había sugerido en aquella conferencia que ella y Matt presenciaron. También coincidía con los dibujos y esquemas que había encontrado entre los papeles del científico.

¿Había descubierto Parker el origen del mal y la manera para predecir quién se convertiría en un delincuente peligroso para la sociedad?

Ahora más que nunca, Eve estaba convencida de que algo vinculado a esa teoría estaba relacionado con la desaparición del doctor. Y las visitas de éste a la penitenciaría podían ser la clave del asunto.

Ya era la sexta noche en que Pedro, Alan y John esperaban —sin éxito— que Lancaster se presentara en el Southland Hospital. Los tres habían pasado hora tras hora simulando limpiar, fregar y aspirar durante seis largas jornadas nocturnas sin que hubiese vestigios, siquiera, de la presencia del misterioso médico.

Pedro encendió por enésima vez la aspiradora y comenzó su labor. Como siempre, a unos quince metros, Alan Layton fregaba una ventana y, hacia el otro lado, a similar distancia, John Forces pasaba un estropajo con lejía sobre el suelo del hospital. Pedro pensó que si no atrapaban a Lancaster, por lo menos habrían aprendido bastante sobre logística de limpieza de grandes superficies en establecimientos de salud; aunque ese conocimiento resultara absolutamente inútil en su labor como policía.

Sólo fue un momento de distracción, un segundo en el que Pedro prestó más atención al sonido de la aspiradora que a lo que sucedía alrededor, pero cuando levantó la vista pudo divisar de reojo una figura vestida de médico que doblaba por el pasillo cercano a Alan, que en ese momento miraba hacia donde estaba Pedro.

Rápidamente llamó a Layton a través del micrófono oculto en el cuello:

—Atención, Alan, detrás de ti, creo que ha pasado alguien.

Alan se dio vuelta a toda velocidad y comenzó a caminar hacia el pasillo por donde había pasado la figura sospechosa.

Pedro volvió a hablar en voz muy baja:

—John, atento, Alan va detrás de un sospechoso, yo le sigo. Quédate donde estás, por si vuelve hacia aquí.

Y, sin decir nada, apagó la aspiradora y se dirigió rápidamente hacia donde había ido Layton.

Sus pasos eran lo único que resonaba en el ambiente, que lucía sombrío,



apenas iluminado con algunas de las luces fluorescentes empotradas en el cielorraso.

Dio la vuelta por el pasillo, pero Alan ya no estaba a la vista. Entonces comenzó a apurar el paso. Tenía un feo presentimiento sobre la figura que había visto fugazmente.

El corredor tendría unos veinte metros y culminaba en una doble puerta vaivén sobre la que se encontraba ubicado un gran cartel que decía UTI (unidad de terapia intensiva). Pegado a la pesada puerta estaba de pie Alan, que le hizo señas con una mano para que se acercara, mientras con la otra hacía el ademán de guardar silencio, con el dedo índice cruzando la boca.

Pedro apretó el paso hasta cubrir la distancia que lo separaba de Layton. Cuando llegó hasta él, Alan señaló la puerta vaivén:

—Está allí... entró hace un instante y creo que no me vio.

—Vamos ya —dijo Pedro.

Ambos sacaron sus armas. Pedro apoyó su mano en una de las puertas y comenzó a abrirla muy lentamente. Despacio, muy despacio, Alan se introdujo primero en la sala de terapia pegando la espalda contra la pared de azulejos. El sonido de los monitores y los ronquidos apagados de los pacientes era todo lo que se oía. No había enfermeras por ningún lado, lo cual le resultó extraño a Pedro. Miró hacia adentro. Había un pasillo al que daban unas veinte camas separadas por cortinas. El olor a desinfectante invadía el lugar. Ambos entraron y comenzaron a caminar por el corredor sin hacer ruido.

Mirando a izquierda y derecha, cama por cama, fueron avanzando hacia la pared del fondo de la sala. Uno de los enfermos los miró sin comprender. Pedro le hizo señas de que guardara silencio.

Lentamente, en posición de disparar, se acercaban al final del pasillo, cuando de pronto, a la izquierda, Pedro lo vio: el hombre de pelo gris —el doctor Lancaster— estaba arrodillado frente a una de las camas tomando la mano del enfermo que la ocupaba, que parecía inconsciente. De inmediato Pedro gritó:

—¡Quieto!... ¡Policía!

Lancaster levantó la vista de golpe y su rostro se horrorizó. Gritó:

—¡Soy el mensajero de Dios! —Estaba pálido y tenía los músculos de la mandíbula contraídos—. ¡Déjenme tranquilo! ¡Soy su... soy su mensajero!

Alan se abalanzó sobre Lancaster y lo sujetó, tirándolo boca abajo contra el suelo.

Pedro comenzó a decir en voz alta:

—Tiene derecho a permanecer callado... de lo contrario, todo lo que diga podrá ser usado en su contra...

Lancaster emitía unos chillidos aterradores, mientras alternaba con frases:

—¡No... déjenme... tengo que salvarlo... soy el mensajero de Dios, soy su mensajero! —Se retorció tanto que a Layton le costaba sostenerlo.

A pesar de su edad y su físico delgado, el hombre mostraba una fuerza casi sobrehumana. En el medio del procedimiento, Lancaster logró darse la vuelta boca arriba y con su pierna derecha pateó la cara de Alan, que instintivamente retrocedió. El doctor se levantó y arremetió contra Pedro, empujándolo con todas sus fuerzas hacia la pared. Luego salió corriendo a una velocidad increíble, por el pasillo de salida de la terapia intensiva. Pedro se recompuso y lo siguió, apuntándole con su arma.

—¡Quieto o disparo! —gritó.

Pero Pedro era incapaz de dispararle por la espalda a un hombre desarmado, por más peligroso que éste fuera. Por ello emprendió la persecución de Lancaster, que gritaba como un enajenado.

—¡Dios, ayúdame... ayúdame!

La carrera duró unos pocos metros, cuando en la desembocadura del pasillo apareció John Forces. Lancaster frenó su carrera. Pedro también se detuvo, Alan ya se dirigía a la salida más próxima temiendo que Lancaster lograra burlar a los otros dos. El perseguido quedó entre Pedro y Forces, dudando unos segundos qué hacer. El instante pareció eterno, hasta que Lancaster arremetió corriendo a toda velocidad hacia el lado de Forces, que

también comenzó a correr hacia él.

Cuando ambos chocaron el impacto fue tremendo, e hizo que Lancaster rebotara contra el enorme cuerpo del policía, saliendo despedido dos metros hacia atrás y cayendo al piso, casi desvanecido. De inmediato, Pedro y John lo redujeron. El hombre ya no tenía fuerzas para huir, sólo sollozaba en el suelo.

El vidrio espejado de la sala de interrogatorio permitía ver la figura de Mijail Zlovenko sentado solo, esperando ser interrogado. La luz del techo iluminaba tenuemente la mesa metálica y las dos sillas que componían todo el mobiliario del reducido espacio. La sólida puerta contaba con una pequeña claraboya que dejaba ver parte del rostro de un policía de guardia, del otro lado.

Matt ingresó a la sala como una tromba y se paró frente al mafioso, lo miró y decidió usar con él una estrategia agresiva:

—Vamos al grano, basura. —Plenton le hablaba muy cerca del rostro—. Quiero que me digas todo lo que sabes de estas chicas que estaban en tu club. —Arrojó sobre la mesa una carpeta que dejaba ver las fotos de Anya Letnikova e Irina Plutchenko tendidas en la mesa del forense—. Tenemos como mínimo una docena de delitos federales que has cometido. Yo mismo me encargaré de que no salgas nunca de prisión.

Zlovenko encendió un cigarrillo y miró desafiante al detective.

—No me asusta, detective. —Soltó una bocanada de humo—. Sé que iré a la cárcel. Pero tengo mucho dinero para pagar abogados con los que usted ni siquiera podría soñar. Además, hay gente que está muy por encima de usted que espera hacer grandes tratos conmigo, a cambio de unos cuantos nombres. —Soltó la ceniza sobre el suelo de granito—. Estaré unos años preso, en una celda de privilegio, y saldré bajo palabra por buen comportamiento, o lo que es mejor, entraré en un programa de protección a testigos. —Sonrió con el cigarrillo entre los labios—. ¡Vacaciones pagas!

Plenton se sentó. Tuvo que calmarse internamente. No quería demostrar a aquel delincuente que su petulancia lo alteraba.

—Pues veremos cómo lo haces, infeliz, esta vez no podrán salvarte tus abogados ni ningún juez pedófilo que hayas tenido como cliente. —Lo miró

fijamente a los ojos mientras tomaba la carpeta para comenzar a hacer preguntas, pero antes de que pudiese continuar, Pedro ingresó en la sala de interrogatorios.

—Matt, necesito hablar contigo.

Plenton miró a Pedro como si éste le estuviese jugando una broma pesada.

—Estoy trabajando aquí, amigo, lo siento.

—Hay algo importante que debes saber. Sólo llevará un minuto.

A regañadientes, el detective salió de la sala. Cuando estuvieron fuera, Pedro le comentó sobre la captura de Lancaster.

—¡Es excelente! —exclamó Plenton—. Pero podrías haber esperado a que terminara con este maldito.

—No hay nada que terminar —dijo Pedro con un gesto de fastidio y mirando hacia abajo—. Acabo de cruzarme con la Fiscal Anne Madison y me dijo que harán un trato con Zlovenko. Le darán protección a cambio de que testifique contra los peces gordos que manejan todo el asunto de la trata de mujeres. Como tú bien sabes, hay hasta senadores involucrados.

—¡Maldita sea! —gritó Plenton—. No podemos dejar que salga libre. Él es el autor del secuestro y prostitución de vaya a saber cuántas chicas.

Plenton se sintió descompuesto. Zlovenko no era un delincuente menor, sino la peor gangrena de la sociedad. Y no tardaría en volver a sus negocios.

Pedro no pudo mirarlo a los ojos. Conocía muy bien a su jefe y sabía que él nunca había aprobado los tratos que las autoridades hacían con traficantes y asesinos con tal de atrapar a los grandes cabecillas y con ello hacer mucho ruido en los medios de comunicación.

—Déjalo así, viejo —dijo Pedro, palmeándole el brazo—. Tú sabes cómo funciona esto. Interrogemos a Lancaster y quizá de él saquemos algo útil. Creo que está metido hasta el tuétano con los casos de la terapia intensiva. Lo agarramos *in fraganti* en el Southland Hospital.

Plenton se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula hasta causarse dolor. Trató de relajarse un poco.

—Está bien, amigo, está bien. Hablaremos con Lancaster.

Eve conducía pensativa por la calle Adams hacia el departamento de policía. Todos los datos que había reunido el equipo daban vueltas en su cabeza, tratando de acomodarse. Pedro le había avisado de la captura de Lancaster, Zlovenko estaba detenido y el doctor Parker desaparecido. Siempre le sucedía lo mismo cuando un caso no era simple ni lineal. En esos casos difíciles, la información se amontonaba en su mente como un rompecabezas gigante, hasta que sin saber cómo ni porqué los datos se acomodaban y le daban una pista directa que casi siempre conducía al culpable. En este caso, la información no se había ordenado aún. Todo resultaba probable pero no certero.

Se dispuso a dejar de pensar tanto en el tema, dado que así no lograría nada. Debía poner su mente en pausa. Se relajó un momento y encendió la radio del coche. El familiar sonido del blues de una estación local la sumergió en el espíritu de Chicago; James Cotton la hipnotizaba con los sonidos de su armónica y le daba marco a la imponente imagen que veía a través del parabrisas. A las seis de la tarde, la luz comenzaba a irse y el cielo adquiría tonos verdeazulados.

Por un momento, Eve se permitió disfrutar de la belleza del atardecer en la ciudad del viento, y del maravilloso lamento de su música.

De pronto un pensamiento asaltó su mente: había algo que todavía no había hecho. Probablemente Matt no lo aprobaría, pero aun así tuvo el presentimiento de que le faltaba una pista importante por revisar. Apagó la radio y una larga nota musical murió en el instante.

Lentamente giró hacia la derecha y estacionó su vehículo. Tomó el teléfono y llamó a Peggy, una de las asistentes de Plenton. La mujer se dedicaba exclusivamente al rastreo de información en la red. Y era realmente brillante en su trabajo. No había dato que no pudiera hallar en segundos.

—Hola Peggy, soy Eve. Necesito que averigües una dirección: el nombre es Steve Smith.

—¡Hola Evie! —contestó Peggy—. De inmediato, Smith... Steve... Steven... ¡me traes una difícil! ¿eh? ¿Cuántos Smith puede haber en Chicago? ¿Dos? ¿Dos mil? —rio a través de la línea—. Espero que no sea otra apuesta de Pedro, Evie, porque va a volver a perder. —Eve rio también—. A ver, linda, algo de ayuda aquí: ¿cuántos años tiene tu Smith?

Del otro lado del teléfono, Eve podía escuchar los dedos de Peggy tecleando en la computadora. Eve hizo un cálculo rápido.

—No menos de veinticuatro y no más de veintiséis... entre veinticuatro y veinticinco, diría. —El sonido de las teclas era frenético del otro lado del auricular.

—¿Profesión?

—Estudiante graduado... trabaja en el IIP...

No pasaron más de treinta segundos hasta que se oyó la voz:

—Espero que me hayas tomado el tiempo Evie, linda. Anota: 1858 North Winnebago Avenue, a media manzada de la estación de tren, tercer piso, apartamento 5. —Peggy estaba muy orgullosa de su impecable eficiencia.

—¡Gracias Peggy! Te debo una.

Eve decidió que iría al apartamento del ayudante de Parker. No tenía orden de registro, pero podía presionarlo para entrar y husmear algo. Incluso la actitud de Smith, respecto de si colaboraba o no, le indicaría algo sobre si el chico tenía información acerca de la desaparición del médico.

Giró el volante. Antes de arrancar, el pitillo de su celular sonó. Era un mensaje de texto de Pedro, que decía:

«¿Dónde estás? Vamos a interrogar a Lancaster.»

Ella respondió:

«Voy a la casa de uno de los *nerds* de Parker. No se lo digas a Matt. Luego le cuento yo misma».

Antes de dejar el móvil en su bolso, supo cuál era la respuesta que venía:



«Sin orden de registro, Matt se enfadará contigo.»

«No sería la primera vez», contestó ella.

Luego arrancó el auto y se dirigió a North Winnebago Avenue . No supo bien por qué había elegido el apartamento de Steve y no la de alguno de los otros dos. Probablemente era el que más extraño le había resultado. Y si en algo confiaba Eve era en sus impresiones.

Plenton y Pedro se detuvieron unos momentos para observar a Lancaster a través del vidrio espejado de la sala de interrogatorios. Al detective siempre le había resultado odioso observar a las personas sin que éstas pudiesen verlo a él; pero reconocía que era una buena manera de analizar la conducta de los interrogados.

El doctor Lancaster estaba sentado inmóvil, mirando al vacío y con las manos entrelazadas apoyadas sobre la mesa.

Ambos lo observaron unos minutos sin que su posición cambiara un ápice. Parecía casi no pestañear.

Cuando estaban por entrar se les unió el doctor Jim Carlson, psiquiatra del departamento.

—Perdonen el retraso —se disculpó—, pero Lancaster no es el único enajenado que tenemos en la estación hoy.

Pedro comentó, sorprendido.

—Está así, petrificado, hace más de una hora. Lo hemos dejado solo para que se agote y podamos interrogarlo mejor, pero parece que puede quedarse así varios días sin ningún problema.

—Es propio de este tipo de personalidades psicóticas —agregó Carlson, y preguntó—: ¿Quieren que entre con alguno de ustedes?

—No —respondió Plenton—. Será mejor que nosotros lo interroguemos y que tú lo observes y puedas analizar todo lo que nos dice.

Pedro agregó con su habitual sentido del humor:

—Francamente, creo que no le sacaremos mucho, parece que está loco de atar.

—Veremos —repuso Plenton—, veremos...

A lo largo de tantos años trabajando juntos, Pedro y Matt habían

interrogado en esa sala a cientos de personas, la mayoría culpables. Habían desarrollado varias tácticas que ya implementaban casi automáticamente. La del policía bueno y el malo, la del violento y el pacífico, la del corrupto y el honesto y varias más. Se sentían en absoluta sintonía juntos y cuando uno decía algo, el otro sabía qué debía comentar luego.

Conocían perfectamente que un interrogatorio es un juego de fuerzas. El que interroga tiene un tipo de poder, que es el de otorgar premios o castigos al interrogado, de acuerdo a lo que este diga. Pero el verdadero poder lo tiene el sujeto a quien están interrogando. Es él el que dispone de la información que los policías necesitan. Y hay que ser muy hábil para no evidenciar el deseo que se tiene de conseguir esa información. El criminal, el verdadero delincuente, suele desarrollar un agudo sentido de la percepción de las debilidades del otro. Y un policía tiene muchas debilidades. La más fuerte de ellas es la necesidad y el deseo urgente de saber algo para resolver un crimen o para evitar uno nuevo. En general, los criminales son psicópatas, y un psicópata no tiene urgencias. No le preocupa utilizar todo el tiempo del mundo en largas e infructuosas conversaciones que no conducen a nada. Un policía novato puede caer fácilmente en esa red de palabras que sólo confunden más y más, y así darle al reo algo que la policía nunca tiene: tiempo.

Plenton miró a Pedro:

—¿Entras primero tú o yo?

Los dos sabían que no daba lo mismo el orden en el que ingresarán. La impresión inicial que el interrogado se llevaría de uno u otro podía marcar su predisposición a responder o no.

Pedro sonrió e hizo una exagerada reverencia indicando a su jefe que pasara primero:

—Te cedo los honores, compañero.

Ya se había puesto el sol cuando Eve llegó al norte de la avenida Winnebago. Había conducido durante más de una hora hasta arribar a esa zona de la ciudad. El lugar no estaba lejos del centro, pero el tránsito de la hora punta hacía que diez millas parecieran cuarenta. Eve estacionó a varios metros del edificio donde vivía Steve Smith. Se tomó unos segundos para observar los alrededores, luego apagó las luces del auto y descendió.

El vecindario era una zona poblada de edificaciones viejas y derruidas que a esa hora se encontraba casi desierta. Los jardines de las únicas dos propiedades que parecían habitadas estaban abandonados y la maleza llegaba a la altura de la rodilla de una persona promedio. El resto de las construcciones se encontraban tapiadas. Sobre las paredes descascaradas se extendían graffittis elaborados y unas marcas características dibujadas con aerosol rojo, que Eve reconocía como la firma de una de las bandas juveniles más peligrosas de la ciudad. No se inquietó por ello; sabía que aquellos delincuentes eran capaces de reconocer un policía a cien metros, pero nunca se le acercarían, pues el objetivo de su acecho no eran los oficiales de la ley sino los miembros de la banda rival. Los enfrentamientos entre grupos eran violentos y en plena calle.

Aun descartando la posibilidad de ser atacada por una pandilla, la detective se daba cuenta de que debía ir con cuidado. No tenía tiempo para perder con cuestiones que nada tenían que ver con su misión. Por otra parte, cualquier escándalo la pondría en evidencia y Matt ya se molestaría bastante cuando supiera que se había aventurado sola en aquella búsqueda, como para agregarle más problemas al asunto.

El edificio donde vivía Smith era un bloque de cemento, de unos seis pisos y con ventanas pequeñas que daban a la calle. Algunas estaban abiertas y otras a medio cerrar. En la vereda de enfrente no había construcciones, sólo el

puente herrumbrado que sostenía las vías del tren. Debajo de la estructura metálica los vecinos habían estacionado sus viejos autos, a modo de garaje al aire libre.

Eve chequeó nuevamente la dirección. Era la correcta. La puerta del edificio estaba abierta. La seguridad no parecía ser una de las prioridades de los habitantes de aquel lugar. El apartamento de Smith estaba en la tercera planta.

El ascensor se hallaba fuera de servicio y parecía que así había permanecido por mucho tiempo. El cartel que lo anunciaba estaba amarillento y desgastado. Eve se dispuso a subir los tres pisos caminando. Estaba en un excelente estado físico y llevaba calzado cómodo como para moverse rápidamente si era necesario.

Un hombre enorme, calvo pero joven, venía bajando por las escaleras mientras silbaba. Llevaba una camiseta blanca, muy sucia y con manchas visibles. Miró a Eve fijamente y cuando pasó su lado acercó su cara a la de ella y murmuró una frase ininteligible. Eve había lidiado mil veces con esa clase de sujetos. Sólo abrió su chaqueta y le dejó ver la placa que llevaba colgada de una cadena. El tipo sonrió, dejando ver que le faltaban dos dientes frontales; levantó las manos en señal fingida de rendición, dio media vuelta y se alejó.

Tercer piso. Los apartamentos estaban numerados del uno al seis. El de Smith era el cinco. Tenía la marca del número que alguna vez estuvo pegado allí.

Eve acercó el oído a la puerta pero no logró escuchar nada. Tocó el timbre una, dos, tres veces, sin que nadie contestara. Allí mismo tomó la decisión: entraría a la casa de Smith a ver qué encontraba.

Miró a los lados y se concentró, no se veía a nadie en los alrededores. Abrió su cartera, extrajo un pequeño estuche de cuero y lo desplegó. En él había —cuidadosamente ordenados— varios instrumentos de metal, con diferentes puntas, todos ellos destinados a abrir puertas de cualquier tipo. Pensó que la del apartamento de Smith no ofrecería demasiada resistencia.

Extrajo una pequeña barra de metal y un alambre recto. Introdujo la barra primero y la hizo girar en ambos sentidos. Luego insertó el alambre y con un ligero movimiento pudo sentir el click de la cerradura que cedía.

Lentamente, abrió la puerta. El apartamento estaba oscuro y olía a muebles viejos. Sabía que no podía encender la luz porque se vería desde fuera, por lo que extrajo su linterna reglamentaria y la encendió, haciendo un barrido inicial sobre el lugar. Todo estaba bastante ordenado. Avanzó con pasos cortos, tratando de no emitir sonido alguno.

De pronto, algo negro pasó por detrás de ella como una exhalación. Con un movimiento rápido se dio vuelta y llevó la mano derecha hacia la cintura, tomando la pistola. El gato negro se detuvo y la miró con curiosidad. Parecía satisfecho de casi haberle causado un infarto.

Plenton entró a la sala de interrogatorios y sin decir nada se sentó frente a Lancaster, que seguía mirando al vacío. Permaneció así unos segundos, hasta que se presentó. Decidió usar un tono amable.

—Soy el detective Matt Plenton. Estoy aquí para hablar con usted, porque es sospechoso de asesinatos múltiples en primer grado.

El interrogado ni siquiera pestañeó y siguió con su mirada perdida, como si se encontrara solo en la habitación.

A los pocos segundos entró Pedro. Lo hizo rápidamente; no dijo nada y se paró contra la pared, en una de las esquinas de la sala, observando fijamente al interrogado.

El doctor Lancaster permaneció mudo.

Plenton volvió a la carga. Esta vez decidió tratar a Lancaster como un doctor. Sabía que las personas suelen reaccionar favorablemente cuando se les otorga el beneficio de distinguirlos con un título.

—Doctor Lancaster, sabemos que usted está involucrado en los asesinatos de la terapia intensiva. Sólo es cuestión de tiempo hasta que lo probemos. Si colabora todo será más fácil y mejor para usted.

Lancaster tardó unos segundos en reaccionar. Dejó de mirar al vacío y giró su cabeza directamente hacia el detective. Lo miró con sus ojos negros, de una manera que sólo un esquizofrénico puede mirar. Parecía que podía ver el alma del detective. Cuando habló lo hizo lenta y pausadamente.

—Yo no soy un asesino, «mededios». Soy un mensajero de Dios y cumplo con mi trabajo —asintió con la cabeza una vez para reforzar lo dicho.

Pedro se revolvió contra la pared, dando evidentes muestras de fastidio. Ese era su rol.

Plenton se acarició la barbilla y emitió una leve sonrisa conciliadora.

—Doctor ¿podría decirnos cuál es ese trabajo... el trabajo que usted hace,

encomendado por Dios?

Lancaster seguía mirándolo fijo. El contraste entre su pelo totalmente gris y sus ojos oscuros resultaba intimidante.

—Mi trabajo es convencer a los semimuertos de que Dios los está llamando. Nadie debe quedarse en este mundo más tiempo del debido, “mededios». —Lancaster miró hacia el techo inspirando hondamente y cerrando los ojos.

—¡Maldita sea! —gritó Pedro, acercándose de repente hacia la mesa—. Basta con ese maldito «mededios». ¿Quiere que yo use una palabra rara?, también puedo hacerlo. «Pedemu». ¿Eh? ¡«Pedemu» significa «pena de muerte», eso es lo que le darán por haber asesinado a cuatro personas!

—Calma, detective —intervino Plenton, aliviando la tensión.

Lancaster no se había movido un ápice. Parecía que la actuación desplegada por Pedro no lo había impresionado en absoluto.



Eve soltó el cabo de la pistola, insultando por dentro al gato que casi la mata del susto. Apuntó su linterna hacia la sala, recorriendo cada espacio en búsqueda de algo que llamara su atención. Hizo un paneo del desorden del lugar, hasta que algo llamó su atención: al fondo del apartamento se encontraba una biblioteca con libros mal acomodados, muchos de ellos casi cayéndose. Eve se acercó y comenzó a examinar los volúmenes. Sabía que una biblioteca personal habla a los gritos de las características de su dueño. Lo que lee una persona indica mucho de sus gustos, aspiraciones y temores, por lo cual aquello era un excelente modo de conocer algo de Steve Smith.

Iluminó el primer estante de arriba hacia abajo y pudo leer varios de los títulos:

*Modus operandi de los criminales*

*Castigo y recuperación de delincuentes*

*Los 20 casos impunes más sangrientos de la historia criminal de EEUU*

Todos los libros de ese estante parecían estar dedicados a la delincuencia y los modos criminales.

En el estante siguiente, Eve pudo apreciar que el tema variaba:

*Energías presentes en el cuerpo humano*

*El bien y el mal: conceptos en parapsicología*

*La conducta maligna según las paraciencias*

Eve dejó la biblioteca y se dirigió a la habitación. El piso de madera crujía a cada paso que daba. El gato volvió a cruzarse por delante de ella y se detuvo un instante a mirarla, desafiante. Tuvo el impulso de espantarlo, pero se contuvo. Avanzó unos pasos y entró a la habitación.

Contra la pared se encontraba una cama que no había sido hecha esa mañana, o quizá nunca. Por las rendijas de la ventana cerrada apenas se

colaba algo de la precaria iluminación de la avenida Winnebago. Frente a la cama, un televisor viejo y, al costado de la habitación, un pequeño escritorio, con una silla. Sobre el mismo había dos ordenadores, uno de escritorio y un portátil. El de escritorio era más bien viejo y algo destartado, pero el portátil parecía nuevo y bastante sofisticado.

Eve metió la mano izquierda en el bolsillo interno de su chaqueta y extrajo un par de guantes desechables. Tras ponérselos, se acercó al escritorio. Lo nuevo y caro del portátil contrastaba con el resto de las cosas que había en el lugar, que parecían haber sido compradas en una venta de garaje. Decidió comenzar por el aparato. Abrió la máquina suavemente, hasta dejarla en un ángulo de noventa grados. Oprimió el botón de *power* y el aparato se encendió, emitiendo el clásico sonido de una computadora al iniciarse.

Lo que apareció en la pantalla erizó los pelillos de la nuca de Eve:

«Usuario»: Elmer Parker

«Contraseña»:.....

Estaba ante la máquina desaparecida del doctor Parker. Sus sospechas comenzaban a agolparse y eso la hacía experimentar la excitante sensación de estar encontrando la punta del ovillo del caso.

Se encontraba ante un problema complejo. No sabía la contraseña ni podía siquiera imaginarla. Tendría que operar drásticamente. Se sentó en la silla del escritorio y dejó su bolso sobre el mismo. De él extrajo un *pen drive*. Se lo colocó a la máquina y con las manos enguantadas, buscó en el directorio del dispositivo:

Disco E/programas/explorador de claves/E-open Doors.

El «E-open-doors» era un programa especialmente diseñado para violar claves de seguridad de computadoras. Eve se lo había pedido a Peggy en una ocasión en que necesitaba entrar al PC secuestrado de un traficante.

El cursor titilaba insistentemente sobre el cuadro blanco que pedía la contraseña. La clave tenía diez dígitos y seguramente sería alfanumérica. Eve cliqueó en el programa e indicó «abrir puerta». De inmediato comenzaron a correr infinidad de números en la ventana de la clave. En unos treinta

segundos, apareció la letra K. Ya estaba reconocido el primer dígito. Eve miró su reloj; las 19.10 PM. Calculó que el programa descifraría la clave en unos diez a veinte minutos. Rogó que nadie llegara al apartamento.

Plenton comenzó a pensar que sería muy difícil sacar algo coherente a Lancaster. Miró a Pedro y éste asintió con la cabeza imperceptiblemente. Eso significaba continuar. Pero, esta vez, Plenton creyó mejor dirigirse al otro como una persona que otrora fuese un gran médico, y no como un acusado de homicidio.

—Doctor Lancaster, aunque no puedo experimentar sus sensaciones, entiendo que usted es un hombre que sufre. Y quizá por ello no desee que gente inocente sufra también. Por ello, le pido por favor que nos ayude.

De repente, el rostro de Lancaster pareció suavizarse. La profundidad de sus ojos negros se tornó en una mirada más cristalina y el hombre descruzó sus manos sobre la mesa. Suspiró sonoramente y cerró los ojos en un gesto de cansancio. Quien no lo hubiese visto hacía sólo unos minutos, no podría creer que se trataba de la misma persona.

Con voz suave, casi melancólica, Lancaster comenzó a hablar:

—Detective Plenton, yo era un médico muy reconocido... y respetado ¿sabe?, hasta que cometí un grave y extremo error; intenté desconectarle el respirador a un enfermo de la terapia intensiva. Claro está que sufrí un episodio de confusión delirante; esa es la realidad. Pero bastó sólo eso para perder todo lo que tenía: mi prestigio, mi familia, mi trabajo... todo, absolutamente todo. —Lancaster bajó la cabeza y suspiró una vez más—. No tiene usted idea de lo doloroso que es ser tratado como un loco, de lo terrible que es pasar a ser considerado, de la noche a la mañana, un esquizofrénico. Sé que hice algo muy malo, pero jamás maté a nadie. Sólo me he dedicado a seguir, a través del periódico, los casos de personas que se encuentran al borde de la muerte y rezar por ellos. Cuando él me detuvo —señaló a Pedro, que seguía recostado contra la pared— sólo estaba arrodillado tomándole la mano al enfermo y rezando por que acabaran sus suplicios y se marchara de

este mundo. Le aseguro que sólo estaba haciendo eso. Ojalá pueda creerme...

Plenton quedó desconcertado ante la claridad con la que Lancaster había hablado. Parecía tener un raptó de lucidez y ser capaz de expresar racionalmente, y con precisión, el origen de su padecimiento y lo que había hecho en el Southland Hospital.

Por un momento, Pedro abandonó su rol de policía duro y se acercó a la mesa.

—¿Visitó usted al fiscal Hammond?

El otro guardó silencio. Parecía avergonzado. Cuando respondió, lo hizo en voz baja.

—Sí, oficial, lo hice.

Pedro dio muestras de cierto nerviosismo, y agregó:

—¿Y cómo supo usted del fiscal si nunca salió publicado en los diarios nada sobre él, antes de su muerte?

Lancaster sonrió tristemente antes de responder.

—Sucedé que todavía quedan algunas personas, muy pocas por cierto, que creen en mí. Una de ellas trabaja en la clínica Saint Patrick y me avisa cuando algún moribundo ha llegado a terapia intensiva. Sólo lo hace si la persona internada está realmente al borde de la muerte. Entonces allí voy yo, a rezar a su lado, para que deje este mundo como Dios manda y no permanezca aquí, a contrarreloj de lo que ordena el universo. —Y anticipándose a la pregunta de los policías, adelantó—: No me pregunten quién es, pues jamás lo diré.

Pedro decidió preguntar directamente:

—Doctor Lancaster, ¿asesinó usted a alguien alguna vez en su vida?

Lancaster miró al oficial y luego a Plenton, dedicándole a éste una mirada compasiva. Ahora parecía un hombre mayor, que sufría horrores por su enfermedad mental. Pausadamente respondió:

—No, señor, en mi vida le he hecho daño a alguien. Si soy responsable de algo es de que mi mente esté enferma. Pero allí acaba mi culpa. —Lancaster se pasó la mano por la cara y volvió a suspirar hondamente, como si le faltara

el aire.

Plenton pudo ver que los ojos del hombre se habían humedecido.

El médico continuó:

—Detective... la gente cree que los psicóticos no se dan cuenta de nada. Pero yo le aseguro que sufrimos mucho. Nuestra vida es un infierno que nunca termina. Lo peor que a alguien puede sucederle es no tener escapatoria. Y le aseguro que cuando uno oye voces susurrar en el interior de la cabeza, no hay escapatoria.

Plenton pensaba a toda velocidad, tratando de decidir cuál sería el mejor movimiento para saber qué era realmente lo que pasaba con Lancaster. Luego de unos segundos dijo:

—Doctor, entiendo perfectamente lo que me dice. Sólo queremos asegurarnos de que es verdad. Por favor díganos donde estaba la noche del dos de mayo pasado.

El médico volvió a cruzar las manos. Levantó firmemente la cabeza y miró a Pedro fijo, luego a Plenton.

—Estaba hablando con Dios, «mededios».

Ambos detectives supieron que lo habían perdido de nuevo y que ya nada más podrían sacar de aquel hombre.

El programa ya había detectado nueve de los diez dígitos. Las palabras «aguarde... decodificando...» parpadeaban en la pantalla mientras la barra de identificación pasaba de color rojo a verde, lentamente. Eve sintió que sus sienes latían. Miró el reloj; no podría estar mucho tiempo más allí. Habían pasado dieciséis minutos desde que el programa identificara la primera letra. Por fin, un sonido indicó que la clave había sido descifrada y la palabra «listo» reemplazó a las anteriores. En la pantalla apareció:

«Kinesis010».

«Vaya clave», pensó Eve.

De inmediato abrió el explorador de programas del ordenador. Aparecieron muchos archivos de diferentes temas. Debía elegir cuáles revisar, porque el tiempo se le acababa.

De pronto en el menú del explorador se desplegó:

*C/documentos nuevos/experimentaciones/energías/el despertar del mal.*

El nombre del archivo llamó su atención. Lo abrió y comenzó a leer el texto. Estaba escrito de manera informal, casi a modo de reflexiones personales del doctor Parker. Sin embargo lo que estaba redactado parecía relevante para su autor, dado que así lo indicaba el título:

### *IMPORTANTE*

*Creo que después de tantas lecturas, reflexiones y experimentos, hemos dado finalmente con el origen de la maldad. Años de estudio han dado su fruto y creo que por fin ya casi podemos dar a conocer al mundo el porqué de las acciones malvadas y todas aquellas conductas catalogadas como delincuentes o criminales. Tal compulsión a causar dolor y daño sólo puede explicarse si el organismo y la mente están ordenados y «presididos» por una corriente afectiva y emocional que llamamos energía Z. La energía Z es una corriente energética que*

*circula en el mundo, equilibrándose con la energía A, que es la positiva. Los grandes actos criminales de la humanidad, como las guerras y los genocidios, son momentos históricos en que la energía Z ha predominado en las sociedades. Sin embargo, estos momentos se alternan con el predominio de otro tipo de energía —la A— que ha permitido el desarrollo de los grandes logros, como la medicina moderna y la ciencia al servicio del bien.*

*Las energías A y Z se mantienen en un sutil y complicado equilibrio.*

*A nivel microsocia, el ser humano muestra el mismo equilibrio entre ambas energías. Cualquier persona, a lo largo de su vida, mostrará que puede actuar bien y mal, sucesivamente. Sin embargo, en el común de las personas, el equilibrio entre ambas energías mostrará a un ser humano «normal» con sus actos de bondad y generosidad y con sus mezquindades y pequeñeces. Sólo en casos donde predomina la energía A, veremos personas cuya vida se ha dedicado al bien, como Mahatma Ghandi y la Madre Teresa de Calcuta. Pero son una minoría, en la que, por expresarlo de esta manera, encontramos un fuerte desequilibrio de energía A, lo que tiene como resultado la formación de personalidades extraordinarias.*

Eve se restregó los ojos y continuó leyendo:

*Ahora bien, ¿qué es lo que hace que una persona muestre el absoluto predominio de energía Z y por ello se comporte de modo criminal? Pues bien, creo que los grandes desequilibrios de energía sólo se producen frente a situaciones en las que el organismo y la mente se tornan más receptivos a una «invasión» de energía Z. Por el momento, sólo podemos explicar que dichas situaciones de vulnerabilidad, como accidentes o enfermedades terminales, hacen de polo de atracción para la energía Z. Pero esta atracción sólo se podrá plasmar si el sujeto se encuentra más conectado con la energía Z antes del accidente o de la enfermedad. Entonces, aquellos sujetos que están obrando mal o dudando de hacerlo, antes de sufrir un accidente casi mortal o una*



*enfermedad gravísima, serán —por así decirlo— «invadidos» por la energía Z, lo que traerá como resultado (si el sujeto sobrevive) la conformación de una nueva personalidad, criminal y carente de culpa.*

En la cabeza de Eve las piezas comenzaron a encajar muy rápidamente. Continuó leyendo:

*Estoy convencido de que nuestro aporte es haber diseñado el prototipo para medir energía. El aparato que he inventado fue capaz de detectar energía Z en casi todos los reos con quienes lo probé en la penitenciaría estatal. Y fueron más de ciento veinte. Evidentemente, en esas personas predomina la energía Z. Y creo que el descubrimiento experimental más importante es que todos y cada uno de aquellos delincuentes habían sufrido un episodio traumático en el que su vida estuvo en riesgo.*

*En el futuro probablemente no sean necesarios los interrogatorios, ni la «máquina de la verdad» y quizá ni los juicios. Con mi aparato podremos saber quién es malvado y quién tiende a dañar seriamente a los otros para obtener sus propios fines.*

*Estoy al borde de dar a conocer el porqué del mal. Nada menos que ello. ¿Estará el mundo preparado para conocer mis hallazgos?*

El texto terminaba allí. Y luego aparecía debajo una fecha: diez de mayo. Eve creía recordar que era ese el día en que el doctor Parker había desaparecido. Luego de unos espacios en blanco el texto continuaba, pero cambiando radicalmente de eje.

*MEMO:*

*Acabo de descubrir algo que me inquieta. Alguien ha entrado en mi ordenador y probablemente ha estado usando el aparato para medir la energía, pues ya es la segunda noche que desaparece del laboratorio y aparece al otro día. No sé fehacientemente quién es y qué es lo que quiere, pero tristemente sospecho que no hay personas más cercanas a mí que mis ayudantes. No pueden ser más que ellos. Y esto me*

*preocupa. He notado que Steve se muestra más resentido que nunca por lo que le sucedió hace tanto tiempo y muestra ante los criminales que hemos entrevistado un desagrado muy particular, que no coincide con la posición de un científico. Sospecho que es él quien ha estado utilizando el aparato. Y, por sus antecedentes, me preocupa para qué lo ha estado haciendo y por qué —si es que fue él— ha ingresado en mi ordenador.*

Eve se alarmó: el último comentario era inquietante. Se dispuso a apagar la computadora y a salir de allí cuanto antes. Tenía que pensar de qué modo usar la información que acababa de descubrir sin que fuera anulada en un juicio, por el procedimiento que ella había usado para recabar los datos. Matt se enfadaría con ella, y tendría razón, pero no tenía tiempo para preocuparse por ello en ese momento.

El ordenador se apagó con un sonido musical dejando en la oscuridad absoluta a Eve. Ya era noche cerrada. Sus sienes seguían latiendo aceleradamente. Miró el aparato y trató de decidir si lo llevaría con ella o no.

Antes de poder hacer nada, la luz de la habitación se encendió, cegándola por un momento y congelándole el pulso por la sorpresa.

Plenton y Pedro sabían cuándo un interrogatorio había terminado. Y el de Lancaster ya no arrojaría luz alguna.

—Está bien, doctor Lancaster. Pronto hablaremos nuevamente —dijo Plenton, con tono educado.

Y sin decir más se levantó y salió de la sala. Lancaster susurraba frases incomprensibles mientras miraba con ojos vacíos la pared frente a él. Sin mediar palabra, Pedro siguió a Plenton. Siempre conservarían para la salida el orden que habían impuesto para la entrada.

Una vez fuera, fue Pedro el que preguntó al psiquiatra del departamento, que había estado observando toda la entrevista:

—¿Jim... qué crees?

Jim Carlson miró unas notas que había estado tomando durante la conversación de los detectives con Lancaster.

—Creo que estamos ante la presencia de un psicótico con todas las letras. Su delirio está muy bien armado, pero por momentos parece ceder paso a una visión más realista y sensitiva de la realidad. —El psiquiatra señaló unas notas ininteligibles que había tomado en un cuaderno espiral—. Por momentos, cuando hablaba con Matt, parecía un hombre normal, consciente de su propia afección mental, pero de inmediato, volvió a ser el «mensajero de Dios».

Plenton estaba pensativo. Luego de las palabras de Carlson agregó:

—Sospecho que no estamos frente al culpable. Este hombre es, como bien dice Jim, un psicótico. No creo que haya matado a nadie, más allá de su primer intento de sacarle el respirador a aquel paciente. —Plenton suspiró y dijo casi para sí mismo—: este no es nuestro asesino. Y, maldita sea, creo que estamos como al principio.

Pedro pasó su mano por el rostro, en un gesto de cansancio.

—Quizá no, jefe, todavía falta averiguar algo sobre la desaparición del doctor Parker.

Plenton pareció recordar de pronto:

—Tienes razón, por supuesto. Y, dicho sea de paso, ¿dónde demonios está Eve? Ella es la que está investigando eso.

Pedro dudó. Sabía que si le decía a Matt lo que estaba haciendo Eve, aquel se enfadaría, pero prefirió no mentirle.

—Bueno... Eve está, en este preciso instante, en la casa de uno de los ayudantes de Parker. Al parecer, tiene un presentimiento de que los del IPC están relacionados con este caso.

Plenton sintió que la cabeza le ardía, pero contuvo su fastidio. No le gustaba que Eve siguiera con su costumbre de meterse en la casa de los sospechosos sin tener orden de registro. Los problemas por hacerlo podían ser grandes. Pero sabía que era una mujer intuitiva y que, gracias a esa intuición, había ayudado al equipo a desentrañar muchos casos.

—¿Y sabes a casa de qué ayudante fue? —preguntó a Pedro.

—No tengo ni idea —respondió éste, levantando los hombros en gesto de desconocimiento—. Supongo que a la del que le pareció más sospechoso.

De pronto, Plenton quedó paralizado. Las imágenes de los tres ayudantes del doctor Parker pasaron por su mente en una sucesión de cuadros, como si se tratase de una película. Recordó a Steve, el chico manco, también a Johnny, el pelirrojo, y al otro muchacho, Gary, tímido y retraído. Pensó en la llamada del doctor Parker y la desaparición de su ordenador personal. Todo fluía frenéticamente en su mente: el aparato para medir la energía, las investigaciones de Parker en la penitenciaría...

No tuvo clara idea de por qué, pero decidió ir a donde estaba Eve. De inmediato fue hacia el escritorio de Peggy.

La mujer tecleaba en una de sus tres computadoras mientras daba datos a alguien a través de los auriculares. Cuando vio a Plenton ingresar a su cubículo le hizo un gesto con la mano para que la esperase un momento. El detective habló cuando ella finalizó la conversación telefónica.

—Peggy, dime de inmediato dónde cuernos está Eve. Tiene que haberte pedido a ti la dirección de ese fulano.

La joven pareció dudar. Su rostro se tiñó de púrpura y comenzó a tamborilear sus dedos sobre el escritorio

—No lo sé con certeza, detective —respondió, visiblemente nerviosa.

—Pues dime lo que sepas con la certeza que tengas —Plenton levantó la voz, cansado ya de las dudas respecto de dónde se encontraba Eve.

La chica miró en su block de notas.

—Fue al apartamento de un tal Steven Smith. Queda en la calle Winnebago, a la altura del 1800. —En otra hoja, Peggy escribió a mano el domicilio exacto que le había dado a Eve y se lo entregó al detective, que la miraba con ojos furiosos.

Plenton miró su reloj y pensó: «eso está a más de 20 minutos de aquí».

Arrepentido por haber levantado la voz a Peggy, se disculpó:

—Lo siento, Peggy, gracias.

Y tomando su abrigo salió rápidamente del departamento de policía, subió a su auto y partió a toda velocidad.

Eve estaba encandilada por la luz que se había encendido de repente. Cuando pudo enfocar su mirada vio a Steve Smith, parado en la puerta de la habitación. Le estaba apuntando con un revólver de cañón corto y pequeño calibre. Detrás de él estaba Johnny, el pelirrojo. Ya no lucían como los dos jóvenes y dedicados ayudantes del doctor Parker, sino como dos sujetos alterados y dispuestos a cualquier cosa. Smith parecía estar furioso; tenía ubicado el dedo índice en el gatillo del arma y le temblaba visiblemente la mano. El otro se veía a punto de sufrir un ataque de nervios. Eve supo que había cometido un error al no salir antes de aquel lugar. Sin que ella pudiera decir nada, Smith habló. Sostenía el revólver con la mano derecha de su único brazo. Del otro lado, la manga vacía de su chaqueta de cuero colgaba inerte. Los ojos parecían desorbitados.

—Buenas noches, detective Miller. ¿Podría decirme qué hace aquí?

Johnny permanecía detrás de Smith, como si estuviese protegiéndose de algo.

Eve pensaba a toda velocidad. Buscaba en su mente la mejor frase para decir, sin alterar al muchacho, que parecía dispuesto a usar el arma que traía.

—Hola, Steve —decidió llamarlo por su nombre de pila—. A decir verdad entré para ver si estabas bien. Por algunos datos que hemos recabado tenía miedo de que estuvieses en peligro.

—¡No me mienta! —gritó desaforado Smith. El revólver temblaba en su mano—. ¡Me está investigando! —Lanzó una risita histérica—. ¿Cree que ha encontrado algo de interés en esa máquina? —Señaló con el arma la computadora de Parker—. ¡No debería haber entrado aquí detective!

Eve tuvo, por primera vez en su vida, el presentimiento de que iba a morir.

Plenton se situó detrás de la fila de autos detenidos. Era una hora infernal para transitar por esa zona de Chicago. Detrás de él los conductores tocaban la bocina. Pensó en utilizar la sirena portátil, pero de nada valdría, dado que los vehículos que estaban embotellados no podrían hacerle espacio.

El presentimiento se hacía cada vez más fuerte. De su chaqueta sacó su teléfono móvil y marcó el número de Eve.

El teléfono de Eve sonó desde dentro de su bolso. Smith sonreía mientras le apuntaba.

—¿Quiere responder, detective? ¡Hágalo! —Lanzó otra risa escalofriante—. Despídase de sus seres amados, de-tec-ti-ve —escupió la palabra con desprecio.

El pelirrojo no se movió de detrás de Smith.

Éste avanzó unos pasos. Eve pensaba a toda velocidad; debía intentar convencerlo con algo. Decidió inventar una mentira, para ganar tiempo. Nadie sabía que se encontraba allí y estaba segura de que no podía contar con la ayuda de Johnny. Así y todo no debía darse por vencida. Tenía que hacer algo para desviar la atención de Smith.

—Escúchame, Steve, necesito preguntarte algo importante...

—¡Basta de juegos detective Miller! Se acabó su tiempo.

Eve trató de jugarse su última carta.

Espera... por lo menos dime de qué trata todo esto.

Quizá si Smith se distraía ella podría sacar su arma. Si tenía la oportunidad de dispararle, no erraría. Pero el otro no le quitaba los ojos de encima. Ahora el pelirrojo se puso al lado de Smith.

—No se haga la idiota —prosiguió Steve—. Sabe que ese es el ordenador del eminente doctor Parker. —Hizo una mueca de desprecio—. Yo se lo robé. Él estaba haciendo unos descubrimientos maravillosos, con los que asombraríamos al mundo entero. Pero no quería compartir todas sus reflexiones con nosotros.

El pelirrojo habló por primera vez:

—Nosotros somos tan capaces como era él...

Eve interrumpió:



—¿Era?... ¿Acaso está muerto?

De repente Smith se puso serio.

—Pues bien —dijo, haciendo un gesto teatral de lamento—. Creo que a estas alturas todos debemos ser sinceros. El doctor descubrió que nosotros estábamos dándole al aparato que creó un mejor uso del que él jamás le daría. Era un idealista estúpido.

Eve trató de seguir la conversación:

—Y ya que vamos a ponernos sinceros, ¿puedo saber qué uso le estaban dando a ese aparato?

Smith volvió a sonreír.

—Supongo que ya no importa si lo sabe. Porque a nadie se lo va decir.

Plenton pudo por fin colar su auto por uno de los resquicios que dejó el embotellamiento. Apretó el acelerador y dirigió su vehículo hacia la avenida Milwaukee.

Mientras conducía a toda prisa una sirena sonó detrás de él. «Demonios», pensó, «no ahora». Era un oficial en motocicleta, que le hizo la clásica seña de detenerse en el arcén. Así lo hizo.

El oficial se acercó.

—¿Tiene usted idea de a qué velocidad venía, señor?

Plenton fue al grano, mostrando su placa:

—Detective de Homicidios, en misión urgente.

El otro tomó la insignia que le extendía Plenton y la miró, analizando si era verdadera o no.

Los segundos seguían pasando. Comenzó a revolverse en su asiento cada vez más incómodo con el mal presentimiento que lo acosaba. El policía le devolvió la placa y se tomó la punta del casco con los dos dedos, haciendo una seña de saludo cordial.

—Disculpe detective, siento haberle interrumpido. Adelante.

Esta vez Plenton puso la sirena portátil y salió a toda velocidad. Mientras conducía, podía sentir la adrenalina correr por su cuerpo. Le angustiaba terriblemente la idea de pensar que Eve estaba en peligro.

Eve había visto a muchos asesinos directos a la cara. Y sabía que ahora estaba frente a uno. Los ojos del chico seguían desorbitados. Parecía que todo aquello, de algún modo, lo divertía. El pelirrojo parecía más bien su seguidor y no el que tomaba las decisiones. Smith siguió hablando:

—El doctor tuvo la estúpida idea de pensar que nosotros teníamos algo que esconder —rio—. ¿Y sabe algo? —hizo una pausa de unos segundos y soltó otra carcajada—. ¡Tenía razón! Pero no podíamos permitir que nos delatara. La noche que llamó a su compañero policía lo agarramos justo a tiempo. Antes de que pudiese decir nada que nos comprometiera le partí el cráneo con el mismo adorno que él usaba en su escritorio. Luego no fue difícil sacarlo de allí. Si lo buscan lo encontrarán en el Lago Michigan.

Eve dudaba, pero aun en esa situación sentía el impulso de saber qué había llevado a aquellos dos sujetos a hacer lo que habían hecho. Smith pareció adivinar sus pensamientos.

—¿Se está preguntando por qué lo hicimos? Es simple. —Señaló su brazo ausente con la punta del revólver—. ¿Ve esto? ¿Sabe cómo perdí mi maldito brazo? Pues cuando era un muchacho unos desgraciados me asaltaron en la calle. Como no tenía dinero decidieron divertirse conmigo. Uno de ellos tenía un cuchillo y comenzó a cortarme las falanges de mi mano. Luego de dejarme sin un solo dedo, y como ya se habían aburrido, intentaron cortarme el brazo. No pudieron romper el hueso y me dejaron allí, en la calle, desangrándome. Los médicos tuvieron que amputarlo.

Eve escuchaba y al mismo tiempo calculaba sus oportunidades de sacar el arma y disparar. Aunque hiriera a Smith, quedaría el otro que podría acercarse demasiado. Igual debería arriesgarse. Steve parecía poseído y ahora gritaba:

—¿Y él? ¿Quieres saber por qué Johnny me ayuda? Pues porque unos

malditos delincuentes estaban robando el auto de su madre cuando ella llegó al estacionamiento. Y en vez de huir, adivina qué hicieron... Pues le encajaron cuatro balazos. Murió allí mismo y Johnny se quedó sin madre a los once años.

Smith continuó, con voz enfermiza:

—En cuanto a nuestro otro compañero, él no sabe nada, es sólo un estúpido servil del doctor Parker. Casi un chimpancé más del laboratorio, ¿eh, Johnny? —Sólo Smith rio de su propia chanza. El otro seguía lívido y miraba fijamente a Eve.

Steve seguía hablando, mientras movía el revólver de un lado al otro. Ya no parecía tan seguro de sí mismo. Quizá era el momento de intentarlo.

Pero el otro parecía adivinar lo que Eve estaba pergeñando.

—Ni lo piense, detective. Morirá igual, pero quizá quiera saber cómo estamos solucionando el problema.

Eve le siguió la corriente.

—¿Qué problema? —preguntó—. No comprendo.

El otro gritó:

—¡El de los malditos criminales! ¡No merecen vivir! Y nosotros encontramos la forma de evitar que hagan daño a más gente. Tantos años de trabajo del doctor Parker dieron sus frutos. El aparato que desarrolló realmente mide la energía negativa en la personas, la maldita energía Z. Y el doctor averiguó no sólo eso, sino que las personas que están casi muertas son las que atraen esa energía.

Eve trataba de mantener la calma mientras el otro parecía poseído mientras seguía explicando:

—Pues nosotros decidimos ir al lugar donde la gente está moribunda y detectar a los malditos cuando todavía no han empezado a dañar a otros.

Eve interrumpió:

—La terapia intensiva...

Smith rio y dijo, teatralmente:

—Bravo... bravo, detective. Quisiera aplaudirla pero, como verá, me falta un brazo. Me temo que no podré hacerlo. Es cierto, en la terapia intensiva las personas están al borde de la muerte. Y allí es el momento y lugar en que absorben la energía Z.

Ahora Smith gritó aún más fuerte:

—¡Pues nosotros no íbamos a permitirlo! Sólo nos vestimos de médicos y fuimos a la terapia intensiva. —se encogió de hombros—. Le sorprendería saber lo fácil que fue entrar. Una vez allí, sólo teníamos que acercarle el aparato uno a uno a los enfermos, y el que tuviese medición positiva de energía Z, pues...

—Lo mataban —completó Eve.

—Digamos que lo sacrificábamos en pos de la sociedad.

Eve decidió distraer unos momentos más a sus captores.

—Ya veo. Sólo no me explico lo de las dos últimas muertes. ¿A cuchilladas? ¿Por qué el cambio?

—Muy simple —respondió Smith—. Quisimos desviar la atención y que pareciera que era otro sujeto distinto al de las dos muertes anteriores.

Eve supo que ya no tenía más tiempo y no lo dudó. Con un movimiento felino, se tiró al suelo hacia la izquierda, mientras con la mano derecha sacaba el arma de la funda de su cintura.

Sonaron dos disparos, el de Eve dio en Johnny y el del manco impactó en el hombro de ella, haciéndola soltar el arma.

—¡Maldita seas! —gritó Smith—. ¡Quédate quieta!

Mientras la apuntaba, se acercó su compañero que yacía en el suelo, herido. Comprobó que no estaba muerto.

—Casi lo matas, maldita —le dijo con odio en la mirada.

Una horrible sensación de quemazón invadía el hombro de Eve, que sangraba profusamente. El asesino se acercó unos pasos hasta quedar muy cerca de ella y le apuntó a la cabeza.

Por su mente pasaron mil imágenes. Pensó en sus hijos, en la sonrisa de

Jimmy, en Jane andando en bicicleta, en sus padres... y en Matt.

El estampido sonó seco. Smith quedó paralizado, mirando cómo la sangre manaba de su pecho. Tenía los ojos abiertos, como si tratara de entender qué había sucedido. Sus piernas se aflojaron y se desplomó, cayendo de boca a pocos centímetros de Eve.

Ella tenía la vista algo nublada, pero pudo distinguir la figura de Matt corriendo hacia ella.

—¡Eve... por Dios! Estás herida.

Matt sacó un pañuelo y lo comprimió contra la herida en el hombro.

—Estarás bien... yo te cuidaré.

En ese momento supo que estaba loco por ella y que nunca podría dejarla ir.

Eve le sonrió con dificultad:

—Duele como mil demonios, maldita sea. Por lo menos me alegra de que no me gritaras por entrar sin orden de registro.

Matt rio. Ella agregó:

—Cuando salga del hospital, creo que te invitaré a un trago.

Él la levantó y apoyó la cabeza de ella contra su pecho. Luego, llamó al departamento de policía y pidió refuerzos y una ambulancia.

Había pasado ya una semana desde que Eve fuera herida. Cuando llegó a la oficina de Matt, llevaba un cabestrillo y se veía contenta. Abrió la puerta con el brazo sano y la cerró tras de sí.

Apenas la vio, él se levantó de inmediato y fue hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —la reprendió.

—Pues ya estoy bien, y no quiero estar quieta como si estuviese enferma.

Matt rio.

—Está bien, está bien.

Luego se produjo un silencio de varios segundos, que resultó incómodo. Fue Matt el que habló. Antes de hacerlo carraspeó.

—Eve... hace mucho tiempo que quiero decirte algo. Probablemente lo arruine todo, pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

Se hizo un silencio. Luego continuó:

—Sucedte que siento por ti algo más de lo que sentiría por una compañera. Tú me gustas, y quisiera... si tú crees... en fin... que yo...

—Claro que quiero —dijo ella—. Creí que nunca lo dirías.

Matt sonrió y tuvo el impulso de abrazarla con todas sus fuerzas. No lo reprimió. Eve lo abrazó y, sin dudar, lo besó.

En ese momento entró Pedro a la oficina. Al verlos aplaudió.

—¡Por fin, mi Dios, pensé que nunca vería esto!

Matt y Eve rieron.

—Cállate, pedazo de entrometido —dijo él con un fingido tono de enojo.

Pedro también rio. Pero luego su rostro se ensombreció.

—¿Qué sucede? —preguntó Matt.

Pedro respondió:

—Venía a buscarte para que vieras algo. Vengan conmigo. —Y señaló a

través de las persianas el televisor que había en el espacio común donde trabajaban varios policías del despacho.

Los tres se acercaron al aparato. Alan Layton y John Forces también estaban mirando.

Era el noticiario de las doce. En él, un reportero estaba comentando las noticias, mientras se veían las imágenes de Mijail Zlovenko saliendo de la sala de tribunales, custodiado por varios policías uniformados. El reportero explicaba:

—«En el día de hoy, el conocido manejador de varios clubes nocturnos de la ciudad de Chicago fue absuelto de la sospecha de los crímenes de Anya Letnikova e Irina Plutchenko, por falta de pruebas. Quedará en libertad mañana.»

Pedro comentó, con visibles muestras de fastidio:

—¿Lo ves, jefe? Lo que te había adelantado. Ahora le darán una nueva identidad y declarará en otro juicio contra los de arriba. Pero el maldito criminal quedará libre y...

No pudo terminar la frase cuando un estampido sonó desde el televisor. Todos giraron la cabeza hacia la pantalla y vieron que el mafioso caía hacia atrás, con un enorme hueco rojo en la frente. Desde ahí todo fue confusión. Los uniformados corrían en todas direcciones, el reportero que relataba gritaba desaforado, tratando de informar lo que en vivo acababa de suceder.

Matt, Pedro y Eve se miraron. Después de todo, no habría más juicios, ni testigos protegidos. Habían silenciado a Zlovenko para siempre.



## Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas las personas que me han alentado, aconsejado y acompañado en la escritura de este libro. Un reconocimiento especial a todo el personal de B de Books y RNR, por el profesionalismo y la calidez con la que me han tratado.

Si te ha gustado

*El despertar del mal*

te recomendamos comenzar a leer

*Bajo el cielo de Meerut*

de Concha Álvarez



Capítulo 1

*Londres, octubre de 1856*

Vera tenía la esperanza de que tantos escalones disuadieran a su tío de visitarla, por eso había escogido una habitación en la última planta de la casa. Nada podía hacer frente a su legítimo tutor hasta que cumpliera la mayoría de edad. Retuvo las lágrimas en el momento en que Abel Henwick, el hermano de su padre, entró en el dormitorio. Esa noche, tenía los ojos enrojecidos, el cuerpo tembloroso y la ropa manchada de sudor por fumar opio. Cada vez necesitaba mayor cantidad para aliviar el dolor de la abstinencia y, también, mucho más dinero. Ella apenas contaba con una pequeña asignación por ser hija de un capitán de la armada, dicha renta era entregada a su tío todos los meses. Además, la herencia de sus padres hacía tiempo que se había gastado en *The Goulden House*. Todo Londres sabía que se trataba de un fumadero donde los caballeros, y algunos que no lo eran tanto, acudían a olvidar sus pecados pasados y a mejorar los presentes.

Abel Henwick alzó el rostro y clavó la mirada en los ojos verdes de Vera. La altura de la chica le desagradaba. No era propio de una mujer ser tan alta, pero a su favor la naturaleza la había dotado de una piel suave y blanca como la mejor porcelana inglesa. Su busto atraía la atención de los hombres y él no era inmune a ese pecaminoso deseo. Abel reprimía la lascivia hacia su sobrina castigándola. Golpeó las botas con la fusta. El cuero emitió un sonido silbante como el heraldo portador de malas noticias.

—Vera, arrodíllate. Rezaremos por tus pecados.

La joven obedeció sin pronunciar una palabra de oposición. Odiaba cómo su tío utilizaba la religión para ocultar su lujuria. Había intentado escapar de él en dos ocasiones, ambas habían terminado para ella de una manera muy lamentable. Abel se acercó a la muchacha y le rompió el camisón por la espalda.

—Por favor... —suplicó antes de que el primer golpe le arrancara un grito de dolor.

—Reza, ruega a Dios que te perdone por tentarme con tu... —dudó con los ojos cargados de deseo— voluptuosidad. —Un segundo golpe provocó las

lágrimas que había retenido—. Reza por ti y cuando lo hayas hecho —dijo, y tiró de su pelo—, rezarás por mí.

Vera asintió, aterrorizada, al saber qué ocurriría después. El dolor era tan brutal que temió desmayarse. Muy pronto, su tío no se contentaría solo con golpearla; esta vez se detuvo al quinto latigazo. Abel se tumbó en la cama y esperó en silencio.

Vera aún recordaba aquel terrible día en que había llegado a esa casa. Imaginaba que encontraría un hogar, pero tras la primera paliza, comprendió que el destino le tenía preparado el peor de los infiernos. Cada noche, imploraba a Dios que la llevara junto a sus padres y le concediera la gracia de no despertar al día siguiente. Sin embargo, Dios no la escuchaba, nunca lo hacía.

Vera, sin levantar la vista del suelo, se postró ante él. Se soltó la melena castaña y el cabello, como una manta cálida y sedosa, cubrió su espalda. Abel posó la mano sobre su cabeza y susurró una oración. Vera evitó mirarle y se concentró en la tarea de desvestirlo. Despacio, la muchacha recorrió el cuerpo de su tío con los cabellos. Había sentido muchas veces deseo de cortárselo, pero le aterraba la reacción de Abel. En su lugar lo lavaría una, diez, cien veces; tantas como fuera necesarias para borrar cualquier odioso rastro de ese momento. En ese instante, Abel se dormía y ella se retiraba a la biblioteca donde estar a solas.

Los sirvientes, una cocinera que a veces ocupaba el puesto de doncella y un criado malicioso llamado Williams, no se inmiscuían en los asuntos de los señores de la casa. Pese a ello, Vera veía en el rostro del criado la satisfacción de conocer qué ocurría cuando el amo regresaba del fumadero. En esta ocasión, Abel no dormía.

—Mañana —le anunció con voz pastosa y sin moverse de la cama—, recibirás la visita del señor Lewis —dijo casi en un murmullo—, quiero que te comportes con amabilidad.

El señor Lewis era uno de los acreedores de Abel Henwick y la inquietó dicha petición.

—¿Por qué viene mañana? —se atrevió a preguntar, arrodillada a sus pies.

Abel se incorporó con dificultad, pero todavía tenía fuerzas para contarle cuáles eran sus intenciones.

—Porque tú pagarás mis deudas.

Negó con la cabeza la evidencia y como respuesta, Abel la abofeteó.

Vera se horrorizó al imaginarse casada con alguno de sus conocidos, la mayoría de sus amistades ya no eran respetables. No quería un esposo, sino escapar de esa casa y de su tío.

Al día siguiente, Vera se peinó el cabello en un recogido que endurecía sus facciones. También escogió un vestido gris que hasta la reina Victoria consideraría recatado. El señor Lewis la visitaría a las cinco en punto. Todo se había dispuesto para recibirle.

Bety dejó el servicio del té, cuyos platos y tazas estaban desportillados, en una destartalada bandeja sobre una mesa aún más destartalada. Vera contempló la sala a la que cada vez le faltaba más mobiliario. La casa que con tanto cuidado había decorado su madre, ahora, se mostraba ajada y desolada. La pared tenía dos manchas oscuras donde antes había colgados dos cuadros de cierto valor, Abel los había vendido. Faltaban los candelabros de plata, la caja de lapislázuli y dos sillones estilo Tudor. La atmósfera decadente de la habitación le aprisionó el pecho. No pudo evitar retorcerse las manos cuando su tío entró en el cuarto.

—Espero que no me decepciones y el señor Lewis se marche contento del recibimiento ofrecido en esta casa —dijo Abel, cuyas palabras sonaron a una advertencia mucho más peligrosa.

Vera guardó silencio sin levantar la vista del regazo. Su interior bullía como el agua en una tetera, pero no se opondría a lo que hubiera decidido su tío. No tenía adónde ir, ni ningún familiar a quien recurrir y, además, tan poco dinero que dudaba fuera suficiente para abandonar Londres.

—Sí —contestó con un hilo de voz, mientras su mente no dejaba de pensar

cómo huir de esa terrible situación.

—Eres una joven tan diferente al resto. Demasiado orgullosa para que alguien pida tu mano; tampoco ayuda tu tamaño —le aseguró con desprecio—. El señor Lewis es tu oportunidad, en vez de mostrarte tan disgustada, deberías darme las gracias. Solo un imbécil como él, incapaz de distinguir a una verdadera belleza, se fijaría en alguien con una fealdad tan evidente como la tuya —dijo con voz firme, y se paseó con pasos largos y decididos por la habitación—. Dios en su infinita bondad me ha concedido la gracia de que otra mano se encargue de tu educación.

—Sí —dijo, acostumbrada a los insultos, pero una voz en su interior le pedía escapar.

Nunca se había considerado una mujer bella, su estatura desconcertaba a la mayoría de los hombres. Además, solo tenía un par de vestidos anticuados y el corsé se la había quedado pequeño hacía cinco años, pero su tío no estimaba necesario renovar su vestuario.

La entrada de Williams anunciando la llegada del señor Lewis la encogió en el asiento. Deudor y acreedor se saludaron con entusiasmo. Los dos se favorecían de una transacción en la que ella no tenía nada que decir. Después, Abel se dirigió a su sobrina.

—Señor Lewis, le presento a mi sobrina, la señorita Vera Henwick.

El señor Lewis era un anciano encorvado, de aspecto enfermizo que sonreía mostrando una hilera de dientes amarillos. Llevaba un traje de terciopelo azul, tan llamativo que, de haber sido otras las circunstancias, habría hecho reír a la joven. Se apoyaba en un bastón y tenía enrojecida la piel de debajo de los ojos, síntoma de padecer gota.

—Encantada de conocerle, señor Lewis —contestó, y aguantó las ganas de marcharse.

—Señorita, supongo que Abel le ha hecho partícipe de mis intenciones. — Él tomó una de sus manos.

Los ojos de Vera se agrandaron ante la sorpresa de escuchar unas palabras tan directas. Se tapó la nariz de forma disimulada al oler el ron que a esas

horas el señor Lewis ya había bebido. Se mordió el labio y respiró una vez antes de responder a un hombre impaciente por zanjar el asunto y obtener su consentimiento.

En cambio, el silencio de la muchacha despertó en el señor Lewis una excitación que le animó a cogerle la otra mano. El acreedor a duras penas podía resistir las ganas de abalanzarse sobre la sobrina de Abel. Imaginar cómo sería dominar a una mujer de su constitución a fuerza de golpes, lo excitó. Según Henwick esa era la única manera de aplacar los impulsos pecadores de la chica.

—Creo que estarán mejor a solas —dijo Abel con los dedos encajados en la solapa de su mejor chaqueta.

—Sería lo mejor —insistió el acreedor sin soltar las manos de la muchacha.

Vera escuchó la aceptación de su tío y apenas pudo contener el temblor de las manos, hasta él conocía las normas de la decencia. Bajo ningún concepto una joven podía quedarse a solas con un caballero, aunque este fuera su futuro esposo.

Cuando la puerta se cerró, Lewis no se reprimió y se lanzó sobre ella. Al principio, incapaz de entender qué sucedía, no reaccionó con suficiente rapidez. Cuando vio cómo la lengua de ese hombre buscaba su boca, lo empujó con fuerza y el acreedor cayó al suelo. Lewis se incorporó de inmediato con una incuestionable expresión de rencor grabado en el rostro.

Vera contaba los días que le faltaban para cumplir la mayoría de edad. Ese día abandonaría a su tío y cobraría la pequeña asignación de su padre, hasta entonces, debía aguantar estas situaciones tan denigrantes. Temió la venganza de Abel al enterarse de la forma en que había tratado a Lewis, pero la situación había llegado demasiado lejos. Había despertado de una pesadilla y tenía que alejarse de su tío cuanto antes.

—Señor Lewis, no deseo casarme con usted...

—Parece que he de explicarle con claridad los términos de esta transacción que he pactado con Henwick —no la dejó continuar, mientras se



pasaba las manos por la cabeza calva. Vera se apartó todo lo que pudo de él —. Señorita Henwick, yo ya estoy casado.

—Entonces...

El acreedor apreció la confusión en sus ojos y habló con más amabilidad.

—Su tío me debe una enorme suma de dinero —dijo, y dio unos pasos hacia ella—. Ambos sabemos que no puede pagarme. Lo único de valor que yo aceptaría para no enviarle a la cárcel y a usted a las calles de Londres es...

—¡Basta! —gritó. La furia se apoderó de ella, jamás se sometería a un chantaje tan vil como ese—. Me acostaría con una rata antes que con usted. —Vera alzó el mentón desafiante.

—¡Cómo se atreve! —le recriminó, ofendido—. Henwick me aseguró que usted estaba de acuerdo.

El acreedor parecía desconcertado por la actitud de la joven.

—Mi tío es un ser mezquino y un fumador de opio capaz de vender al mismo Dios por un poco más de droga. Le pido que si tiene una pizca de decencia olvide todo esto.

—Mi querida muchacha, hace muchos años que la decencia no es un término de mi vocabulario —dijo y, su voz sonó más relajada. Se acercó unos pasos con la intención de convencerla—. Conmigo, usted tendría todo lo que una joven pueda desear, a cambio, sacrificará muy poco.

—¿Qué le prometió mi tío? —preguntó con rabia.

—Que consentiría con placer el castigo divino que Dios, en su disposición, decida darle a través de mi mano —dijo, y la tomó de la cintura con la intención de besarla.

Vera apretó los puños y, sin controlar lo que hacía ni pensar en las consecuencias, lanzó un puñetazo al rostro de Lewis. Su padre le había enseñado un par de trucos para defenderse, además, su altura le dio la ventaja necesaria para deshacerse de él. En una ocasión, había pegado a su tío y prefería no recordar qué había ocurrido más tarde.

El acreedor, entre sorprendido y ultrajado, sacó un pañuelo de la chaqueta

y se lo puso en la nariz ensangrentada.

—¡Lamentará lo que ha hecho! —gritó con el rostro rojo congestionado por la cólera—. Le aseguro que muy pronto me suplicará yacer en mi cama y, le prometo que recibirá una grata recompensa por lo de hoy. —Escupió en el suelo y se marchó bufando maldiciones.

Vera temblaba de los pies a la cabeza cuando Williams y su tío atravesaron la puerta.

—¡Cómo has podido! ¡Maldita, desagradecida! —Abel la abofeteó sin esperar una respuesta.

Ordenó a Williams con un gesto de la mano que la encerrara en su habitación. El criado la agarró del brazo y tiró de ella sin muchos miramientos. Vera no suplicó el perdón de Abel, mientras la empujaba escaleras arriba. No rogaría por algo que era del todo repugnante. El silencio de su tío la aterraba, había tomado algo de opio e intuía que más de una copa de *brandy*. De un puntapié abrió la puerta del dormitorio; el estruendo le atenazó el corazón. Williams la lanzó a la cama y buscó en uno de los bolsillos del pantalón una cuerda. Sin dejar de sonreír, le ató las manos a uno de los barrotes del pie de la cama. Después, como en una actuación bien ensayada, le rompió el vestido; entre sorprendido y satisfecho el criado observó las numerosas cicatrices de su espalda. Ni los convictos condenados a las colonias australianas sufrían tal castigo. Las heridas más antiguas aparecían blanquecinas y se cruzaban con las que el amo le había hecho la noche anterior.

—Vete —le ordenó Abel, con la fusta en la mano.

—No puede pedirme que me venda como una vulgar mujerzuela —dijo en un último intento de convencerle—. Se lo suplico, tío —imploró con lágrimas en los ojos—. En recuerdo de mi padre, de su hermano... —rogó.

—¡Te venderás cómo diga y a quién diga! ¡No iré a la cárcel! —gritó con la voz pastosa por el alcohol y la droga.

Abel alzó la fusta y empezó a golpearla. En esta ocasión, Vera no emitió un quejido. La joven retuvo las lágrimas y se juró que, si sobrevivía,

escaparía de esa casa.

—Te dejaré que lo pienses —dijo sin aliento y la desató.

Dos horas más tarde, Bety, la cocinera, le llevó una bandeja de comida. Su tío había ordenado que no saliera del cuarto hasta recuperar la razón. Al día siguiente, recibiría al señor Lewis y, esa vez, Abel en persona sería testigo del cumplimiento de lo pactado.

Williams vigilaba la puerta como un perro adiestrado. Los ojos azules y el rostro aguileño mostraban un semblante despiadado. Mordisqueó un trozo de la comida de la bandeja de Bety y la dejó pasar.

—Señorita, ¿cómo se encuentra? —Vera esbozó una dolorosa sonrisa.

—Bety... —cogió la mano de la doncella y musitó—: Ayúdame.

Vera notaba cómo el dolor la obligaba a apretar los dientes. En oposición a lo que se prometió, había gritado piedad. Hasta que Abel no escuchó esas palabras no se detuvo. El precio que había supuesto su insolencia era demasiado alto, ahora, sentía todo el cuerpo dolorido.

—Señorita... no puedo... Williams —dijo, y desvió el rostro asustada hacia la puerta.

—Te lo suplico...

Nadie escucharía a una criada, aunque lo que sucediera entre esas paredes fuera terrorífico. Había intentado ayudarla en varias ocasiones, pero Williams no dejaba de vigilar a la señorita. Temía a ese hombre; era capaz de hacer cualquier cosa. Sin embargo, Bety poseía un buen corazón. Cuando dos semanas antes habían repartido en la iglesia una octavilla, pensó que eso ayudaría a la señorita Henwick. No había tenido la oportunidad de entregársela hasta ese instante. Mientras le limpiaba las heridas acercó la boca al oído de la joven con cierto disimulo para no llamar la atención de Williams.

—Quizá... —susurró.

—¡Por Dios!, Bety —dijo con un hilo de voz, se giró y la contempló esperanzada.

—Esto es lo único que puedo hacer por usted —aseguró, y sacó del delantal un trozo de papel arrugado—. Creo que debería ir.

El papel le temblaba en las manos y temió que Williams lo viera.

—¡Bety! —gritó el criado, y asomó la cabeza por la puerta. Vera ocultó la octavilla en los pliegues de la falda.

Vera inclinó la cabeza en un gesto de despedida antes de que la cocinera saliera de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, Vera leyó con atención las palabras escritas en el papel. Al terminar, supo que era la única forma de escapar de su tío. Metió un vestido en una bolsa de viaje y varios libros. No había nada más en aquel lugar que quisiera llevarse. Además, carecía de nada de valor, salvo la cruz que pendía de su cuello. Se mordió los labios al vestirse, el roce de la tela supuso una tortura y le arrancó varias lágrimas. Necesitaba un plan para escapar de esa casa y solo se le ocurrió ir al excusado. Williams era un perro sagaz, un lacayo tan ruin que actuaba siempre en propio beneficio y no tenía nada con lo que sobornarlo. Llamó a la puerta y Williams abrió, en su rostro se apreciaba una arrogancia que irritó a Vera.

—Necesito ir al excusado —dijo, y procuró no mirarle.

—Hágalo en el orinal —dijo el criado y rozó su brazo con un dedo—. Si el amo no es lo bastante hombre para enseñarle modales yo puedo hacerlo. —William se tocó con obscenidad la entrepierna.

—Necesito ir al excusado —repitió, e ignoró el insulto.

—Creo que no es necesario, pero si quiere ayuda... —Williams la agarró del brazo. Los ojos de esa joven orgullosa le atravesaron como si fuera escoria, enfadado, añadió—: Cuando ese viejo baboso la manosee seguro que no es tan delicada. —Vera tembló al pensarlo.

Williams no se había propasado aún, pese a que intuía que tarde o temprano su retención se convertiría en una agresión.

—Necesito ir al excusado —insistió ella.

Esta vez, sus ojos mostraron una determinación férrea y William la soltó.

El sirviente dudó un instante, solo un segundo de vacilación en que giró la cabeza hacia la escalera. Vera aprovechó ese momento y le golpeó con el diccionario de latín que ocultaba tras la espalda. Las tapas estaban forradas de latón. El golpe fue tan contundente que el criado se tambaleó hacia la derecha, Vera lo empujó y rodó por las escaleras. A esas horas su tío dormía consumido por el opio, nada en este mundo podría despertarlo. La respiración de Vera se debatía agitada entre la euforia de huir y el miedo a ser descubierta. Sigilosa, descendió las escaleras. Williams estaba inconsciente, pero respiraba. Durante un instante, pensó horrorizada que lo había matado. Abrió la puerta y corrió como nunca lo había hecho antes. Se dirigió a Bond Street, a las oficinas de la Compañía de las Indias Orientales. Según la octavilla de Bety, allí era donde buscaban esposas a los valerosos soldados destinados en la India. Esperaba que su decisión no fuera una locura y, si lo era, prefería morir loca que condenarse en el fuego de ese infierno.